

BOLA DE SEBO Y OTROS CUENTOS

Guy De Maupassant

BOLA DE SEBO

Durante varios días habían atravesado por la ciudad los restos del ejército derrotado. Más que tropas, aquellas eran hordas desbandadas. Los soldados tenían la barba crecida y sucia y el uniforme hecho jirones, y avanzaban vacilantes y abatidos, sin bandera y sin regimiento. Todos parecían anonadados, derrengados, andando sólo por costumbre y cayéndose de fatiga en cuanto se detenían. La mayoría eran movilizados, gentes pacíficas, rentistas tranquilos, rendidos bajo el peso del fusil; o jóvenes voluntarios decididos, vivarachos, propensos al pánico y prontos para el entusiasmo, dispuestos al ataque como a la huida. También, entre ellos, algunos pantalones rojos, restos de una división diezmada en una gran batalla; soldados de uniforme oscuro alineados con los de artillería, y de trecho en trecho el brillante casco de un dragón de tardo paso, que seguía a duras penas la marcha más ligera de los soldados de línea.

Pasaban, a su vez, con trazas de bandoleros, legiones de francotiradores, con nombres heroicos, como Los Vengadores de la Derrota, Los Ciudadanos de la Tumba, Los Amigos hasta la Muerte.

Sus jefes, antiguos comerciantes en telas o en granos, ex mercaderes de sebo o de jabón, guerreros de circunstancias, nombrados oficiales por su dinero o por el largo de sus bigotes, cubiertos de armas, de franela y de galones, hablaban con voz altisonante, discutían planes de campaña, pretendiendo sostener solos sobre sus hombros fanfarrones a la Francia agonizante, aunque en realidad temían a sus propios soldados, gentes de pelo en pecho, valientes hasta más no poder, saqueadores y viciosos, como todos los mercenarios de su especie.

Por aquellos días se decía que los prusianos iban a entrar en Rouen.

La Guardia Nacional, que hacía dos meses practicaba con gran lujo de precauciones frecuentes reconocimientos en los bosques vecinos, fusilando a menudo a sus propios centinelas, aprestándose al combate cada vez que un conejo removía la maleza, ya había regresado a sus casas. Sus armas, sus uniformes, todo el mortífero empaque con que había aterrorizado hacía poco los caminos nacionales en tres leguas a la redonda, desaparecieron súbitamente.

Los últimos soldados franceses acababan, como hemos dicho, de atravesar el Sena para ganar Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg-Achard, y tras ellos su general, desesperado, tratando en vano de reunir los dispersos restos de su ejército, arrastrado asimismo en el tremendo desastre de un pueblo acostumbrado a vencer y desastrosamente derrotado a pesar de su legendaria bravura, marchaba a pie entre dos de sus ayudantes.

Todo esto daba a la ciudad un aspecto de calma profunda, de inquieta y terrible expectativa que parecía pesar sobre ella, imponiéndole un silencio solemne. Muchos burgueses acaudalados, embotados por el comercio, esperaban ansiosamente a los vencedores, temblando que considerasen como armas de combate los asadores o los grandes cuchillos de cocina.

La vida parecía detenida, paralizada, suspensa; las tiendas permanecían cerradas, las calles mudas. De cuando en cuando un transeúnte, intimidado por este silencio, se deslizaba rápidamente a lo largo de las paredes.

La angustia de la expectación hacía desear la llegada del enemigo.

En la tarde del día que siguió a la partida de las tropas francesas, algunos alanos salidos de no se sabe dónde atravesaron velozmente la ciudad. Más tarde, una masa negra descendió por la parte de Santa Catalina, en tanto que otras dos oleadas de invasores aparecían por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos se unieron en un momento preciso sobre la Plaza del Ayuntamiento, y por todas las calles afluentes desembocó el ejército alemán desplegando sus batallones que hacían resonar en el empedrado el compás de su paso rítmico y duro.

Las voces de mando lanzadas con voz extraña y gutural resonaban en el interior de las casas que parecían muertas y desiertas, mientras que detrás de las vidrieras cerradas algunas curiosas miradas espiaban a aquellos hombres victoriosos, dueños de la ciudad y de sus vidas y haciendas por derecho de conquista. Los vecinos, en sus habitaciones sombrías, sentían el abatimiento que producen los cataclismos, las grandes hecatombes de la tierra, contra las cuales toda prudencia y toda fuerza son inútiles. Esta sensación reaparece cuantas veces se altera el orden establecido de las cosas; siempre que deja de existir la seguridad personal, y las leyes de los hombres o de la naturaleza, se encuentran a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. El terremoto aplastando bajo sus derribadas casas a un pueblo entero; el río desbordado que arrastra en revuelta confusión hombres, animales y árboles, o el ejército victorioso acuchillando a los que se defienden, haciendo a los demás prisioneros y ensañándose en nombre del sable, glorificando a Dios entre el humo de la pólvora y el estampido del cañón, son otros tantos azotes de la humanidad, que destruyen toda creencia en la eterna justicia, toda la confianza que se nos enseña a tener en la protección del cielo y en la razón humana.

Comenzaba la tropa a alojarse y pequeños destacamentos llamaban a las puertas de las casas, desapareciendo en seguida dentro de ellas. Aquello era, tras la invasión, la ocupación. Comenzaba para el vencido el deber de mostrarse generoso con los vencedores. Al cabo de algún tiempo, una vez desaparecidos los primeros terrores, se restableció la calma. En muchas casas el oficial prusiano comía en la mesa con la familia. Alguno bien educado lamentaba lo sucedido, compadecía a Francia y con gran cortesía manifestaba la repugnancia que le inspiraba tal guerra. Estos sentimientos le eran agradecidos, teniendo en cuenta, además, que un día u otro podrían tener necesidad de su protección. Adulándolo, tal vez se evitaban tener que alimentar a unos cuantos más. ¿Y por qué ofender a aquel de quien en la actualidad se dependía por entero?

Obrar de tal modo, fuera más temeridad que valentía. Y la temeridad ya no es uno de los defectos de los habitantes de Rouen, como en la época de las heroicas defensas con que se hizo ilustre la ciudad. Por último —razón suprema fundada en la proverbial urbanidad francesa—, decíase que era muy lícito ser cortés dentro de casa con el soldado extranjero, con tal de no familiarizarse con él en público. Fuera del

domicilio, ya no se conocían; pero dentro de él, hablábase a gusto con el alemán, y éste permanecía cada vez más largo tiempo, por las noches, al amor de la lumbre ante el hogar común.

También la ciudad iba recobrando poco a poco su aspecto habitual. Los franceses no salían aún, pero los soldados alemanes hormigueaban por las calles. Por lo demás, los oficiales de húsares azules, arrastrando con arrogancia sus mortíferos instrumentos sobre las losas, no parecían sentir por los simples paisanos mucho mayor menosprecio que los oficiales de cazadores que un año antes frecuentaban los mismos cafés.

Sin embargo, había un no sé qué en el ambiente; algo sutil y desconocido, una intolerable atmósfera de extrañeza; algo como un olor difuso: el olor de la invasión. Llenaba los domicilios particulares y las plazas públicas, cambiaba el sabor de los alimentos, produciendo esa impresión que se experimenta al hallarse de viaje muy lejos, entre tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban siempre; para eso eran ricos. Pero, cuanto más opulento se vuelve un negociante normando, más le hace sufrir todo sacrificio, toda partícula de su fortuna que ve deslizarse a manos de otro.

Y así sucedía que dos o tres leguas más abajo de la ciudad, siguiendo el curso del río, hacia Croisset, Dieppedalle o Diessart, los marineros y los pescadores extraían con frecuencia del fondo del agua algún cadáver alemán, hinchado dentro de su uniforme, muerto de una cuchillada o de un estacazo, con la cabeza aplastada por una piedra, o arrojado al agua de un empujón desde lo alto del puente. Los légamos del río sepultaban aquellas venganzas oscuras, salvajes y legítimas, heroísmos incógnitos, mudos ataques, más peligrosos que las batallas a campo raso y sin la resonancia de la gloria. Porque el odio al extranjero arma siempre el brazo de algunos intrépidos decididos a morir por un ideal.

De todos modos, como los invasores, aún sometiendo la ciudad a su inflexible disciplina, no cometieron ninguno de los horrores que según pública voz y fama decíase que iban realizando en toda la carrera de su marcha triunfal, las gentes se animaban y la necesidad de los negocios iba de nuevo manifestándose en el ánimo de los comerciantes del país. Algunos tenían grandes intereses comprometidos en El Havre, ocupado por el ejército francés, y quisieron hacer la prueba de llegar a dicho puerto yendo por tierra a Dieppe, donde se embarcarían.

Se puso en juego la influencia de los oficiales alemanes conocidos, y se obtuvo del general en jefe una autorización para la partida.

Así, pues, habiéndose tomado para el viaje una diligencia de cuatro caballos, e inscrito diez personas en casa del mayoral, se fijó la marcha para un martes de madrugada, antes del alba, con el fin de evitar que se reuniera gente.

Desde algún tiempo antes las heladas habían endurecido el suelo; y el lunes, a eso de las tres, grandes nubarrones oscuros procedentes del norte trajeron nieve, que cayó sin interrupción durante toda la tarde y toda la noche.

A las cuatro y media de la madrugada se reunieron los viajeros en el patio del hotel de Normandía para subir al coche.

Estaban medio dormidos y tiritando de frío bajo las mantas y abrigo. Veíase poco en la oscuridad, y lo abultado de los gruesos y amplios trajes de invierno hacía que todos aquellos cuerpos se asemejaban a gordos clérigos vestidos con sus largas sotanas. Dos de los viajeros se reconocieron; un tercero les abordó y trabaron conversación. "Voy con mi mujer", decía uno. "Yo también." "Y yo." El primero añadió: "Ya no volveremos a Rouen, y si los prusianos se acercan a El Havre nos iremos a Inglaterra". Todos ellos eran de naturaleza semejante y no es extraño que tuvieran los mismos proyectos.

Aún no habían empezado a enganchar el coche. Un mozo de cuadra, que se alumbraba con una pequeña linterna, salía de vez en cuando por una puerta oscura, para desaparecer inmediatamente por otra. Los caballos herían con los cascos el suelo, produciendo un ruido amortiguado por el estiércol de las pesebreras, y en el fondo del edificio se oía una voz masculina que blasfemaba hablando a los caballos. Un ligero rumor de cascabeles anunció que se preparaban los arneses; este rumor se convirtió bien pronto en un tintineo claro y continuo, acompasado por los movimientos del animal y acompañado por el ruido mate de las herraduras al golpear el suelo.

La puerta se cerró súbitamente. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, habían enmudecido, quedándose inmóviles y rígidos.

Una espesa cortina de blancos y brillantes copos caía sin interrupción, borrando las formas, espolvoreando las casas y cubriéndolas con una helada capa; el profundo silencio que envolvía a la ciudad en una atmósfera tranquila y glacial era interrumpido solamente por el vago y flotante rumor de la nieve al caer, rumor sin nombre, sensación más que ruido, amontonamiento de átomos ligeros que parecen querer llenar el espacio, cubrir el mundo.

Volvió a aparecer el hombre con su linterna, arrastrando del extremo de un ronzal un caballo escuálido que se resistía a caminar. Lo arrimó a la lanza, hebilló los tiros, dio varias vueltas en torno de él para asegurar los arneses, sirviéndose de la mano que le quedaba libre, pues tenía que alumbrarse con la otra. Al dirigirse en busca del segundo caballo, notó a los inmóviles viajeros, blancos ya por la nieve, y les dijo:

—¿Por qué no suben al coche y estarán abrigados, por lo menos?

Nadie había pensado en cosa tan sencilla y no hubo necesidad de repetírselo; todos se precipitaron a ocupar sus asientos. Los tres hombres, después de instalar a sus mujeres en el fondo, subieron al coche; las siluetas indecisas de los demás se dirigieron a ocupar los últimos asientos sin cambiar palabras entre sí.

El suelo del carruaje estaba cubierto de paja y los pies se hundían en ella. Las señoras, que habían entrado primero, traían pequeños calentadores de cobre que funcionaban con un combustible químico; prepararon estos aparatos y durante algún tiempo enumeraron a media voz sus ventajas, repitiéndose cosas que ya sabían de largo tiempo.

Enganchada por fin la diligencia, con seis caballos en vez de cuatro, a causa de lo penoso del arrastre, una voz preguntó desde fuera:

—¿Está arriba todo el mundo?

Otra voz contestó desde dentro:

—Sí.

Y arrancaron los caballos.

Avanzaba el carruaje despacio, muy despacio, a paso lento. Hundíanse las ruedas en la nieve; la caja entera chirriaba con sordos crujidos; los animales resbalaban, daban resoplidos, echaban vaho; y el gigantesco látigo del cocheró restallaba constantemente, revolviéndose en todo sentido, enlazándose y desenlazándose como una serpiente sutil, cruzando bruscamente alguna grupa redonda, la que se distendía entonces con un esfuerzo más violento.

Imperceptiblemente iba amaneciendo. Ya no caían aquellos copos livianos que uno de los viajeros, ruanés de pura sangre, había comparado a una lluvia de algodón. Una claridad turbia se filtraba a través de grandes nubes oscuras y densas, que abrillantaban la blancura de los campos, donde ora se presentaba una fila de altos árboles cubiertos de escarchas, ora una choza con un capuchón de nieve.

Dentro del carruaje mirábanse unos a otros curiosamente, a la triste claridad de aquel amanecer.

En los mejores sitios del fondo dormitaban frente a frente el señor y la señora de Loiseau, comerciantes de vinos al por mayor, de la calle del Grand-Port.

Antiguo dependiente de un amo arruinado en el negocio, Loiseau tomó en traspaso el establecimiento e hizo fortuna. Vendía muy barato pésimos vinos a los modestos taberneros del campo, y pasaba entre sus conocidos y amigos por un bribón consumado, un verdadero normando lleno de astucia y de jovialidad.

Tan extendida estaba su fama de ladrón, que cierto día un señor Toumel, autor de fábulas y canciones, ingenio mordaz y sutil —una gloria local— había propuesto en la prefectura a las señoras, a quienes veía algo aburridas y soñolientas, jugar un poco al "Pájaro volador"¹. La frase voló a través de los salones del prefecto, y entrando en los de la ciudad, hizo desternillar de risa durante un mes a todo el mundo en la provincia.

Loiseau era célebre, además, por sus supercherías de todas clases, sus bromas buenas o pesadas, y nadie hablaba de él sin añadir inmediatamente: "Es impagable este Loiseau".

Era pequeño de estatura, con un vientre en forma de globo y la cara apoplética encuadrada entre unas patillas grises.

Su mujer, alta, fuerte, resuelta, con la voz hombruna y la decisión rápida, era el orden y la aritmética de la casa de comercio que él animaba con su alegre actividad.

Al lado de ellos, en actitud digna, como si perteneciese a una casta superior, estaba el señor Carré-Lamadon, hombre importante, del comercio de algodones, propietario de tres hilanderías, oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo General. Había sido durante todo el imperio jefe de la oposición moderada, únicamente por hacerse pagar más cara su hostilidad a la causa que combatía con armas corteses, según su propia expresión. La señora Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los oficiales de buena familia, enviados de guarnición a Rouen.

Junto a su marido se veía pequeña, aniñada, bonita, arropada entre sus pieles y mirando con ojos afligidos el lamentable interior del carruaje.

Sus vecinos, el conde y la condesa Hubert de Bréville, llevaban uno de los nombres más antiguos y de más abolengo de Normandía. El conde, viejo gentilhomme, de aspecto majestuoso, se esforzaba en acentuar, por medio de afeites y artificios, su natural parecido con el rey Enrique IV, que, según una leyenda gloriosa para la familia, había tenido amores con una dama de Bréville, que resultó embarazada, por cuyo hecho el marido había llegado a ser conde y gobernador de provincia.

Colega del señor Carré-Lamadon en el Consejo General, el conde Hubert representaba en el departamento al partido orleanista. La historia de su casamiento con la hija de un insignificante armador de Nantes había permanecido siempre en el misterio. Pero como la condesa tenía aires de gran señora, recibía como nadie y pasaba por haber sido amante de uno de los hijos de Luis Felipe, toda la nobleza la solicitaba y su salón había llegado a ser el primero de todos, el único donde se conservaba la clásica galantería y al que se hacía difícil la entrada.

La fortuna de los Bréville, toda en bienes raíces, alcanzaba, según se decía, a quinientas mil libras de renta.

Estas seis personas que ocupaban el fondo del coche formaban el partido de la sociedad pudiente, serena, fuerte; gentes honradas, autorizadas, de las que tienen religión y principios.

Por una rara casualidad, todas las mujeres estaban en el mismo banco; la condesa tenía además por vecinas a dos buenas monjitas, que pasaban las cuentas de unos largos rosarios, mascullando Padrenuestros y Avemarías. Una de ellas era anciana, con el rostro salpicado de cicatrices de viruela, como si hubiese recibido a boca de jarro en plena cara una andanada de metralla. La otra, muy menudita, tenía linda y delicada cabeza, puesta sobre un pecho de tísica devorada por esa sed inextinguible que abrasa a los mártires e iluminados.

Frente a las dos religiosas, atraían las miradas de todos un hombre y una mujer.

El hombre, muy conocido, era el demócrata Cornudet, espanto de las gentes respetables. Desde veinte años atrás, sus grandes barbas rojas se remojaban en los bocks de todos los cafés democráticos. Con sus hermanos y sus amigos se había comido una bonita fortuna que heredó de su padre, antiguo confitero, y esperaba con impaciencia el establecimiento de la República para obtener por fin el puesto merecido por tantas comilonas revolucionarias. El 4 de septiembre, quizá por efecto de una broma, creyóse nombrado prefecto; pero cuando trató de tomar posesión del cargo, los mozos de la oficina, únicos que no quedaron cesantes, se negaron a reconocerle, lo que lo obligó a retirarse. Buen muchacho, por lo demás, inofensivo y servicial, se había ocupado con un ardor incomparable en organizar la defensa. Había hecho abrir zanjas en las llanuras, esparcir por el suelo todos los arbolillos de los bosques inmediatos, sembrar de obstáculos todos los caminos; y al aproximarse el enemigo, satisfecho de sus preparativos, se había replegado rápidamente a la ciudad. Pensaba hacerse más útil en El Havre, donde iban a ser necesarios nuevos atrincheramientos.

La mujer sentada a su lado, una de esas a quienes se llama "galantes", era célebre por su precoz obesidad, que le valió el apodo de Bola de Sebo. Pequeña, redonda por todas partes, gorda a reventar, con dedos hinchados, estrangulados en las falanges, parecidos a sartas de pequeñas salchichas; con su piel lustrosa y tersa, y unos pechos enormes, que abultaban muchísimo bajo el corpiño, no dejaba de ser, sin embargo, apetecible y apetecida, pues seducía su frescura. Su cara era una manzana roja, un capullo de peonía próxima a florecer; en ella abríanse, arriba, un par de magníficos ojos negros, sombreados por largas y espesas cejas, que arrojaban su sombra hasta el interior de ellos, y abajo una boca encantadora, pequeña, húmeda para los besos, adornada con unos dientecillos relucientes y menudos.

Afirmábase que poseía mil cualidades inapreciables. En cuanto la reconocieron, principiaron los cuchicheos entre las mujeres honradas; y las palabras "prostituta", "vergüenza pública", se pronunciaron tan alto que la hicieron levantar la cabeza. Echó entonces a sus vecinos una mirada tan provocadora y atrevida, que reinó al punto gran silencio, y todos bajaron la vista, a excepción de Loiseau, que la miraba a hurtadillas con aire picaresco.

Pero muy pronto se reanudó la charla entre las tres señoras, a quienes la presencia de aquella pécora había convertido súbitamente en amigas casi íntimas. Parecióles que debían formar como un haz, con sus honores de esposas, frente a aquella perdida sin vergüenza; porque el amor legal trata con altanería a su colega el amor libre.

También los tres señores, aproximados por un instinto conservador ante Cornudet, hablaban de dinero con cierto tono desdeñoso para los pobres. El conde Hubert enumeraba los perjuicios que le habían ocasionado los prusianos, las pérdidas que supondrían los ganados robados y las cosechas destruidas, con un aplomo de gran señor diez veces millonario, a quien semejantes desastres apenas le molestarían un año. El señor Carré-Lamadon, muy experto en la industria algodонера, había tenido la precaución de enviar a Inglaterra seiscientos mil francos, una bicoca que economizaba para cualquiera ocasión. En cuanto a Loiseau, se las había sabido arreglar para vender a la administración militar francesa todos los vinos comunes que le quedaban en la bodega, de forma que el Estado le debía una considerable cantidad, que esperaba cobrar en El Havre.

Y los tres dirigíanse rápidas y expresivas miradas. Aun cuando de condición diferente, sentíanse por el dinero hermanos en la gran masonería de los ricos, de los que hacen sonar el oro al introducir la mano en los bolsillos de los pantalones.

Iba el carruaje con tanta lentitud que a las diez de la mañana sólo habían caminado cuatro leguas. Los hombres descendieron de él tres veces, para subir a pie las cuestas. Principiaban a inquietarse, porque había que almorzar en Totes, y se desconfiaba ya de llegar allí antes de la noche. Cada cual husmeaba por descubrir algún mesón en el camino, cuando la diligencia se atascó en un montón de nieve, y se necesitaron dos horas para hacerla arrancar de nuevo.

El apetito iba en aumento y trastornaba los ánimos; no se columbraba ningún bodegón ni taberna, pues la proximidad de los prusianos y el paso de las tropas francesas, medio muertas de hambre, habían asustado a todos los comerciantes.

Corrieron los señores en busca de víveres por todas las granjas de orillas de la carretera; pero no encontraron ni pan, porque el desconfiado lugareño ocultaba sus provisiones de reserva por miedo a ser robado por la tropa, que cuando encontraba algo quemasticar lo tomaba a la fuerza.

A eso de la una de la tarde, Loiseau anunció que no podía soportar el dolor de estómago.

Todo el mundo sufría, como él, hacía ya largo tiempo, y el violento deseo de comer, aumentando siempre, había acallado todas las conversaciones.

De cuando en cuando alguno bostezaba; otro lo imitaba bien pronto, y cada uno, por turno, según su carácter, su educación o su posición social, abría la boca estrepitosamente o con disimulo, aplicando a ella la mano para tapar las abiertas fauces por donde salía un ligero vapor.

Bola de Sebo se inclinó varias veces como si buscase algo bajo sus faldas. Vacilaba un momento, miraba a sus vecinos y se volvía a incorporar tranquilamente. Las caras estaban pálidas y crispadas. Loiseau afirmaba que hubiera pagado mil francos por un jamón. Su mujer hizo un gesto como tratanto de protestar; pero después se calmó. Sufría horriblemente cada vez que oía hablar de dinero derrochado, y no admitía sobre este punto ninguna broma.

—El caso es —dijo el conde— que no comprendo cómo no he pensado en traer provisiones.

Todos se hacían el mismo reproche.

Sin embargo, Cornudet llevaba una botella llena de ron; ofreció y se le rehusó el obsequio fríamente. Sólo Loiseau aceptó dos gotas, y al devolver el frasco dio las gracias:

—Es bastante aceptable; esto calienta el estómago y engaña el hambre.

El alcohol le devolvió su buen humor y propuso hacer como en un barco naufrago: comerse al más gordo de los viajeros. Esta alusión indirecta a Bola de Sebo extrañó a las gentes bien educadas. Nadie contestó; sólo Cornudet se sonrió. Las dos buenas hermanas habían cesado de mascullar su rosario, y con las manos hundidas en sus amplias mangas se mantenían inmóviles, bajando obstinadamente los ojos, ofreciendo, sin duda, al cielo, aquel sufrimiento que les enviaba.

Por fin, a eso de las tres, Bola de Sebo, al notar que se hallaba en medio de una llanura interminable, sin un solo pueblo a la vista, se decidió a coger de entre sus faldas, bajo la banqueta, su larga cesta cubierta con una servilleta blanquísima.

Sacó primeramente un platito de loza y un pequeño vaso de plata y después una gran cazuela de barro, dentro de la cual había dos pollos enteros, envueltos en una ligera capa de gelatina; aún quedaban en el cesto otras cosas apetitosas: pasteles, frutas, golosinas, provisiones, en fin, para un viaje de tres días sin tener necesidad de comer los horribles guisos de las posadas. Cuatro cuellos de botellas asomaban entre aquellos paquetes. Bola de Sebo separó un ala del pollo y delicadamente se puso a comer, ayudándose con un panecillo de los que en Normandía llaman Regencia.

Todas las miradas estaban fijas en ella. Pronto se difundió el olor, haciendo dilatarse las ventanillas de las narices y llenarse las bocas de abundante saliva, con una contracción dolorosa de la mandíbula inferior por bajo de las orejas. El desprecio

de las señoras hacia aquella perdida iba haciéndose feroz: sentían ganas de matarla o echarla del coche abajo, a la nieve, con su vaso, su cesta y sus provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos la cazuela del pollo, y exclamó:

—Con gran acierto, la señora ha sido más precavida que nosotros. Hay personas que siempre piensan en todo.

Levantó ella hacia él la cabeza y dijo:

—¿Usted gusta, caballero? Es duro ayunar desde el alba.

El hizo un saludo.

—A fe mía, francamente, no rehúso; ya no puedo más. En la guerra como en la guerra, ¿no es cierto, señora?

Y echando una ojeada alrededor, añadió:

—En momentos como el presente, uno se alegra de encontrar gente servicial.

Desplegó un periódico, para no mancharse los pantalones, y con la punta de una navaja que siempre llevaba en el bolsillo, tomó un muslo de pollo, lo hizo trozos con los dientes y luego lo masticó con satisfacción tan evidente que provocó en el carruaje un gran suspiro de angustia.

En tanto Bola de Sebo, con voz humilde y dulce, propuso a las dos hermanitas que compartieran su colación. Ambas aceptaron al punto, y sin alzar la vista se pusieron a comer a escape, luego de balbucear las gracias. Cornudet no rechazó tampoco la oferta de su vecina, y se formó, con las monjas, una especie de mesa, extendiendo periódicos sobre las rodillas.

Las bocas se abrían y cerraban sin tregua, llenándose, masticando, tragando ferozmente. Loiseau, en su rincón, engullía con ahínco, y en voz baja inducía a su esposa a que lo imitase. Resistióse ella por mucho tiempo, mas cedió por fin tras un crispamiento que sintió en las tripas. Entonces su marido, redondeando la frase, pidió permiso a su "encantadora compañera de viaje" para ofrecer un bocadillo a la señora de Loiseau. Aquélla contestó:

—Con mucho gusto, caballero.

Y Bola de Sebo con amable sonrisa alargó la cazuela. I Al descorchar la primera botella de Burdeos se produjo un gran embarazo; no había más que un vaso. Dio la vuelta después de haberlo limpiado. Unicamente Cornudet, por galantería, puso sus labios en el sitio húmedo todavía donde los había puesto su vecina.

Desde este momento, rodeados de gentes que comían, sofocados por las emanaciones de las viandas, el conde y la condesa de Bréville, así como el señor y la señora Carré-Lamadon, empezaron a sufrir el suplicio odioso que hizo célebre a Tántalo. De pronto la mujer del manufacturero exhaló un suspiro que obligó a volver a todos la cabeza; se había quedado más blanca que la nieve que cubría la carretera; sus ojos se cerraron, su cabeza cayó sobre el pecho; había perdido el conocimiento. Su marido, alarmado, imploraba el socorro de todos. Nadie acertaba a poner remedio, cuando la más vieja de las dos monjas, sosteniendo la cabeza de la enferma, acercó a sus labios el vaso de Bola de Sebo y le hizo tragar unas gotas de vino. La hermosa señora empezó a volver en sí, abrió los ojos, sonrió y declaró con voz moribunda y débil que yase sentía fuerte y buena. Pero a fin de que el accidente no se renovase, la religiosa la obligó a beber un vaso lleno de Burdeos, añadiendo:

—Esto no es otra cosa que hambre.

Entonces Bola de Sebo, ruborizada y tímida, balbuceó mirando a los cuatro viajeros que permanecían en ayunas:

—No me atrevo a ofrecer a estas señoras y a estos caballeros...

Y se calló, temiendo un desaire. Loiseau tomó la palabra:

—¡Caramba! Señores, en estos casos todos somos hermanos y nos debemos mutua protección; vamos, señoras, nada de ceremonias, ¡qué diablos!, acepten. ¿Sabemos acaso si encontraremos alguna posada donde pasar la noche? Al paso que vamos, es posible que no lleguemos a Totes hasta mañana por la tarde.

Aún dudaban todos, no queriendo nadie ser el primero en asumir la responsabilidad de la aquiescencia. El conde, por fin, cortó por lo sano. Se volvió hacia la gruesa muchacha, intimidada por todo aquello, y tomando su aspecto altanero de gentilhombre, le dijo:

Aceptamos con reconocimiento, señora.

El primer paso estaba dado. Una vez cruzado el Rubicón, lo demás era fácil. La cesta fue vaciada. Contenía aún un pâté de foie gras, un pedazo de lengua ahumada, peras de Crassane, una torta de Pont-l'Évêque, pastelillos y un frasco de cebollas y pepinillos en vinagre. Bola de Sebo, como la mayoría de las mujeres, adoraba los aliños.

No era posible comerse las provisiones de la muchacha sin dirigirle la palabra. Se empezó a hablar con cierta reserva al principio, pero al ver su prudencia, pronto se abandonaron a charlar de todo.

Las señoras de Bréville y Carré-Lamadon, que eran muy tratables, estuvieron graciosas con delicadeza. La condesa, especialmente, manifestó esa amable condescendencia de las damas muy nobles, a las que ningún contacto puede manchar, y estuvo encantadora. Mas la señora Loiseau, mujer fuerte, con alma de gendarme, permaneció esquiva, hablando poco y comiendo mucho.

Se habló, naturalmente, de la guerra. Refirieronse horribles actos de los prusianos, rasgos de valor de los franceses; y todas aquellas personas que iban huyendo, rindieron su homenaje a la ajena valentía. Bien pronto dieron principio las anécdotas propias y Bola de Sebo refirió cómo había abandonado Rouen, expresándose con verdadera emoción, con ese ardor de palabra con que frecuentemente expresan las prostitutas sus arrebatos naturales.

Al principio creí que podría quedarme —dijo—. Tenía mi casa llena de provisiones, prefería dar de comer a algunos soldados a expatriarme no sé a dónde. ¡Pero cuando vi a los prusianos, no fui dueña de mí misma! De cólera se me subió la sangre a la cabeza; he llorado de vergüenza todo el día. ¡Vamos, si yo fuese hombre!... Miraba desde mi balcón a esos cochinos, con su casco puntiagudo, y mi criada me tenía sujetas las manos para impedirme que les tirase los muebles encima. Después vinieron a alojarse en mi casa: entonces me abalancé al pescuezo del primero. ¡No son más difíciles de estrangular que cualquier otro! Y hubiera concluido con aquél si no me hubiesen separado tirándome del moño. Después de eso tuve que esconderme. Por último, a la primera ocasión escapé..., y aquí me tienen ustedes.

La felicitaron mucho. Crecía en el aprecio de sus compañeros de viaje, los que no se habían mostrado tan resueltos como ella; y, escuchándola, Cornudet tuvo una sonrisa aprobativa y benévola, de apóstol; de igual modo oye un cura las alabanzas de un devoto a Dios, pues los demócratas de muchas barbas tienen el monopolio del patriotismo, a la manera que los clérigos tienen el de la religión. Habló a su vez con tono doctrinal, con ese énfasis aprendido en las proclamas que a diario se pegan en las esquinas, y acabó por un trozo elocuente, con el cual zarandeó magistralmente al "crapuloso de Bardinguet"¹.

Pero Bola de Sebo se enojó al punto, porque era bonapartista. Púsose más roja que una cereza y exclamó, tartamudeando de indignación:

—Ya hubiera yo querido verlos a ustedes en su lugar; ¡eso hubiese sido lo justo, ah, sí! ¡Ustedes son los que le han hecho traición! ¡Si la Francia hubiera estado gobernada por hombres afeminados como ustedes, estábamos lucidos!

Cornudet, impasible, mostraba su desdeñosa sonrisa y su aire de superioridad; pero era de suponer que iban a empezar las frases gruesas, cuando el conde se interpuso y calmó no sin trabajo a la exasperada joven, proclamando con autoridad que todas las opiniones sinceras eran respetables. Sin embargo, la condesa y la manufacturera, que sentían en el fondo de su alma ese odio irrazonable de las gentes de buen tono por la República y esa instintiva ternura que alimentan en su pecho todas las mujeres por los gobiernos militaristas y despóticos, se sentían a su pesar atraídas por esta prostituta, llena de dignidad, cuyos sentimientos se parecían tanto a los suyos.

La cesta se agotó. No había costado mucho tiempo el vaciarla, sintiendo, desde luego, que no fuese más grande. La conversación continuó algún tiempo, aunque se había enfriado algo después de comer.

La noche se echaba encima, la oscuridad se iba haciendo más profunda cada vez y el frío, más sensible durante la digestión, hacía tiritar a Bola de Sebo, a pesar de su grasa. Entonces la señora de Bréville le ofreció su calentador, cuyo combustible había sido renovado varias veces desde la mañana, y la muchacha aceptó con viveza porque tenía los pies helados. Las señoras Carré-Lamadon y Loiseau prestaron los suyos a las religiosas.

El cochero había encendido los faroles. Su luz viva iluminaba a ambos lados del camino la nieve que parecía deshacerse bajo aquel movable reflejo y atravesaba la nube de vapor que exhalaban las grupas sudorosas de los caballos.

Dentro del coche apenas se distinguía ya, pero de pronto se notó un movimiento entre Bola de Sebo y Cornudet; y Loiseau, cuya mirada exploraba entre las sombras, creyó ver al hombre de la larga barba separarse vivamente como si hubiera recibido algún puñetazo propinado en secreto.

Frente a la carretera aparecieron de pronto unos puntos luminosos. Era Totes. Habían caminado once horas, que con las dos de descanso que, divididas en cuatro veces, se había dado a los caballos para respirar y comer el pienso, hacían trece. Entró el coche en la población y se detuvo frente al Hotel del Comercio.

¹ Apodo que los demócratas franceses de los últimos años del Imperio daban a Napoleón

Se abrió la portezuela. Un ruido muy conocido hizo estremecer a los viajeros; era el choque de la vaina de un sable sobre el suelo. Inmediatamente la voz de un alemán se oyó, gritando una orden.

A pesar de que la diligencia no se movía, nadie osó bajar, como si temiesen ser acuchillados al salir. El cochero apareció llevando en la mano una de las linternas, cuya luz penetró súbitamente en el interior del carruaje iluminando las dos filas de espantadas caras, cuyas bocas abiertas y ojos dilatados denotaban la sorpresa y el terror y pánico de que estaban poseídas.

Junto al cochero veíase, en plena luz, un oficial alemán, un joven alto, sumamente flaco y rubio, oprimido por el uniforme como una señorita por el corsé y que llevaba ladeada la gorra plana y charolada, que le hacía asemejarse a un lacayo de hotel inglés. Sus grandes bigotes de largos pelos rígidos, que iban afilándose indefinidamente por ambas guías hasta rematar en un solo hilo rubio, tan tenue que no se veía su terminación, parecía hacer peso sobre las comisuras de la boca, tirando de sus mejillas e imprimiendo a los labios un pliegue severo.

Invitó a los viajeros a apearse, diciéndoles con tono seco y en un francés de alsaciano:

—Señoras y señores, hagan el favor de bajar. Las dos religiosas fueron las primeras en obedecer, con esa docilidad de santas habituadas a todas las sumisiones. En seguida aparecieron el conde y la condesa, detrás el fabricante y su mujer, y luego Loiseau, que empujaba delante de él a su robusta mitad. Al bajar este último, por un sentimiento de prudencia más bien que de cortesía, dijo al oficial:

—Buenos días, caballero.

El oficial, insolente como persona todopoderosa, lo miró sin contestar.

Bola de Sebo y Cornudet, aunque estaban junto a la portezuela, fueron los últimos en bajar, graves y altaneros ante el enemigo. La gorda prostituta trataba de dominarse y de permanecer tranquila; el demócrata atormentaba con mano trágica y algo temblona sus barbas rojizas. Querían demostrar dignidad, comprendiendo que en tales trances cada cual representa un poco a su país; e indignados por la flexibilidad de espinazo de sus compañeros de viaje, trataba ella de manifestarse más orgullosa que sus vecinas las mujeres honradas, mientras que él, imaginando que debía dar ejemplo, completaba con su actitud la misión de resistencia que se había impuesto, iniciada con sus trabajos de zapa en las calles.

Entraron en la vasta cocina del hotel; y habiendo hecho el alemán que le presentasen el pasaporte firmado por el general en jefe, documento en que constaban los nombres, señas personales y profesión de cada pasajero, examinó despacio a toda aquella gente, confrontando las personas con los informes escritos.

Luego dijo bruscamente:

—Está bien.

Y desapareció.

Todos, entonces, respiraron. Aún tenían hambre y pidieron de comer. Necesitábase media hora para servirles; y, mientras dos criadas se ocupaban de los preparativos, los viajeros fueron a visitar los dormitorios. Todos éstos se encontraban en un largo corredor que terminaba en una puerta vidriera señalada con un número.

Iban a sentarse a la mesa cuando apareció el hostelero. Era un antiguo comerciante de caballos, un gordo asmático que se pasaba la vida haciendo gorgoritos, ronquidos, silbidos y gargarismos con la laringe. Había heredado de su padre el sobrenombre de Follenvie.

—¿La señorita Elisabeth Rousset? —preguntó.

—Soy yo —contestó Bola de Sebo volviéndose temblorosa.

—Señorita, el oficial prusiano desea hablarle con urgencia.

—¿A mí?

—Sí, si es usted la señorita Elisabeth Rousset. Bola de Sebo se turbó, reflexionó un momento y después manifestó rotundamente:

—Será cierto, pero no voy.

Un movimiento de sorpresa se inició a su alrededor; todos discutían, buscaban la causa de esta orden. El conde se aproximó:

—Hace mal, señora —le dijo—, pues su negativa podría ocasionar considerables perjuicios, no sólo a usted, sino también a sus compañeros. Hay que someterse a la ley del más fuerte. Tal petición no puede, con seguridad, acarrearle peligro alguno; sin duda, se trata de alguna formalidad olvidada.

Todos fueron del mismo parecer y uniéndose a él le rogaron, la aconsejaron, casi la obligaron, hasta que terminó por convencerse. La mayoría temía las complicaciones que pudieran resultar de su testarudez.

—Por ustedes no más lo hago —dijo finalmente.

—Y todos le damos las gracias —exclamó la condesa apoderándose de una de sus manos con efusión.

Bola de Sebo salió. Los demás esperaron que volviese para sentarse a la mesa. Todos lamentaban no haber sido llamados en lugar de aquella joven violenta e irascible y preparaban mentalmente mil bajezas para el caso de ser llamados a su vez.

Pero al cabo de diez minutos la joven apareció sofocada, roja de cólera, exasperada y resoplando:

—¡Oh! ¡El canalla, más que canalla! —balbuceó. Sus compañeros tenían prisa de saber lo que había sucedido, pero ella no pronunció una palabra más; y como el conde insistiese, le contestó con gran dignidad:

—No, no puedo hablarles de esto, y además... no les incumbe.

La sopa humeante y exhalando un aroma exquisito esperaba en la mesa. Todos se sentaron. A pesar de este incidente, la cena fue alegre. Como la sidra era buena, el matrimonio Loiseau y las dos monjas la tomaron por economía. Los demás pidieron vino, menos Cornudet, que quiso cerveza.

Tenía su manera propia de descorchar la botella, sacar espuma al líquido y mirarlo contemplativamente ladeando el vaso, que levantaba después, poniéndolo entre sus ojos y la lámpara para apreciar bien el color. Cuando bebía, sus barbas, que habían adquirido el matiz de su brebaje predilecto, parecían estremecerse de ternura; torcía los ojos para no perder de vista el vaso, y tenía la apariencia de ejecutar la única función para la cual había nacido. Dijérase que establecía en su cerebro cierta aproximación y como afinidad entre las dos grandes pasiones que

ocupaban toda su existencia; la cerveza y la revolución; y de seguro, no podía probar la una sin pensar en la otra.

El señor y la señora Follenvie comían en un extremo de la mesa. El, con estertores de locomotora reventada, tenía demasiado ahogo en el pecho para poder hablar comiendo; pero ella no callaba nunca. Refirió todas sus impresiones a la llegada de los alemanes, lo que éstos hacían, lo que decían, renegando de ellos, en primer término, porque le costaban dinero, y después porque tenía dos hijos en el ejército. Al hablar dirigíase sobre todo a la condesa, halagada de conversar con una dama noble.

Bajaba la voz para decir las cosas delicadas, y su marido la interrumpía de vez en cuando para decirle:

—Mejor haría callándose, señora Follenvie.

Pero ella, sin hacerle caso alguno, continuaba:

—Sí, señora; esa gentuza no hace más que comer patatas y tocino, y después tocino y patatas. Y no se cren ustedes que son limpios. ¡Nada de eso! Se ensucian en todas partes, con perdón de ustedes. ¡Y si les vieran hacer ejercicios! Se meten todos en un campo y durante horas y días marcha adelante, marcha hacia atrás, vuelta por aquí, vuelta por allá... ¡Si al menos cultivasen tierra o trabajasen en su país! ¡Pero no, señora! ¡Esos malditos no son cosa de provecho para nadie! ¡Y que el pobre pueblo los mantenga para no aprender sino a asesinar! Yo no soy más que una vieja sin educación, es verdad; pero al verlos sudar el quilo pataleando desde el alba a la caída de la tarde, dígame: "Cuando hay personas que hacen tantos descubrimientos para ser útiles, ¿es justo que otras se tomen tales molestias para ser dañinas?" En verdad, ¿no es una abominación eso de matar a las gentes, sean prusianos, ingleses, polacos o franceses? Si uno se venga de quien le haya hecho un daño, obra mal, puesto que se le castiga; pero cuando extermina a nuestros mozos a tiros, cual si fuesen animales de caza, ¿estará bien hecho, puesto que se dan condecoraciones al que más destruye? ¡En verdad, les aseguro que nunca entenderé yo eso!

Cornudet alzó la voz para decir:

—La guerra es una barbarie cuando se ataca a un vecino pacífico; pero es un deber sagrado cuando se defiende a la patria.

—Sí; cuando se defiende es otra cosa —dijo la vieja posadera, bajando la cabeza en señal de aquiescencia—; pero, ¿no sería más lógico que los reyes dirimiesen sus contiendas y se matasen mutuamente, puesto que la mayoría de las veces se hacen la guerra por gusto?

Los ojos de Cornudet se iluminaron y prorrumpió:

—¡Bravo, ciudadana!

El señor Carré-Lamadon reflexionaba profundamente. Aunque era fanático por los capitanes ilustres, el buen sentido de aquella campesina le hacía pensar en la opulencia que producirían al país tantos brazos desocupados y, por consiguiente, ruinosos: tantas fuerzas que se consumían improductivas, empleándolas en los grandes trabajos industriales, que exigirán siglos para concluirse.

En esto, Loiseau, abandonando su sitio, se fue a hablar en voz baja con el posadero. El rechoncho individuo reía, tosía, escupía; su enorme abdomen saltaba

de gusto con las bromas de su vecino, y le compró seis toneles de Burdeos para la primavera, cuando se hubiesen ido los alemanes.

Apenas terminada la comida, sintiéndose rendidos de cansancio, se fueron todos a acostar.

Loiseau, que había estado observando, hizo meterse en la cama a su esposa, y después pegó unas veces la oreja y otras el ojo al agujero de la llave, para tratar de descubrir lo que él llamaba "los misterios del corredor".

Al cabo de una hora, poco más o menos, oyó un roce de vestidos; miró a escape y vio a Bola de Sebo, que parecía más gorda todavía, con una bata de cachemira azul guarnecida de encajes blancos. Llevaba una vela en la mano y se dirigía hacia el cuarto numerado que estaba al final del pasillo. Pero entreabrióse una puerta lateral, y cuando aquélla volvió, al cabo de algunos minutos, la siguió Cornudet en paños menores. Ambos hablaron bajito, y luego se pararon. Bola de Sebo parecía prohibir con empeño la entrada en su alcoba. Desgraciadamente para él, Loiseau no oía las palabras; pero, por último, como levantasen la voz, pudo pescar algunas. Cornudet insistía con viveza, diciendo:

—¡Vamos, tonta!... ¿Y qué te importa eso?...

Ella empleaba un tono rebotante de indignación.

—No, querido; hay circunstancias en que ciertas cosas no se hacen; y, además, aquí sería eso una vergüenza.

Sin duda, él no comprendía, y preguntó el porqué. Ella se enfadó, y alzando más el tono, replicóle:

—¿Por qué? ¿No comprende por qué? ¿Cuando hay alemanes en la casa, quizá en el dormitorio de al lado?

Callóse él. Aquel pudor patriótico, en una mujer pública, que no se dejaba acariciar cerca del enemigo, no pudo por menos de despertar en su corazón su desfallecida dignidad, puesto que, luego de haberla besado solamente, se volvió a su cuarto a paso ligero.

Loiseau se apartó, muy encendido, de la cerradura, dio un brinco en su aposento, púsose el pañuelo de seda en la cabeza, y levantó la sábana bajo la cual yacía el fuerte esqueleto de su costilla, a quien despertó con un beso, murmurando:

—¿Me amas, querida?

Toda la casa quedó en silencio. Pero bien pronto se ocasionó en alguna parte, en una dirección indeterminada —lo mismo podía ser en el desván que en el granero—, un ronquido fuerte, monótono, regular, un ruido sordo y prolongado, con retemblores de caldera a gran presión. Era que dormía el señor Follenvie.

Como se había acordado continuar el viaje a las ocho de la mañana siguiente, todos se reunieron en la cocina; pero el vehículo, con una montera de nieve sobre la vara, estaba solitario en el centro del patio, sin caballería y sin conductor. En vano se buscó a éste por las cuadras, por los pajares, por las cocheras. Resolviéronse entonces todos los hombres a recorrer el pueblo, y salieron. Fueron a parar a la plaza, con la iglesia en el fondo, y a los dos lados unas casas bajas donde se veían soldados prusianos. El primero que hallaron estaba pelando patatas. El segundo, más adelante, fregaba una barbería. Otro, con barbas que le llegaban a los ojos, besaba a un

chiquillo que no cesaba de llorar, aunque lo mecía en sus rodillas para tratar de apaciguarle. Y las robustas aldeanas, cuyos maridos estaban en el ejército territorial, indicaban por señas a sus obedientes vencedores el trabajo que era preciso realizar: partir leña, rehogar la sopa, moler café; uno de ellos hasta lavaba la ropa de su patrona, una anciana impedida.

Asombrado el conde, interrogó al sacristán, que salía de casa del cura. El viejo ratón de iglesia respondió:

—¡Oh, éstos no son malos! Según se dice, no son prusianos. Son de más lejos, no sé de dónde; todos dejaron en su país mujer e hijos, y... vamos, que no les gusta la guerra. Estoy seguro de que en su país también lloran por estos hombres; y buena miseria habrá en sus casas, como en las nuestras. Y gracias a que aquí todavía no somos muy infortunados, por ahora, pues no hacen daño y trabajan como si estuvieran en sus propias casas. Ya ve usted, caballero; los pobres han de ayudarse... Los grandes son quienes hacen la guerra.

Cornudet, indignado ante la cordial inteligencia reinante entre vencedores y vencidos, se retiró, prefiriendo encerrarse en el hotel. Loiseau hizo un chiste.

—Repueblan —murmuró.

El señor Carré-Lamadon dijo una cosa seria:

—Reparan daños.

Pero no se encontraba al cochero. Lo descubrieron, por fin, en el café del pueblo, sentado familiarmente con el ordenanza del oficial prusiano. El conde le interpeló, diciendo:

—¿No tenía usted orden de enganchar a las ocho?

—Sí, señor; pero luego me han dado otra.

—¿Cuál?

—La de no enganchar.

—¿Quién le ha dado esa orden?

—¡Caramba! El oficial prusiano.

—¿Por qué?

—Lo ignoro. Vaya usted a preguntárselo. Me ha prohibido enganchar y no enganche. Eso es todo.

—¿Y él mismo es quien se lo ha dicho a usted?

—No, señor; la orden me la dio el posadero de su parte.

—¿Y cuándo?

Anoche al irme a la cama.

Los tres hombres regresaron muy intranquilos. Preguntaron por el señor Follenvie, pero la sirvienta contestó que el amo no se levantaba nunca antes de las diez, a causa del asma. Había prohibido terminantemente que se le despertara antes, excepto en caso de incendio. Quisieron ver al oficial, pero era imposible, aun cuando se alojaba en la fonda. El único autorizado para hablarle de asuntos civiles era el señor Follenvie. No hubo más remedio que esperarle. Las mujeres subieron a sus habitaciones y se entretuvieron en cualquier cosa.

Cornudet se instaló bajo la campana del gran hogar de la cocina, donde ardía una buena fogata. Hizo que le llevaran allí una mesita con una botella de cerveza, y

sacó la pipa, que entre los demócratas gozaba de una consideración casi igual a la de él mismo, como si sirviera a la patria con servir a Cornudet. Era una magnífica pipa de espuma, admirablemente curada, tan negra como los dientes de su dueño, pero aromática, curva, reluciente, familiarizada con su mano y complemento de su fisonomía. Permaneció inmóvil, con los ojos fijos ora en las llamas del hogar, ora en la espuma que coronaba su vaso de cerveza; y cada vez que bebía, pasaba con aire satisfecho sus larguiruchos dedos por su espesa melena, relamiéndose los bigotes franjeados de espuma.

Loiseau, bajo pretexto de estirar las piernas, se dedicó a recorrer los comercios del pueblo, tratando de colocar sus vinos. El conde y el manufacturero se pusieron a hablar de política. Adivinaban el porvenir de Francia; el uno creía en los Orleáns; el otro en un salvador desconocido, un héroe que surgiría en el momento supremo, desesperado: ¿una especie de Du Guesclin, otra Juana de Arco, tal vez? ¿O quizá otro Napoleón I? ¡Ah! ¡Si el príncipe imperial no fuera tan joven!... Cornudet los escuchaba sonriendo, como hombre que estuviera en el secreto del destino. Su pipa embalsamaba el ambiente de la cocina.

A eso de las diez apareció el señor Follenvie. Todos le interrogaron ansiosamente, pero él no pudo hacer otra cosa que repetir dos o tres veces, sin una variante, estas palabras:

—El oficial me ha dicho así: "Señor Follenvie, mañana usted prohibirá que se enganche el coche de esos viajeros; no quiero que partan sin orden mía. ¿Entendido? Creo que bastará con esto".

En vista de semejante orden, todos querían hablar al oficial. El conde le envió su tarjeta, a la que el señor Carré-Lamadon añadió su nombre y todos sus títulos. El prusiano contestó que recibiría a dichos señores a eso de la una, después de haber almorzado.

Las señoras aparecieron, y, a pesar de la inquietud, comieron con regular apetito. Bola de Sebo parecía enferma y fuertemente emocionada.

Acababan de tomar café cuando se presentó el ordenanza diciendo que podían ver a su amo los dos señores.

Loiseau se unió a la comisión. Cornudet, a quien se trató de llevar para dar más solemnidad a la petición, se negó rotundamente, declarando con altivez que no quería tener nada de común con los alemanes. Y pidiendo otro bock se volvió a sentar frente a la chimenea.

Los comisionados subieron y fueron introducidos en una de las mejores habitaciones del hotel, donde el oficial les recibió tendido en una butaca, los pies sobre la chimenea, fumando una larga pipa de porcelana y envuelto en una bata escarlata, escamoteada, sin duda, en la casa abandonada de algún burgués de mal gusto. Ni se levantó, ni saludó, ni los miró siquiera. Era una hermosa muestra de la natural desvergüenza del militar victorioso.

—¿Qué quieren? —preguntó, al cabo de algunos instantes.

El conde tomó la palabra:

—Deseamos partir, caballero.

—No.

—¿Podríamos saber el porqué de tal medida?

—Porque no me da la gana.

—Le haré observar respetuosamente, caballero, que su general en jefe nos ha dado un pasaporte para Dieppe, y creo que no hemos cometido falta alguna para merecer el rigor de usted.

—Ya he dicho que no quiero... No tengo más que añadir... Pueden irse.

Después de inclinarse, los tres caballeros salieron.

La tarde fue terrible. Nadie comprendía el porqué de aquel capricho del alemán, y las ideas más extrañas se apoderaban de todos. Hubo una discusión interminable en la cocina, donde se reunieron, emitiéndose opiniones inverosímiles.

Quizá trataban de guardarlos como rehenes, pero... ¿con qué objeto? Tal vez conducirlos prisioneros, o quizá pedirles un considerable rescate. Este pensamiento los llenaba de pánico. Los más ricos eran los que más se aterraban, viéndose ya obligados, para conservar la vida, a vaciar en las manos de aquel soldado insolente sus sacos repletos de oro. Se devanaban los sesos para inventar mentiras aceptables, disimulando sus riquezas para pasar por pobres, por indigentes. Loiseau se quitó la cadena del reloj, guardándola en un bolsillo. La noche, que se iba echando encima, aumentaba la confusión. Se encendieron las luces, y como aún faltaban dos horas para cenar, la señora Loiseau propuso una partida de treinta y una. Todos aceptaron. Aquello sería una distracción. Cornudet mismo apagó políticamente su pipa y tomó parte.

El conde barajó las cartas y dio. Bola de Sebo hizo treinta y una de mano, y bien pronto el interés de la partida calmó los exaltados ánimos. Sin embargo, Cornudet pudo observar que el matrimonio Loiseau se entendía para hacer trampas.

Al sentarse a la mesa, el señor Follenvie reapareció y con voz asmática anunció:

—El oficial prusiano me manda preguntar a la señorita Elisabeth Rousset si no ha cambiado aún de parecer.

Bola de Sebo se puso de pie, pálida como la cera; después, roja de emoción, sintió un arranque de cólera tal que apenas podía pronunciar palabra. Por fin estalló:

—Dígale a ese canalla soez, a ese crápula, a esa carroña de prusiano, que jamás consentiré. ¿Lo ha oído bien? ¡Jamás!, ¡jamás!, ¡jamás!

El obeso fondista salió. Entonces Bola de Sebo fue rodeada, interrogada, apremiada por todo el mundo para que explicase el motivo de su misteriosa visita. Al principio la prostituta resistió, pero bien pronto pudo más su exasperación, y dijo a gritos:

—¿Que qué quiere?... ¿Que qué quiere?... ¡Pues quiere... acostarse conmigo!

Nadie se anduvo con melindres al oír estas palabras; tan viva fue la indignación. Cornudet rompió una copa, al ponerla con violencia sobre la mesa. Hubo un clamor de reprobación contra aquel innoble militarote, un huracán de ira, una unión de todos para resistir, como si a cada cual se le hubiera reclamado una parte del sacrificio que a Bola de Sebo le exigían. El conde manifestó con asco que aquella gentuza se conducía como los antiguos bárbaros. Las mujeres, sobre todo, manifestaron a Bola de Sebo unalástima enérgica y cariñosa. Las religiosas, que solamente se mostraban a las horas de comer, bajaron la cabeza y no dijeron nada.

Sin embargo, una vez pasado el primer ímpetu de furor, los viajeros cenaron; pero se habló poco; todos estaban pensativos.

Las señoras se retiraron temprano, y los hombres, mientras fumaban, organizaron una partida de écarté, a la cual invitaron al señor Follenvie, con el propósito de interrogarle diestramente sobre los medios que convendría emplear para vencer la resistencia del prusiano. Pero el fondista no pensaba sino en sus naipes, sin atender a ninguna otra cosa, sin contestar nada, y repitiendo sin cesar:

Al juego, señores, al juego.

Tan absorta estaba su atención, que se olvidaba de escupir, lo cual producía en su garganta un ruido semejante al de un cañón de órgano. Sus pulmones sibilantes emitían toda la gama musical del asma, desde las notas graves y profundas hasta los agudos gorgoritos de los gallitos jóvenes cuando empiezan a cantar.

Embebido en el juego, se negó a subir cuando su mujer, que no podía tenerse de sueño, fue a buscarlo. Tuvo que irse sola, porque era de las que madrugaban con el sol; al revés de su marido, trasnochador recalcitrante, siempre dispuesto a pasar la velada con los amigos.

—Pon la leche junto al fuego —le gritó.

Y siguió jugando. Cuando ya nadie podía humanamente continuar, a causa del sueño, decidieron irse a la cama.

Al día siguiente todo el mundo se levantó temprano también, con la esperanza indeterminada, con el vago deseo de irse, con el terror de tener que pasar un día más en aquella horrible y reducida posada. Pero los caballos permanecían en la cuadra y el cochero no aparecía. Por hacer algo, pasaron una parte del tiempo mirando al coche.

El desayuno fue muy triste; se había producido una reacción contra Bola de Sebo, manifestando ante ella una frialdad originada por el cambio de modo de pensar de sus compañeros, pues la noche, gran consejera, había modificado los juicios hechos el día siguiente. Casi es seguro que recriminaban a Bola de Sebo el no haber ido a buscar secretamente al alemán para proporcionarle al despertar una sorpresa agradable. ¿Podía haber cosa más sencilla? ¿Quién, por otra parte, se había de enterar de nada? Hasta hubiera podido salvar las apariencias haciendo decir al oficial que se había compadecido de ella. ¡Para ella esto carecía de importancia!

Pero nadie osaba confesar todavía esos pensamientos. Llegó la tarde, y aburridos mortalmente, se aceptó la proposición del conde, de hacer una excursión por los alrededores del pueblo. Después de abrigarse convenientemente, la pequeña sociedad partió, a excepción de Cornudet, que prefería quedarse cerca del fuego, y de las dos monjas, que pasaban el día en la iglesia o en casa del cura.

El frío, más intenso cada vez, picaba cruelmente en la nariz y las orejas; los pies estaban tan doloridos, que cada paso era un trago de sufrimiento; y cuando llegaron al campo el panorama se les apareció tan horriblemente lúgubre sobre aquella ilimitadablancura, que todo el mundo determinó volver a casa, con el alma helada y el corazón transido.

Las cuatro señoras, seguidas de cerca por los tres hombres, emprendieron el regreso.

Loiseau, que veía clara la situación, manifestó rotundamente que no estaba dispuesto a continuar de aquel modo por el capricho de una ramera. El conde, siempre cortés, contestó que no se podía exigir de una mujer tan penoso sacrificio, y que en caso de verificarlo, debía ser espontáneo, salir de ella. El señor Carré-Lamadon hizo notar que si los franceses, como era de esperar, hacían un avance ofensivo sobre Dieppe, el encuentro no podía tener lugar sino en Totes. Esta reflexión puso en cuidado a sus dos compañeros.

—Si pudiéramos escapar a pie —dijo Loiseau. El conde se encogió de hombros.

—¿Con esta nieve? ¿Y con nuestras mujeres? Esto sin contar con que inmediatamente saldrían en nuestra persecución, que nos cogerían y seríamos conducidos prisioneros a merced de los soldados.

Todo esto era cierto. Se hizo alrededor del conde un silencio afirmativo.

Las señoras hablaban de modas; pero una especie de tirantez parecía distanciarlas.

De pronto, al extremo de la calle, apareció el oficial prusiano. Sobre la nieve que cerraba el horizonte destacábase su esbelta silueta, su talle de avispa con uniforme. Andaba con las piernas abiertas, con ese movimiento peculiar de los militares que procuran no mancharse las botas, esmeradamente lustradas.

Al pasar junto a las señoras se inclinó, mirando con desdén a los hombres; éstos tuvieron la dignidad de no descubrirse, aun cuando Loiseau esbozó un ademán como de quitarse el sombrero.

Bola de Sebo púsose encendida hasta las orejas, y las tres señoras casadas sufrieron una gran humillación al ser encontradas por aquel soldado en compañía de aquella ramera a quien él había tratado con tanta desenvoltura.

Entonces hablaron de él, de su aspecto, de su cara. La señora de Carré-Lamadon, que había tenido tratos con muchos oficiales y los juzgaba como perita en la materia, encontró que aquél no estaba mal del todo, y hasta lamentó que no fuese francés, porque hubiera sido un húsar muy guapo; por quien de seguro se apasionarían todas las mujeres.

Una vez en casa ya no supieron qué hacer. Hasta se dijeron palabras agrias por cosas insignificantes. La cena, silenciosa, duró poco, y cada cual subió a acostarse con la esperanza de dormir para matar el tiempo.

A la mañana siguiente todos tenían cara de fatiga. Los ánimos estaban exasperados. Las mujeres apenas hablaban con Bola de Sebo.

Oyóse el repique de unas campanas, tocando a bautizo.

La gorda muchacha tenía un hijo criándose en casa de unos labradores de Yvetot. No lo veía ni siquiera una vez al año, y apenas si se acordaba de él; pero, al pensar en aquel niño a quien iban a bautizar; despertóse en su alma una ternura brusca y violenta por el suyo, y determinó asistir a la ceremonia.

En cuanto salió todos se miraron unos a otros; luego aproximaron las sillas, pues comprendieron que se iba a decidir algo. Loiseau tuvo una idea: era de parecer que se le propusiese al oficial quedarse solo con Bola de Sebo y dejar que se marcharan los demás.

El señor Follenvie se encargó también de este recado, pero volvió a bajar casi al instante. El alemán, conocedor de la naturaleza humana, lo puso de patitas en la puerta. Su voluntad inquebrantable era retener a todo el mundo hasta satisfacer su deseo.

Entonces la señora de Loiseau dio rienda suelta a su temperamento plebeyo:

— ¡Pues no faltaría otra cosa sino morirnos de vejez aquí! Ya que el oficio de esta ramera es el de hacer eso con todos los hombres, me parece que no tiene derecho a preferir a ninguno. Demasiado sabemos todos que en Rouen no hacía asco a nadie... ¡ni a los cocheros! ¡Sí, señores: hasta con el cochero de la prefectura ha tenido que ver! ¡Lo sé perfectísimamente, porque compra el vino en casa! ¡Y hoy, que se trata de sacarnos de un mal paso, se hace la remilgada! ¡La muy perdida!... A mí me parece que se conduce demasiado bien ese oficial. Tal vez esté privado de eso hace mucho tiempo, y aquí nos tenía a nosotras tres, a quienes con seguridad preferiría. Y lejos de eso, se contenta con la de todo el mundo. Respeta a las señoras casadas. Y no debemos olvidar que es aquí el amo. No tenía más que decir "ésta quiero", y tomarla por la fuerza con ayuda de sus soldados.

Las otras dos damas sintieron un leve escalofrío. Los ojos de la linda señora de Carré-Lamadon brillaban y habíase puesto un poco pálida, cual si sintiera que ya la había tomado el oficial por la fuerza.

Los hombres, que discutían aparte, se acercaron. Loiseau, furibundo, quería entregar atada de pies y manos aquella "miserable" al enemigo. Pero el conde, descendiente directo de tres generaciones de embajadores y dotado de un físico de diplomático, era partidario de la astucia.

— Habría que convencerla — dijo.

Conspiraron entonces para lograrlo.

Se acercaron más las mujeres, bajaron la voz, y se generalizó la conversación, emitiendo cada cual su parecer. Pero todo dentro de la mayor decencia. Las señoras, especialmente, encontraban delicadezas de giros, sutilezas de expresión encantadoras para decir las cosas más escabrosas. Un extraño no hubiese comprendido nada: tantas eran las precauciones del lenguaje. Pero la delgada capa de pudor que barniza a toda mujer de sociedad no recubre sino la superficie, y éstas se encendían con aquella aventura picante, divertíanse locamente en el fondo, sintiéndose en su elemento, manoseando el amor con la sensualidad de un cocinero goloso que dispone un banquete para otra persona.

Por sí mismo renacía el buen humor: tan picaresca les parecía al fin la historia. El conde hizo chistes algo verdes, pero tan bien dichos, que obligaban a sonreír. A su vez Loiseau dejó escapar algunas picardías más crudas, las que no ofendieron a nadie. Y la idea brutalmente expresada por su mujer estaba fija en todos los cerebros: "Puesto que hacer aquello era el oficio de esa mujer, ¿por qué había de negarse a aquel hombre antes que a otro?". La linda señora de Carré-Lamadon hasta parecía pensar que, en su lugar, rechazaría ella menos a éste que a otro cualquiera.

Hicieron largos preparativos para el bloqueo, como si se hubiese tratado del sitio de una fortaleza. Cada cual eligió el papel que había de representar, los argumentos en que se apoyaría, las maniobras que debía llevar a cabo. Se dispuso el

plan de ataque, las estratagemas empleadas y las sorpresas del asalto para obligar a aquella ciudadela viva a recibir al enemigo dentro de su recinto.

Cornudet fue el único que, separado del grupo, se manifestaba completamente ajeno al asunto.

Tan profunda era la atención que embargaba los ánimos, que nadie sintió entrar a Bola de Sebo. Un ligero ¡chist! susurrado por el conde obligó a volver a todos la vista. Era ella. Se hizo bruscamente el silencio y un cierto embarazo impidió que se le dirigiera inmediatamente el saludo. La condesa, más ágil que las demás en las artimañas sociales, le preguntó:

— ¿Ha estado divertido el bautizo?

La muchacha, emocionada aún, contó lo que había visto: describió caras, actitudes y hasta el aspecto de la iglesia. "Siempre es bueno rezar de cuando en cuando", añadió.

Hasta la hora del desayuno las señoras extremaron su amabilidad con ella para aumentar su confianza y poder contar con su docilidad cuando llegara el caso.

Tan pronto se sentaron a la mesa empezaron los preparativos de ataque. Dieron principio por una vaga conversación sobre el sacrificio. Se citaron ejemplos históricos: Judith y Holofernes; después, sin fundamento, Lucrecia con Sixto; Cleopatra haciendo pasar por su tálamo a todos los generales enemigos y reduciéndolos al servilismo de esclavo. Toda una historia fantástica, nacida en la imaginación de aquellos millonarios ignorantes, se quiso hacer pasar por moneda de ley. Según ellos, las ciudadanas romanas iban a Capua para adormecer entre sus brazos a Aníbal y con él a sus lugartenientes y a todas las falanges de mercenarios. Se citó a todas aquellas mujeres que habían detenido la marcha triunfal de los conquistadores, haciendo de su cuerpo un campo de batalla, un medio de dominación, un arma, a todas las que por medio de heroicas caricias han vencido a los más repugnantes y odiosos seres, sacrificando su castidad a la venganza y a la abnegación.

Se habló asimismo, en términos velados, de aquella inglesa de gran familia que se había dejado inocular una horrible y contagiosa enfermedad para transmitírsela a Bonaparte, salvado milagrosamente por haber experimentado de súbito una extraña debilidad ala hora de la cita fatal.

Y todo esto se había contado de un modo conveniente y moderado. Algunas veces estallaba una frase de espontáneo entusiasmo, propio para excitar la emulación.

Al terminar se hubiera podido sacar en consecuencia que la única misión de la mujer en la tierra debiera ser un perpetuo sacrificio de su persona, un abandono continuo a los apetitos de la soldadesca.

Las dos monjitas parecían no oír nada, absortas en profundas meditaciones. Bola de Sebo no desplegó los labios.

Durante toda la tarde la dejaron reflexionar. Pero en vez de llamarla "señora", como habían hecho hasta entonces, se le empezó a decir "señorita", sin que nadie supiese con certeza el porqué, como si la hubieran querido hacer bajar un escalón en

la estimación que ella sola se había ganado, haciéndola comprender su vergonzosa situación.

Acababa de servirse la sopa cuando el señor Follenvie apareció repitiendo su frase de la víspera:

—El oficial prusiano pregunta a la señorita Elisabeth Rousset si aún no ha cambiado de parecer.

—No, señor —respondió la joven secamente.

A la hora de comer, la coalición se debilitó. Loiseau dijo tres palabras y las tres desgraciadas. Todos se devanaban los sesos buscando nuevos ejemplos, sin encontrarlos, cuando la condesa, sin premeditación quizás, experimentó un vago deseo de rendir homenaje a la religión, interrogando a la más vieja de las monjas sobre las grandes acciones de la vida de los santos. Era evidente que muchos habrían cometido actos que ante nuestros ojos parecerían crímenes y que, sin embargo, la Iglesia absuelve siempre cuando se realizan a mayor gloria de Dios o por el bien del prójimo. Este era un poderoso argumento y la condesa no quiso desaprovecharlo. Entonces, sea por una de esas tácitas comprensiones, de esas veladas complacencias en la que son maestros cuantos llevan un hábito eclesiástico, sea sencillamente por efecto de una feliz ininteligencia o por una caridad estúpidamente comprendida, la vieja religiosa aportó a la conspiración un formidable apoyo. La creían tímida, pero sorprendió a todos mostrándose enardecida, habladora, violenta. Según ella, jamás había sido turbada por las tentaciones de la casuística; su doctrina parecía una barra de hierro; su fe no vacilaba jamás; en su conciencia no albergaba escrúpulos de ningún género. Encontraba sencillísimo el sacrificio de Abraham, puesto que ella misma estaba dispuesta a matar a sus padres si se lo ordenaban desde arriba; nada, a su parecer, podía disgustar al Señor cuando la intención era laudable. La condesa, sacando partido de la sagrada autoridad de su inesperada cómplice, hizo deducir una especie de edificante paráfrasis de este axioma moral: "El fin justifica los medios".

—Entonces, hermana mía —pregunto—, ¿cree usted que Dios acepta todos los caminos y perdona el acto impuro cuando es puro el motivo?

—¿Qué duda cabe, señora? Una acción vituperable en sí se vuelve muchas veces meritoria por el pensamiento que la dicta.

Y de esta suerte seguían desentrañando la voluntad de Dios, previendo sus decisiones, atribuyéndole interés en cosas que a la verdad no se encaminaban a El en lo más mínimo.

Todo esto era encubierto, hábil, discreto. Pero cada palabra de la santa mujer con tocas abría una brecha en la indignada resistencia de la ramera. Extraviándose luego un poco la conversación, la religiosa habló de las casas de su orden, de su superiora, de sí propia y de su delicada vecina, la querida hermana San Nicéforo. Habían sido llamadas de El Havre para cuidar, en los hospitales, a cientos de soldados enfermos de viruela. Hizo una pintura de aquellos infelices, describiendo con detalles su enfermedad. ¡Y mientras se veían detenidas en el camino por los caprichos de aquel prusiano, podía morir gran número de franceses a quienes quizás hubieran salvado ellas! Su especialidad consistía en cuidar militares; había estado en

Crimea, en Italia, en Austria, y al referir sus campañas se reveló de súbito como una de esas religiosas de tambor y corneta, que parecen nacidas para seguir a los campamentos, recoger heridos entre los remolinos de las batallas, y domar mejor que un jefe, con una palabra, a los soldados indisciplinados; una verdadera "hermana rataplán", cuyo rostro devastado, acribillado por innumerables agujeros, semejaba una imagen de los desastres de la guerra.

Después de ella, nadie dijo nada: tan excelente les pareció el efecto.

Una vez terminada la comida subieron a escape a sus dormitorios, para no bajar hasta bastante tarde, a la siguiente mañana.

El almuerzo fue tranquilo. Daban tiempo a la semilla sembrada la víspera para germinar y dar sus frutos.

Propuso la condesa dar un paseo por la tarde; entonces, según estaba convenido, el conde ofreció el brazo a Bola de Sebo y fue solo con ella en pos de los otros.

Hablóle con ese tono familiar, paternal, algo desdeñoso que los hombres sesudos emplean con las rameras, llamándola "niña querida", tratándola desde lo alto de su posición social, de su respetabilidad indiscutible. Entró a renglón seguido en el fondo del asunto:

—Entonces, ¿prefiere usted tenernos aquí expuestos, y aun usted misma, a todas las violencias resultantes de un choque con las tropas prusianas, antes que consentir en una de esas complacencias que tan a menudo ha otorgado usted en su vida?

Bola de Sebo no respondió.

Trató de convencerla por la dulzura, por la razón, por los sentimientos. Supo permanecer como "el señor conde", y también mostrarse galante cuando fue preciso, piropoeador, amable por último. Exaltó el servicio que iba ella a prestarles, hablando de la gratitud de todos; luego, de pronto, dijo, tuteándola con donaire:

—¿Sabes, querida, que podrá vanagloriarse el tal prusiano de haber disfrutado de una chica como no encontrará muchas en su país?

Bola de Sebo no contestó, y se reunió con los demás. Tan pronto regresó al fonducho, subió a su cuarto y no volvió a reaparecer. La inquietud de todos era inmensa. ¿Qué haría? Si resistiese, ¿qué complicación!

Llegó la hora de comer; la esperaron en vano. Entrando entonces el señor Follenvie, anunció que la señorita Rousset se sentía indispuesta y que podían sentarse a la mesa. Todos aguzaron el oído. El conde se acercó al posadero y le preguntó en voz baja:

—¿Ya está?

—Sí.

Atendiendo a las conveniencias, no dijo una palabra a sus compañeros; se limitó a hacerles una ligera señal con la cabeza. En el acto salió de todos los pechos un gran suspiro de alivio y se pintó la alegría en todos los semblantes. Loiseau gritó:

—¡Caramba! ¡Pago el champaña, si lo hay en el establecimiento!

La señora de Loiseau estuvo a punto de desmayarse cuando vio volver al patrón con cuatro botellas en las manos. Todos se habían puesto de pronto

comunicativos y joviales; una alegría chispeante reinaba en los ánimos. El conde pareció notar que la señora Carré-Lamadon era encantadora; el fabricante piropeó a la condesa. La conversación fue viva, jovial, llena de bromas escabrosas.

De súbito, con ansiedad en la cara y alzando los brazos, dijo Loiseau, enronqueciendo:

—¡Silencio!

Callaron todos, sorprendidos, casi asustados. Entonces él alargó la cabeza para aguzar el oído, hizo con ambas manos una señal para que callasen, alzó los ojos hacia el techo, escuchó nuevamente y con voz natural exclamó:

—Tranquilícense ustedes; todo va bien.

No sabían si hacer como que no comprendían, pero muy pronto una rápida sonrisita apuntó en todos los labios.

Un cuarto de hora después volvió a empezar la misma comedia, que se renovó varias veces más en la velada, simulando que interpelaba a alguien del piso de encima, dándole consejos de doble sentido, propios del ingenio de un viajante de comercio. A veces tomaba un aire compungido para suspirar: "¡Pobre chica!"; o bien murmuraba entre dientes, con ademán rabioso: "¡Prusiano sinvergüenza, vaya una suerte!". Algunas veces, cuando nadie lo podía pensar, gritaba con voz vibrante varios: "¡Basta, basta!"; y añadía, como hablando a solas: "¡Con tal que la volvamos a ver! ¡Con tal que no la mate el miserable!".

Aunque estas bromas eran de gusto lamentable, divertían a todos sin mortificar a nadie, porque la indignación depende más que nada del medio ambiente, y la atmósfera que en rededor se había creado estaba cargada de maliciosos pensamientos.

A los postres hasta las señoras hicieron discretas y espirituales alusiones. Los ojos brillaban; se había bebido demasiado. El conde, que conservaba hasta en sus expansiones las apariencias de gravedad que le caracterizaban, encontró una comparación atrevida entre aquella situación y el fin de una invernada en el polo y la alegría de los náufragos al descubrir un camino hacia el sur.

Loiseau, enardecido, se levantó con una copa de champaña en la mano:

—¡Brindo por nuestra liberación!

Todo el mundo se puso en pie, aclamándole. Hasta las monjas, invitadas por las señoras, se vieron obligadas a humedecer sus labios en aquel vino espumoso que jamás habían probado. Dijeron que se parecía mucho a la limonada gaseosa, con la diferencia de que era más fino.

—Es una desgracia no tener piano —dijo Loiseau—, porque podríamos ensayar una cuadrilla.

Cornudet no había dicho una palabra; no había hecho un gesto; parecía sumergido en graves pensamientos, y de cuando en cuando estiraba sus barbas con ademán furioso, como si quisiera alargarlas más. A eso de las doce, cuando se dio la señal de retirarse, Loiseau, tambaleándose, le dijo farfullando y dándole palmaditas en el vientre:

—No está usted de buen humor esta noche. ¿No dice nada, ciudadano?

Cornudet levantó bruscamente la cabeza, y dirigiendo a la reunión una mirada brillante y terrible:

—¡Lo que acaban de hacer ustedes —dijo— es una infamia!

Y levantándose, salió de la habitación, repitiendo:

—¡Una infamia!

Esta frase fue un jarro de agua fría. Loiseau, confuso, se había quedado como un imbécil, pero pronto recobró su aplomo; y de repente, soltando a reír, exclamó:

—¡Están verdes, mi viejo, están verdes!

Como nadie entendía estas frases, hubo de contar lo que él llamaba "misterios del corredor". Otra vez volvieron a estallar las carcajadas con formidable alegría. Las señoras se divertían como locas. El conde y el señor Carré-Lamadon lloraban de risa. No querían dar crédito a aquello.

—¿Pero es cierto? ¿Está seguro? De modo que él quería...

—Les repito que lo he visto.

—Y ella... ¿rehusó?...

—Porque el prusiano estaba en la habitación de al lado.

—¡No es posible!

—Lo juro.

El conde se ahogaba, el industrial se apretaba el estómago con ambas manos. Loiseau continuó:

—Ustedes comprenden, esta noche no le ha parecido graciosa, pero ni un poquito.

Y todos volvieron a empezar, enfermos de tanto reír: se inflaban, tosían, parecían atacados de apoplejía.

Por fin se separaron. La señora Loiseau, que era de la naturaleza de las ortigas, hizo notar a su marido, en el instante de meterse en la cama, que la señora de Carré-Lamadon, la muy hipócrita, se había reído toda la noche únicamente de dientes afuera.

—Cuando a una mujer —añadió— le gusta el uniforme, lo mismo le da, te lo aseguro, que el que lo vista sea prusiano o francés. ¿No es esto asqueroso, Dios mío?

Y durante toda la noche en la oscuridad del corredor se oyeron algo así como estremecimientos, ruidos ligeros apenas perceptibles, semejantes a soplos, rozar de pies descalzos, crujidos insignificantes. Y de seguro que nadie se durmió hasta muy tarde, pues por largo tiempo salieron rayos de luz por debajo de las puertas. El champaña produce tales efectos: se dice que perturba el sueño.

A la mañana siguiente, un claro sol de invierno hacía relucir la nieve. La diligencia, enganchada por fin, esperaba delante del zaguán, mientras que una bandada de palomas blancas, con sus cabezas escondidas casi entre las plumas y con sus ojitos de color de rosa, manchados en el centro por un puntito negro, se paseaban gravemente por entre las patas de los seis caballos, buscando su alimento en el humeante estiércol esparcido entre ellos.

El cochero, envuelto en su piel de carnero, fumaba una pipa en el pescante, y todos los pasajeros, radiantes, hacían empaquetar con rapidez provisiones para el resto del viaje.

No se esperaba más que a Bola de Sebo. Al cabo apareció.

Parecía un poco turbada, avergonzada; avanzó tímidamente hacia sus compañeros, quienes, todos con un mismo movimiento, le volvieron la espalda como si no la hubieran visto. El conde ofreció con dignidad el brazo a su esposa y la apartó de aquel contacto impuro.

La gorda prostituta se detuvo estupefacta; después, reuniendo todo su valor, abordó a la mujer del manufacturero con un "buenos días, señora" humildemente murmurado. La interpelada se limitó a hacer con la cabeza un saludo imperceptible, acompañado de una mirada de virtud ultrajada. Todos aparentaban ocuparse en algo, y manteníanse lejos de ella, como si llevara en sus faldas el germen de una infección. Luego se precipitaron hacia el coche, adonde llegó ella sola, la última, sentándose de nuevo en el sitio que ocupó durante la primera etapa del viaje.

Afectaban no verla, no conocerla, y la señora Loiseau, mirándola de lejos con indignación, dijo a media voz a su marido:

—Felizmente, no se sentó a mi lado.

Se movió el pesado vehículo y reanudaron el viaje. Al principio no hablaba nadie. Bola de Sebo no osaba levantar la vista. Se sentía indignada contra sus compañeros y al propio tiempo humillada por haber cedido, por haberse dejado manchar por los besos de aquel prusiano entre cuyos brazos la arrojaron hipócritamente.

De pronto la condesa, dirigiéndose a la señora de Carré-Lamadon, rompió aquel penoso silencio:

—¿Conoce usted, acaso, a la señora de Etreilles?

—Sí, es una de mis mejores amigas.

—¡Qué mujer más encantadora!

—¡Deliciosa! Una verdadera naturaleza superior, muy instruida además, y artista hasta la médula; canta como un ruiseñor y dibuja maravillosamente.

El fabricante hablaba con el conde, y en medio del estrépito de las ventanillas las palabras "cambio", "prima", "vencimiento" se oían de cuando en cuando.

Loiseau, que había sustraído al posadero la vieja baraja, grasiendo por cinco años de roce sobre las mesas sucias, empezó un bésigue con su mujer.

Las dos monjas descolgaron de su cintura el largo rosario, hicieron a un tiempo la señal de la cruz y acto seguido empezaron a mover los labios vivamente, aumentando por momentos su precipitación y la velocidad de aquel vago murmullo, como si se tratase de una carrera de oremus. De cuando en cuando besaban una medalla, se persignaban de nuevo y volvían a empezar su rápido y continuo mascullar.

Cornudet, inmóvil, meditaba.

Al cabo de tres horas de viaje, Loiseau recogió sus cartas, diciendo:

—Tengo apetito.

Entonces su mujer, de un paquete minuciosamente atado, sacó un pedazo de carne fiambre. Lo cortó con limpieza en lonjas delgadas y los dos cónyuges empezaron a comer.

—Será preciso imitarlos —dijo la condesa.

Todos asintieron y la de Bréville sacó las provisiones preparadas para los dos matrimonios.

Apareció una de esas cajas de loza cuya cubierta lleva pintada una liebre para indicar que allí debajo yace el susodicho animal dentro de un pastel; después salieron a relucir succulentos embutidos mezclados con otras viandas escogidas. Un gran trozo de queso gruyère salió de entre un periódico en que iba envuelto, conservando en su grasosa superficie el título de la sección "Varios sucesos".

Las dos monjas desarrollaron un salchichón que olía a ajo, y Cornudet, sumergiendo ambas manos en los grandes bolsillos de su gabán, sacó en la una cuatro huevos duros y en la otra un pedazo de pan. Arrancó las cáscaras, las tiró al suelo entre la paja y empezó a comer los huevos, haciendo caer sobre su espesa barba pequeñas partículas de amarillo claro que en aquel sitio semejaban estrellas diseminadas.

Bola de Sebo, con la prisa y el aturdimiento de su despertar aquella mañana, no había pensado en nada y contemplaba exasperada, sofocada de rabia, a toda esa gente que comía plácidamente. Sintió una crispación de cólera tumultuosa y abrió la boca para arrojarles al rostro su conducta, envuelta en una tempestad de injurias que le subían a los labios; pero era tal la exasperación que sentía, que la estrangulaba y no la dejaba hablar.

Nadie la miraba: nadie pensaba en ella. Se sentía ahogada en el desprecio de esos honestos canallas que la habían sacrificado en su provecho y repudiado después como cosa inútil y sucia. Entonces pensó en su hermosa cesta llena de cosas apetitibles, que habían devorado glotonamente; en aquellos dos pollos relucientes de gelatina, en sus pasteles, en sus peras, en sus cuatro botellas de Burdeos; y su furor, amenguado ahora como una cuerda que al tenderse demasiado se rompe, amenazaba con convertirse en lágrimas. Hizo esfuerzos terribles, manteniéndose rígida, devorando sus sollozos como los niños, pero las lágrimas subían reluciendo en los extremos de sus pestañas, hasta que bien pronto, destacándose de los ojos, resbalaron lentamente por sus mejillas. Otras y otras siguieron a éstas, más rápidas, resbalando como las gotas de agua filtrada por uná roca y cayendo con regularidad sobre la redonda curva de su pecho. Y procuraba mantenerse derecha, la mirada fija, la faz rígida y pálida, con la esperanza de que nadie la viera.

Pero la condesa lo notó y llamó la atención a su marido con una seña. Encogióse él de hombros como para decir: "¿Qué le vamos a hacer? No es culpa mía". La señora Loiseau sonreía con aire de triunfo, murmurando:

—Llora su vergüenza.

Las dos monjas se habían puesto otra vez a rezar, después de haber liado en un papel los restos de su salchichón.

Cornudet, que digería sus huevos, extendió sus largas piernas bajo la banqueta de enfrente, se echó para atrás, se cruzó de brazos, sonrió como un hombre que acaba de dar con una buena diversión, y se puso a silbar la Marsellesa.

Todos pusieron mal gesto. De seguro, el himno popular no gustaba mucho ni poco a sus vecinos. Se mostraban nerviosos, rechinaban los dientes, y tenían aspecto

de hallarse prontos a aullar como los perros cuando oyen un organillo callejero. El lo notó y ya no se detuvo. A veces, hasta tarareaba las palabras de la letra:

Amoursacré de lapatrie,

Conduis, soutiens nos bras vengeurs! Libérié, liberté chérie,

Combats avec tes défenseurs!

La diligencia iba más aprisa, por estar más dura la nieve. Y hasta que llegaron a Dieppe, durante las largas y aburridas horas de viaje, al compás del vaivén del carruaje, continuó hasta bien entrada la noche su silbido monótono y vengador, con tenacidadferoz, obligando a los cansados y exasperados ánimos a seguir el canto hasta el final, a recordar la letra correspondiente a cada compás.

Y Bola de Sebo lloraba sin cesar. A veces, un sollozo mal contenido se extinguía en las tinieblas entre los acordes de la canción.

CARIÑOS DE FAMILIA

El tranvía de Neuilly había dejado atrás la puerta Maillot y corría en línea recta a todo lo largo de la gran avenida que va a parar al Sena. La maquinilla, enganchada a su vagón, pitaba para que se apartasen de su camino, escupía su vapor, jadeaba como corredor al que falta el aliento, y sus émbolos se movían con ruidos precipitados de piernas de hierro. Caía sobre la calle el pesado calor de una tarde de verano, y, aunque no soplaba brisa alguna, ascendía del suelo un polvillo blanco, calizo, opaco, asfixiante y cálido que se pegaba a la húmeda piel, cegaba la vista, penetraba en los pulmones.

La gente salía a la puerta de sus casas, en busca de aire.

El vagón de pasajeros tenía bajadas las ventanillas, y todas sus cortinas ondeaban, sacudidas por la rápida carrera. Eran pocas las personas que iban dentro, porque en días tan calurosos la gente prefería viajar en la imperial o en las plataformas. Iban obesas señoras de vestidos presuntuosos, burguesas de barriada que suplen la distinción de la que carecen con una tiesura inoportuna, oficinistas cansados del despacho, de caras amarillentas, cintura doblada y un hombro algo más alto que otro, del mucho trabajar encorvados sobre la mesa. La expresión intranquila y triste de sus rostros revelaba también preocupaciones domésticas, constantes apuros monetarios y viejas esperanzas definitivamente fracasadas; porque todos ellos formaban parte de ese ejército de pobres hombres raídos, que vegetan económicamente en mezquinas casas de yeso, que tienen por jardín un arriate y se alzan en medio de esos campos de los alrededores de París, en los que se aprovechan los residuos de todos los pozos negros.

Muy próximo a la portezuela, un hombre bajito y gordo, de cara abotagada y barriga que le caía entre las piernas, vestido todo él de negro, conversaba con otro alto y seco, de aspecto desaliñado, con un traje blanco muy sucio y un viejo panamá en la cabeza. Se expresaba el primero con lentitud, y sus titubeos daban a veces la impresión de tartamudez; era el señor Caraván, y ocupaba el cargo de oficial primero en el Ministerio de Marina. El otro había sido antaño oficial de Sanidad a bordo de un barco mercante, y acabó estableciéndose en la plazoleta de Courbevoie, en donde ejercitaba sobre la desgraciada población los inseguros conocimientos de medicina que había recogido en su vida aventurera. Llamábase Chenet, y se hacía llamar doctor. Corrían malas lenguas sobre su moralidad.

El señor Caraván llevó siempre la vida rutinaria de los burócratas. Todas las mañanas, desde hacía treinta años, marchaba indefectiblemente a su despacho por el mismo camino, y se tropezaba, a la misma hora y en los mismos lugares, con las mismas caras de hombres que se dirigían a sus negocios, y por idéntico camino regresaba todas las tardes, encontrando rostros idénticos, que iba viendo envejecer.

Todos los días compraba por unas monedas su periódico en la esquina del faubourg Saint-Honoré, iba luego en busca de dos panecillos, y penetraba finalmente en el Ministerio, a la manera del reo que se constituye en prisión. Una vez dentro, se

dirigía con paso rápido y corazón desasosegado a su despacho, temiendo siempre encontrarse con una reprimenda motivada por cualquier posible negligencia suya.

Ningún incidente vino jamás a variar la rutina monótona de su existencia, porque nada le afectaba, como no fuesen los asuntos de oficina, el escalafón y las gratificaciones. No sabía hablar de otra cosa que de los asuntos del servicio, lo mismo cuando se encontraba en el Ministerio que cuando estaba con los suyos —porque se había casado con la hija de un colega, que no llevó consigo dote alguna—. Atrofiado por la tarea embrutecedora y cotidiana, no había en su espíritu lugar para pensamientos, esperanzas, ensueños, que no guardasen relación con su Ministerio. Pero todos sus goces de empleado tenían un dejo de amargura que los echaba a perder: el acceso a los cargos de jefe y subjefe de los señores comisarios de Marina, de los hojalateros, mote que se les daba por sus galones de plata. Este era el tema que todas las noches, y mientras cenaba, le daba ocasión para exponer ante su esposa, que compartía sus rencores, los irrefutables argumentos que demostraban la iniquidad que suponía, desde todo punto de vista, el dar puestos en París a unas gentes cuyo puesto estaba en el mar.

Era ya viejo, pero su vida se había deslizado sin que él se diese cuenta, porque había pasado, sin transición, del colegio al Ministerio, y si en aquél temblaba de los pasantes, en éste siguió temblando de los jefes, que le inspiraban verdadero pánico. El umbral del despacho de estos déspotas de oficina lo azogaba de pies a cabeza y de aquel terror continuo le había quedado su cortedad, la actitud humilde y una como tartamudez nerviosa.

Conocía de París lo que puede conocer un ciego al que su perro deja cada día bajo la misma puerta, y los hechos y escándalos que leía en su periódico barato no tenían para él otro alcance que el de unos cuentos fantásticos, inventados a capricho para distracción de los pobres empleados. Pasaba por alto las informaciones políticas, que ya su periódico le servía desfiguradas y a gusto del partido que lo pagaba; él era hombre de orden, reaccionario, sin partido determinado, pero enemigo de todas las "novedades". Por las tardes, cuando subía por la avenida de los Campos Elíseos, miraba aquella agitada muchedumbre de paseantes y la marea retumbante de los carruajes con los ojos de un viajero extrañado que atraviesa países lejanos.

Por haber cumplido aquel mismo año los treinta de servicio obligatorio, lo habían condecorado a primeros de enero con la cruz de la Legión de Honor, que sirve a las administraciones militarizadas para recompensar la larga y lamentable servidumbre —que ellas califican de leales servicios prestados de estos tristes galeotes—, remachados a la carpeta verde. Aquella inesperada dignidad alteró de arriba abajo sus costumbres, revistiéndolo de una idea nueva y elevada de su capacidad. Suprimió en adelante los pantalones de color y las americanas de fantasía, y ya sólo vistió pantalones negros y levita larga, en la que su "cinta", muy ancha, resaltaba más. De la noche a la mañana se transformó en otro Caraván, de hablar hueco, porte majestuoso, protector, que se afeitaba todas las mañanas, se limpiaba con más esmero las uñas y se mudaba cada dos días de ropa interior, movido de un legítimo sentimiento de decoro y de respeto a la Orden nacional.

Estando en casa, no se le caía de la boca lo de "mi cruz". Acometióle un orgullo tan desmedido, que se le hacía insoportable el ver cinta alguna en el ojal de la solapa de los demás. Las condecoraciones extranjeras, sobre todo, lo sacaban de quicio —"no se debía tolerar que nadie las llevase en Francia"—, y tenía especial inquina al doctor Chenet, a quien todas las tardes encontraba en el tranvía luciendo siempre un distintivo, fuese blanco, azul, anaranjado o verde.

Por lo demás, desde el Arco de Triunfo hasta Neuilly, la conversación de aquellos dos hombres nunca variaba. Al igual que los días precedentes, empezaron en esta ocasión por ocuparse de ciertos abusos locales que los exasperaban a los dos, poniendo al alcalde de Neuilly por los suelos. Caraván, cosa inevitable estando con un médico, abordó el capítulo de las enfermedades, con la esperanza de espigar gratuitamente algunos consejos interesantes, y quién sabe si una consulta, dándose maña para que no se leviese el juego. Es preciso decir que su madre le traía intranquilo de un tiempo a esta parte. La acometían síncope frecuentes y prolongados, pero no admitía que la cuidasen como era debido, aunque había cumplido ya los noventa.

Caraván mostrábase enternecido con la avanzada edad de su madre, y hacía con insistencia al doctor Chenet la misma pregunta: "¿Ve usted a mucha gente de sus años?". Y se frotaba las manos de gusto, no precisamente porque estuviese muy interesado en que aquella buena señora se eternizase sobre la tierra, sino porque la prolongada vida de la madre era como una promesa para el hijo.

Siguió diciendo: "La verdad es que en mi familia se vive largo. Tengo la certeza de que yo mismo, salvo accidente, me moriré de viejo." El oficial de Sanidad le lanzó una mirada compasiva, examinó un instante la cara coloradota de su vecino, el gordo cerviguillo, la panza que le colgaba entre las piernas de una gordura flácida, el contorno apoplético de oficinista sedentario y sin nervio, y, como resultado de ese examen, se echó atrás de un papirotazo el panamá de color arratonado que le cubría la cabeza, y contestó con retintín:

—De eso hay mucho que hablar, compadre, porque su vieja es de temperamento nervioso, y usted es gordo y fofo.

Caraván se calló, desconcertado.

El tranvía llegó a la estación. Los dos compañeros echaron pie a tierra, y el señor Chenet convidó a un trago de vermut en el café del Globo, que se hallaba enfrente, y del que uno y otro eran clientes habituales. El dueño, amigo de ambos, les alargó dos dedos de la mano, y ellos le dieron un apretón por encima de las botellas del mostrador; después se dirigieron a una mesa en la que había tres aficionados al dominó que no se habían movido de allí en toda la tarde. Se cruzaron frases cordiales, y el inevitable "¿Qué hay de nuevo?". Los jugadores siguieron con su partida. Cuando los recién llegados se retiraron, les dieron las buenas tardes. Los jugadores les alargaron las manos sin alzar la cabeza y cada cual se fue a comer a su casa.

Ocupaba Caraván, cerca de la plazoleta de Courbevoie, una casita de dos pisos, y en el bajo estaba instalado un peluquero.

Dos dormitorios, el comedor y la cocina, con un juego único de sillas, descoladas y vueltas a encolar, que pasaban de una habitación a otra, según lo exigía el momento, componían el departamento que la señora Caraván se entretenía en limpiar, en tanto que su hija María Luisa, de doce años, y su hijo Felipe Augusto, de nueve, se entregaban a toda clase de travesuras en los arroyos de la avenida, alternando con los pilluelos del barrio.

Caraván había instalado a su madre en el piso superior; ésta se había hecho popular en aquellos alrededores por su avaricia, y su delgadez hacía decir a la gente que el Señor había echado mano, al hacerla, de sus mismos principios de ahorro. Siempre malhumorada, no pasaba día sin riñas y arrebatos furiosos. Apostrofaba desde su ventana a los vecinos que salían a la puerta de sus casas, a los vendedores ambulantes de frutas y verduras, a los barrenderos y a los muchachos, y éstos, en venganza, la iban siguiendo de lejos cuando salía a la calle, y le gritaban: "¡Ensuciácamas!".

Una criadita normanda, de un atolondramiento increíble, atendía los quehaceres de la casa, y dormía en el segundo piso, junto a la vieja, por si le sobrevenía algún accidente.

Al entrar Caraván en casa, su mujer, atacada de la enfermedad crónica de hacer limpieza, sacaba brillo con un trapo de franela a la caoba de las sillas, desparramadas por la soledad de las habitaciones. Siempre tenía puestos los guantes de hilo; se adornaba la cabeza con una cofia de cintajos multicolores, que se le ladeaba sobre una oreja, y cuando alguien la sorprendía con la cera, el cepillo, el limpiametales o la lejía, recitaba el mismo estribillo:

—No soy rica; todo es sencillo en mi casa, y el único lujo que puedo permitirme es el de la limpieza, que, después de todo, suple a cualquier otro.

Estaba dotada de un sentido práctico tenaz, y su marido se dejaba llevar en todo por ella. Primero en la mesa, y después en la cama, charlaban todas las noches largo y tendido de los asuntos de la oficina, y aunque él le llevaba veinte años, se desahogaba con ella como con un director espiritual y no se apartaba de sus consejos.

Jamás había sido bonita, y en aquella época era fea, menuda y flaca. Su desmañada manera de vestir ocultó siempre ciertos débiles atributos femeninos que se hubieran puesto de realce con un poco de arte en la disposición de su tocado. Las faldas parecían colgarle siempre de un lado, y tenía el hábito, que llegaba a tomar visos de tic nervioso, de rascarse a cada momento, en cualquier parte, sin preocuparse de los que estaban delante. En cuestión de adornos de su persona, no iba más allá de los cintajos de seda, entrelazados profusamente en las cofias presuntuosas que usaba en casa.

Así que vio entrar a su marido, se levantó, y besándole en las patillas, le preguntó:

—¿Te acordaste de ir a casa de Potin, querido? La pregunta se refería a un encargo que él había prometido hacer.

Se dejó caer, aterrado, en una silla: era la cuarta vez que lo olvidaba.

—Es una fatalidad —decía—, es una fatalidad: me paso el día pensando en que tengo que ir, pero así que llega la hora de salir se me va de la memoria.

Al verlo afligido, ella le dijo para consolarlo: ¿Qué más da? Ya te acordarás mañana. Y ¿qué hay de nuevo por el Ministerio?

—Un acontecimiento: otro hojalatero más que ha sido nombrado subjefe.

Ella se puso muy seria:

—¿En qué oficina?

—En la de compras al extranjero.

Ella mostró enfado:

—Entonces ha sido para el puesto de Ramón, precisamente el que yo hubiera querido para ti. ¿Y Ramón? ¿Retirado?

El balbució: "¡Retirado!". Esto la encolerizó, y la cofia se le vino al hombro:

—Se acabó, pues. No hay que pensar en ese momio. Y ¿cómo se llama el tal comisario?

—Bonassot.

Echó ella mano al anuario que tenía siempre al alcance, y buscó: "Bonassot. Tolón. Nació en 1851. Alumno comisario en 1871. Subcomisario en 1875". De súbito le preguntó:

—¿Es de los que han navegado?

Esta pregunta tranquilizó a Caraván. Su panza viose sacudida por un acceso de regocijo:

—Lo mismo que Balin, lo mismísimo que Balin, su jefe —y agregó, riéndose con más fuerza—, una broma muy gastada que a los del Ministerio los divertía muchísimo: Que no los envíen de inspección al apostadero naval de Point-du Jour, porque se marearían en la escampavía.

Pero su mujer seguía muy seria, como si no le hubiese oído, y al fin murmuró rascándose la barbilla:

—¡Qué lástima, no disponer de un diputado! Si alguien contase en la Cámara todo lo que ocurre en esa casa, el ministro saltaría en el acto...

Le cortaron la frase los gritos que estallaron en la escalera. María Luisa y Felipe Augusto, que regresaban de la calle, se propinaban, a medida que subían, bofetadas y puntapiés. La madre se precipitó furiosa, tomó a cada uno por un brazo, y de una sacudida vigorosa los metió en el departamento.

Al ver a su padre, corrieron hacia él: los besó con ternura, con fruición; luego se sentó, los puso sobre sus rodillas y lió con ellos una charla íntima.

Felipe Augusto era un rapazuelo feo de ver, despeinado, sucio de los pies a la cabeza, con expresión de idiota. María Luisa se asemejaba ya a su madre, se expresaba igual que ella, repetía sus dichos y hasta imitaba sus gestos. También ella preguntó:

—Y ¿qué hay de nuevo por el Ministerio? A lo que el padre contestó, regocijado:

—Que tu amigo Ramón, el que viene a cenar con nosotros todos los meses, nos abandona, Lisita. Han puesto en su lugar a un nuevo subjefe.

Clavó ella la mirada en la cara de su padre, y le dijo con un tono de lástima, propio de niña precoz:

—Otro más que te ha echado a la cola, ¿no es eso? Al padre se le cortó la risa, y no contestó; después, para cambiar de conversación, preguntó a su mujer, que se había puesto a limpiar los vidrios:

—¿Mamá sin novedad, arriba?

La señora Caraván dejó de frotar, se volvió, enderezó la cofia que se le escapaba hacia la espalda y contestó con labios trémulos:

—De tu madre te quiero hablar, precisamente. ¡Me ha hecho una de las tuyas! Figúrate que la señora Lebaudin, la mujer del peluquero, subió hace un rato para pedirme prestado un paquete de almidón; yo había salido y tu madre la ha echado de la puerta, tratándola de mendiga. Me ha tenido que oír la vieja; aunque se ha hecho la desentendida, como siempre que se le cantan las verdades; pero que te conste que está tan sorda como yo; todo lo suyo es cuquería, y la prueba la tienes en que se ha subido derechita a su cuarto, sin decir esta boca es mía.

Caraván, corrido, no contestó y en ese instante hizo acto de presencia la criadita para anunciar precisamente que la cena estaba lista. Entonces él echó mano a un palo de escoba que tenían siempre oculto, y dio tres golpes en el cielo raso. Luego pasaron al comedor, y la señora Caraván, la joven, sirvió la menestra, mientras esperaban que bajase la anciana. Esta se retrasaba, y la sopa iba enfriándose, en vista de lo cual se pusieron a comer sin prisa; quedaron vacíos los platos y volvieron a esperar. La señora Caraván, furiosa, la tomó con su marido:

—Lo hace a propósito, ¿comprendes? Porque sabe que te pones siempre de su parte.

El marido, muy perplejo y cogido entre dos fuegos, envió a María Luisa en busca de su abuela, y se quedó inmóvil, con los ojos bajos, mientras su mujer daba golpecitos rabiosos con la punta de su cuchillo en el extremo inferior de su vaso.

La puerta se abrió de improviso y volvió a entrar la niña, sola, sin aliento y muy pálida, diciendo precipitadamente:

—Abuela está caída en el suelo.

Caraván se puso en pie de un salto, tiró la servilleta sobre la mesa y se lanzó hacia el piso de arriba, resonando en la escalera su paso firme y precipitado. Su mujer, que supuso que era todo una treta de su suegra, le siguió sin prisa, encogiéndose despectivamente de hombros.

La anciana yacía cuan larga era boca abajo, en medio de la habitación. Cuando su hijo dio vuelta al cuerpo, apareció su cara seca e inmóvil, de piel amarillenta, arrugada, curtida, con los ojos cerrados, apretados los dientes, flaca y rígida.

De rodillas junto a ella, gimoteaba Caraván:

—¡Pobre madre mía, pobre madre mía!

Pero la otra señora Caraván dictaminó, después de mirarla unos momentos:

—¡Bah! Otro síncope más, y eso es todo. Créeme, lo ha hecho para estropearnos la cena.

Trasladaron el cuerpo a su cama, lo desnudaron por completo, y todos — Caraván, su mujer y la criada— se dedicaron a darle fricciones. Pero por más que hicieron no volvió en sí. Enviaron entonces a Rosalía en busca del doctor Chenet. Vivía en el muelle, en dirección a Suresnes. La distancia era grande y la espera fue

larga. Pero, al fin, llegó, y después de examinar, palpar y auscultar a la anciana, pronunció el veredicto:

—Esto se acabó.

Caraván se arrojó sobre el cuerpo, sacudido por sollozos precipitados. Besaba convulsivamente la cara rígida de su madre, llorando con tal profusión, que sus lágrimas caían como gotas de agua sobre el rostro de la difunta.

La otra señora Caraván sufrió un acceso bastante decoroso de dolor; en pie detrás de su marido, lanzaba débiles gemidos y se frotaba con obstinación los ojos.

De improviso se enderezó Caraván; tenía el rostro abotagado, los ralos cabellos en desorden y estaba feísimo con la sinceridad de su dolor.

—¿Está usted seguro, doctor..., completamente seguro? El oficial de Sanidad se acercó rápidamente, manipuló el cadáver con destreza profesional, y en seguida expresó:

—Vea, amigo; fíjese en este ojo.

Levantó el párpado y apareció bajo su dedo la mirada de la anciana, como cuando estaba viva, con la pupila un poco más dilatada tal vez. Caraván recibió un golpe en pleno corazón, y el espanto caló hasta el tuétano de sus huesos. El señor Chenet cogió el brazo crispado, tiró de los dedos para abrirlos con fuerza y con la expresión airada de quien discute con un contradictor, siguió diciendo:

—¿Y esta mano? ¿Qué me dice de esta mano? Tranquilícese: yo no me equivoco nunca en casos como éste.

Caraván se dejó caer otra vez sobre la cama, se revolcó, casi casi berreó; su mujer, entre tanto, sin dejar de lloriquear, hacía lo necesario. Acercó la mesa de noche, la cubrió con un paño blanco, colocó encima cuatro velas, las encendió, sacó de detrás del espejo de la chimenea un manojo de boj que estaba allí colgado, lo colocó en medio de las velas sobre un plato y llenó éste de agua clara, a falta de agua bendita. Cruzó por su cabeza un pensamiento, y cogiendo un pellizco de sal lo echó en el agua, imaginando sin duda que así suplía la bendición.

Cuando terminó de ejecutar aquel simbolismo, inseparable de la muerte, permaneció en pie, inmóvil. El oficial de Sanidad, que la había ayudado, le dijo por lo bajo:

—Hay que llevarse de aquí a Caraván.

Hizo una señal afirmativa, se acercó a su marido, que seguía sollozando de rodillas, y lo alzó por un brazo, a tiempo que el señor Chenet lo levantaba del otro. Empezaron por sentarlo en una silla; su mujer, besándole en la frente, le echó un pequeño sermón. El oficial de Sanidad apoyaba sus razonamientos, le recomendaba entereza, valor, resignación; en fin, todo lo que nadie tiene en las desgracias fulminantes. Cuando ya no tuvieron nada que decir, volvieron a cogerlo del brazo y se lo llevaron.

Lagrimaba, como un muchacho grande, con hipos convulsivos, desmadejado, con los brazos colgantes y las piernas flojas; bajó la escalera sin darse cuenta, moviendo maquinalmente los pies.

Lo dejaron en el sillón que ocupaba siempre para comer, frente a su plato casi vacío, que aún tenía la cuchara metida en un resto de sopa. Y allí se quedó, sin moverse, con la mirada clavada en su vaso, tan entontecido que ni pensar podía.

En un rincón del comedor hablaba la señora Caraván con el médico: se enteraba de las formalidades que había que llenar, pedía informes prácticos. El señor Chenet que parecía estar esperando algo, acabó por coger su sombrero y se despidió diciendo que no había cenado. Ella exclamó entonces:

—Pero cómo, ¿no ha cenado usted? Quédese, doctor; quédese. Se le servirá de lo que hay, porque ya supondrá que nosotros no estamos para comer gran cosa.

Rehusó, excusándose; ella insistió:

—Quédese, se lo ruego. En momentos como éste, se agradece la compañía de los amigos. Además, tal vez usted consiga que mi marido se consuele un poco. Está muy necesitado de que le den ánimos.

El doctor asintió con la cabeza, y dejó el sombrero encima de un mueble.

—Siendo así, acepto, señora.

Dio ella instrucciones a Rosalía, que estaba como desatinada, y tomó asiento a la mesa, según dijo, "para hacer que comía, y acompañar al doctor". Se volvió a servir la sopa fría. El señor Chenet aceptó otro plato. Vino después una fuente de cuajada a lalionesa, que esparció un aroma de cebolla, decidiéndose la señora Caraván a probarla.

—Está sabrosísima —dijo el doctor.

La señora se sonrió:

—¿Verdad que sí? —se volvió hacia su marido para decirle—: Haz por comer un poco, mi pobre Alfredo, aunque sólo sea para echar alguna cosa al estómago. Piensa en que tienes que velar.

Caraván alargó dócilmente el plato, lo mismo que se habría metido en cama si se lo hubiesen pedido, obedeciendo en todo, sin resistencia y sin reflexión. Y comió.

El doctor se sirvió a sí mismo por tres veces: la señora Caraván pinchaba de cuando en cuando con su tenedor una buena presa, y la engullía con calculado descuido.

Cuando sacaron una ensaladera rebosante de macarrones, murmuró el doctor:

—¡Caramba!... Esto parece cosa buena.

La señora Caraván no dejó esta vez a nadie sin servir. Llenó hasta los platillos en que metían sus dedos los niños, y éstos, sin nadie que se ocupase de ellos, bebían vino puro y se acometían a puntapiés por debajo de la mesa.

El señor Chenet trajo a colación el gusto de Rossini por este plato italiano. De pronto soltó esta gracia:

—Se podría hacer un cuplé:

El maestro Rossini pedía macarrones...

Pero nadie le prestaba atención. La señora Caraván quedóse de pronto pensativa, y repasaba mentalmente las probables consecuencias de aquel acontecimiento, mientras que su marido hacía bolitas de pan entre los dedos, las colocaba luego en el mantel y se quedaba mirándolas fijamente con expresión estúpida. Le abrasaba una sed ardiente, y a cada momento se llevaba a la boca el

vaso lleno de vino hasta los bordes. La conmoción y el dolor habían hecho perder el aplomo a su razón; ésta parecía flotar, girar ingrávida en el repentino estupor de los comienzos de una digestión difícil.

Por su parte, el doctor bebía como una cuba y daba ya señales de estar borracho; la misma señora Caraván, que no bebía más que agua, sufría la reacción que sigue a toda sacudida nerviosa, se mostraba excitada, inquieta, y su cabeza estaba algo confusa.

El señor Chenet empezó a referir anécdotas, que a él le parecían chistosas, de escenas mortuorias. En los suburbios de París, donde abunda la población procedente de provincias, se tropieza uno con la indiferencia propia del campesino hacia los difuntos; ya pueden ser éstos el padre o la madre. Hay una irrespetuosidad, una inconsciencia feroz, que es corriente en el campo, pero muy rara en la capital.

—La semana pasada, sin ir más lejos —agregó—, me llaman de la calle de Puteaux, y allá voy. Me encuentro con que el enfermo era ya cadáver, y junto a la cama a la familia, que se bebía tranquilamente una botella de anís, que habían comprado el día anterior, para satisfacer un capricho del moribundo.

La señora Caraván no le escuchaba; toda su atención estaba concentrada en la herencia. El señor Caraván se había quedado con el cerebro vacío y era incapaz de comprender nada.

Se sirvió el café, muy cargado, como para levantar los ánimos. Se le regó de coñac, y cada taza hizo subir a las mejillas de los bebedores un súbito rubor, confundiendo aún más las últimas ideas de aquellos espíritus ya vacilantes.

El doctor echó mano de pronto a la botella del aguardiente, y sirvió a todos la última. No hablaban; embotados por el suave calor de la digestión, embebidos, a pesar suyo, en el bienestar puramente animal que el alcohol proporciona después de comer, saboreaban muy despacio el coñac azucarado, que formaba un almíbar amarillento en el fondo de las tazas.

Los chicos se habían quedado dormidos y Rosalía los acostó.

Maquinalmente, empujado por la necesidad de aturdirse que domina a los desgraciados, se sirvió Caraván aguardiente varias veces. Sus ojos, de mirada estúpida, resplandecían.

El doctor se levantó, al fin, para marcharse, y cogió a su amigo del brazo:

—¡Ea!, venga conmigo —le dijo—. Le sentará bien un poco de aire fresco. No conviene estarse quieto cuando nos domina la pena.

El otro obedeció dócilmente, se puso el sombrero, tomó el bastón y salió; los dos, agarrados del brazo, fueron caminando hacia el Sena, bajo la claridad de las estrellas.

Flotaban hálitos embalsamados en la noche calurosa, porque era la estación en que todos los jardines del contorno se cuajan de flores, y sus perfumes, que duermen durante el día, parecen despertar cuando llega el crepúsculo, y se esparcen, diluidos en las brisas ligeras que corren por la oscuridad.

La ancha avenida estaba desierta y silenciosa, flanqueada por dos hileras de faroles de gas, que se alargaban hasta el Arco de Triunfo. Allá lejos, envuelto en roja neblina, rebullía París ruidosamente. Era como un retumbo continuo, al que de

tiempo en tiempo parecía responder a lo lejos, en la llanura, el silbido de un tren, que se acercaba a toda marcha, o que huía, cruzando la provincia, hacia el océano.

Al recibir aquellos dos hombres en la cara el aire de la calle, se quedaron al pronto sorprendidos; el doctor se tambaleó, y Caraván sintió que se multiplicaban los vértigos que venían acometiéndole desde la cena. Caminaba como entre sueños, con la inteligencia embotada, paralizada, sin que el dolor le aguijonease, embargado por una especie de insensibilidad moral que le hacía incapaz de sufrir; parecía que le hubiesen quitado un peso del alma, y los tibios vapores que se esparcían en la noche aumentaban esta sensación de alivio.

Cuando llegaron al puente, torcieron a mano derecha, y el río les lanzó en pleno rostro una fresca bocanada. Corría, melancólico y sosegado, delante de un cortinaje de altos álamos, y las estrellas nadaban en el agua, zarandeadas por la corriente. La neblina blancuzca que flotaba en el ribazo de enfrente enviaba a sus pulmones un olor de humedad; Caraván se detuvo bruscamente, sorprendido por aquel aroma de río que agitaba en su corazón memorias muy lejanas.

Volvió a ver de improviso a su madre, la de otros tiempos, la de su niñez, de rodillas y encorvada delante de la puerta de su casa, allá en Picardía, lavando en el arroyuelo que cruzaba el jardín la ropa amontonada a su lado. En medio del silencio sereno del campo oía el golpear de la ropa sobre la tabla y su voz que gritaba: "Alfredo, tráeme jabón". Era este mismo olor de agua que corre, la misma neblina que se desprendía de las tierras empapadas, la misma vaporosidad pantanosa; aquel sabor le había quedado para siempre, imborrable, y volvía a sentirlo precisamente la noche misma en que su madre acababa de morir.

Se detuvo como envarado por un suave arrebató de desesperación. Fue un relámpago que aclaró de golpe todo el alcance de su desgracia; aquel soplo errante que se atravesó en su camino lo precipitó en el negro abismo de los dolores irremediables. Sintió el alma desgarrada por aquel separarse para siempre. Quedaba su vida truncada por la mitad; su juventud entera desaparecía, engullida por aquella muerte. Allí acababa el antiguamente; se esfumaban las memorias de la adolescencia; nadie quedaba ya para hablarle de las cosas de antes, de las personas que conoció en otros tiempos, de su tierra, de él mismo, de las intimidades de su vida pasada. Era un pedazo de su mismo ser el que había dejado de existir; en adelante, le correspondía morir al resto.

Empezó a llamar, uno tras otro, a sus recuerdos. Apareció la mamá, de más joven, vestida de prendas que se habían ajado sobre ella, que de tanto usarlas parecían inseparables de su persona; veíala en mil momentos que ya tenía olvidados: con rasgos que yase habían borrado, con sus gestos, las inflexiones de su voz, con sus costumbres, manías, indignaciones, con las arrugas de su cara, los movimientos de sus dedos descarnados y en todas las actitudes familiares que ya no volvería a tener más.

Lanzó algunos gemidos, agarrándose al doctor. Sus flácidas piernas temblaban; toda su voluminosa persona sufría las sacudidas de los sollozos, mientras que balbucía:

—¡Madre mía, pobre madre, pobre madre mía!... Pero su compañero, que seguía borracho y que soñaba con acabar la velada en ciertos lugares que frecuentaba en secreto, se impacientó con aquel acceso agudo de dolor, lo hizo sentarse en la hierba de la orilla y lo abandonó al poco rato con el pretexto de que tenía que ver a un enfermo.

Caraván lloró largo rato; cuando se le agotaron las lágrimas; cuando todo su dolor se derritió en agua, como quien dice, experimentó otra vez alivio, sosiego, tranquilidad súbita.

Había salido la luna, y bañaba el horizonte con su luz plácida. Los grandes álamos se erguían con reflejos de plata, y la niebla se alzaba sobre la llanura como nieve flotante; ya no nadaban las estrellas en el río; revestíalo una capa de nácar y seguía deslizándose, rizado por escalofríos brillantes. La atmósfera era suave y perfumada la brisa. El sueño de la tierra estaba impregnado de languidez y Caraván bebía aquella suavidad de la noche; aspiraba profundamente y tenía la sensación de que un frescor, un sosiego, una paz sobrehumana le iba calando hasta la extremidad de sus miembros.

Sin embargo, no se resignaba a dejarse invadir por aquel bienestar, y repetía:

—Madre mía, pobre madre.

Y hacíase fuerza para llorar, recurriendo a una especie de sentido del deber de hombre honrado; pero todo era en vano, y los mismos pensamientos que hacía poco le habían arrancado tan grandes sollozos no despertaron ya en él tristeza alguna.

Se levantó con el propósito de volver a su casa, y deshizo lo andado con paso lento, envuelto en la tranquila indiferencia de la naturaleza serena, y con el corazón apaciguado, a pesar suyo.

Al llegar al puente, distinguió la linterna del último tranvía que estaba preparado para arrancar y, más allá, los ventanales iluminados del café del Globo.

Lo acometió la necesidad de contarle a alguien la catástrofe, de excitar la conmiseración, de hacerse el interesante. Adoptó una expresión compungida, empujó la puerta del establecimiento y avanzó hacia el mostrador, en el que el dueño vociferaba como siempre. Había calculado ya la impresión que produciría: todos los concurrentes se pondrían en pie al verlo, yendo hacia él con la mano extendida: "Pero ¿qué le pasa?". Nadie reparó en el desconsuelo que se retrataba en su rostro. Puso los codos sobre el mostrador y se apretó la frente entre las manos, murmurando:

—¿Dios mío, Dios mío!

El dueño se quedó mirándolo.

—¿Se siente enfermo, señor Caraván?

Este contestó:

—No, querido amigo; es que acaba de fallecer mi madre.

El dueño dejó escapar un "¡Ah!" distraído: pero en aquel instante gritó desde el fondo del local un cliente:

—Oiga, un bock, por favor.

El dueño le contestó en el acto con su vozarrón:

Ahora mismo. ¡Bruum! Ya está y se precipitó con su servicio, dejando a Caraván estupefacto.

Los tres aficionados al dominó seguían jugando, absortos y como pegados a los asientos, en la misma mesa en que los vio antes de cenar. Caraván se acercó para mendigar compasión. Advirtiéndolo que no se daban por enterados de su presencia, se decidió a hablar:

—Después que estuve aquí me ha ocurrido una gran desgracia.

Los tres alzaron un poco la cabeza al mismo tiempo, pero sin quitar ojo a las fichas que tenían en la mano.

—¿Sí? ¿Qué ha sido?

Acaba de fallecer mi madre.

Uno de los jugadores murmuró: "¡Vaya!", con ese tono de lástima que suena a falso, de los indiferentes. Otro, que no encontró de momento palabras, movió la cabeza y dejó escapar una especie de silbido triste. El tercero reanudó el juego, como diciéndose para sus adentros. Si no es más que eso...".

Caraván esperaba una de esas frases que, como suele decirse, brotan del corazón. Al ver la acogida que se le dispensaba, se alejó, indignado de la tranquilidad que demostraban ante el dolor de un amigo, aunque para entonces aquel dolor se había embotado de tal manera que ni él mismo lo sentía.

Se marchó.

Su mujer, en camión, le esperaba sentada en una silla baja, junto a la ventana abierta, dándole siempre vueltas a la idea de la herencia.

—Desnúdate —le dijo—. Tenemos que hablar; pero lo haremos en la cama.

El levantó la cabeza, señalando el techo con la mirada:

—Pero... arriba no hay nadie.

—Sí, señor; está Rosalía con ella, y tu la relevarás a las tres, cuando hayas echado un sueño.

Por lo que pudiera ocurrir, Caraván se quedó en calzoncillos, se ató un pañuelo alrededor del cráneo y se reunió con su mujer, que acababa de meterse entre las sábanas.

Permanecieron un rato sentados, el uno junto al otro. Ella meditaba. A pesar de la hora que era, su cofia lucía un nudo rosa y se ladeaba hacia una oreja, para no apartarse de la invencible costumbre de todas las que se ponía.

De improviso, volvió la cara hacia su marido, y le dijo:

—¿Sabes si tu madre ha hecho testamento?

El titubeó:

—Yo creo... que no... Desde luego que no... no lo ha hecho.

La señora Caraván clavó su mirada en los ojos de su marido, y cuchicheó con voz rabiosa:

—Pues se ha portado cochinamente, después de diez años que llevamos matándonos por servirle, dándole casa y poniéndole mesa. No habría sido tu hermana capaz de hacer por ella lo que nosotros, ni yo tampoco lo habría hecho de haber sabido el paso que me esperaba. Te digo que eso es una mancha para su memoria. Me dirás que nos abonaba una pensión; pero no es con dinero con lo que se pagan las atenciones de los hijos; se deja constancia de ellas, después de la muerte, con un testamento. Eso es lo que hacen las gentes que tienen dignidad. De modo,

pues, que me he molestado y me he desvivido en balde. ¡Es una indecencia! ¡Es una verdadera indecencia!

Caraván, fuera de sí, repetía:

—Mujer, mujer, por favor; yo te lo ruego.

Ella acabó por calmarse, y volvió al tono de sus diarias conversaciones:

—Habrá que avisar a tu hermana mañana temprano.

El dijo con sobresalto:

—Es cierto; no se me había ocurrido. Le pondré un telegrama en cuanto amanezca.

Ella le interrumpió, como mujer que lo tiene todo previsto:

—No, envíaselo entre las diez y las once, para que tengamos tiempo de desenvolvernó antes que lleguen, porque desde Charenton hasta aquí tienen para dos horas o más. Les diremos que no sabías lo que hacías. Con avisarles por la mañana hemos cumplido.

Caraván se dio una palmada en la frente y exclamó con el acento de cortedad que adoptaba siempre para referirse a su jefe, porque sólo con pensar en él ya se echaba a temblar:

—Habrá que avisar también al Ministerio.

Ella replicó:

—¿Avisar? ¿Por qué? En momentos como éste, nadie puede molestarse por un olvido. Si me hicieses caso, no avisarías; tu jefe se tendría que callar y le harás pasar un berrinche.

—¡Pero bien gordo que lo va a pasar cuando vea que faltó! Tienes razón, tu idea es genial. Se le van a atragantar las palabras cuando le diga que ha muerto mi madre.

El chupatintas, encantado de la jugarreta, se frotaba las manos, imaginándose la cara que pondría su jefe. En aquel momento, y en la habitación de encima de él, yacía el cuerpo de la anciana, y a su lado dormía la criada.

La señora Caraván permanecía en actitud recelosa, como obsesionada por un problema difícil de expresar. Pero, al fin, se decidió:

—Tu madre te dijo que era para ti su reloj, el de la muchacha del emboque, ¿no es cierto?

El rebuscó en su memoria, y contestó:

—Sí, en efecto; pero de esto hace mucho tiempo; fue cuando vino a vivir aquí. Me dijo: "El reloj será para ti, si me cuidas bien".

La señora Caraván, tranquilizada con esto, se expresó ya con todo sosiego:

—Siendo así, habrá que ir por él, creo yo, porque si damos tiempo a que venga tu hermana, no consentirá que lo tomemos.

El titubeaba:

—¿Crees tú?...

Ella se molestó.

—¡Naturalmente que lo creo! Una vez que lo tengamos aquí, si te he visto no me acuerdo; nuestro y nada más que nuestro. Lo mismo que la cómoda que tiene en su habitación, la de la cubierta de mármol: ésa me la dio a mí un día que estaba de buenas. Bajaremos las dos cosas al mismo tiempo.

Caraván no parecía muy convencido.

—¡Pero mujer, contraemos una gran responsabilidad! Ella se revolvió, furiosa:

—¿De veras? ¿Vas a ser el mismo de siempre? Eres capaz, por no dar un paso, de dejar que tus hijos se mueran de hambre; de eso eres tú capaz. Puesto que ella me la dio, nuestra es la cómoda; no vas a decir que no. Y si le molesta a tu hermana, que venga a decírmelo a mí. Mucho se me da a mí de tu hermana. ¡Ea, levántate, y traeremos en seguida las cosas que tu madre nos ha dado!

Trémulo y derrotado, salió Caraván de la cama y fue a meterse los pantalones; pero ella no le dejó:

—¿Para qué te vas a vestir? Sube en calzoncillos, no hay necesidad de más; yo iré tal como estoy.

Los dos echaron a andar en ropas menores; subieron las escaleras sin hacer ruido, abrieron con precaución la puerta y entraron en la habitación.

Las cuatro velas encendidas alrededor del plato de boj bendito parecían ser los únicos guardianes de la anciana, que descansaba rígida, porque Rosalía dormía con leve ronquido, repantigada en su poltrona, con las piernas estiradas, las manos cruzadas encima de la falda, la cabeza caída a un lado y la boca abierta.

Caraván se posesionó del reloj. Era uno de tantos cachivaches grotescos que produjo en abundancia el arte imperial. Una figura de chica joven, de bronce dorado, con la cabeza adornada de flores variadas, tenía en la mano un emboque cuya bola servía de péndulo.

—Dámelo a mí, y coge ya el mármol de la cómoda —le dijo su mujer.

Obedeció, dando resoplidos, y se echó al hombro el mármol con no pequeño esfuerzo.

Hicieron un viaje. Caraván se agachó al pasar la puerta y las escaleras temblando; su mujer caminaba de espaldas, alumbrándole con una mano y sujetando con la otra el reloj, debajo del brazo.

Una vez dentro de su departamento, dejó ella escapar un profundo suspiro:

—Lo más difícil está hecho; vamos por lo demás. Pero los cajones del mueble estaban completamente llenos de ropa de la anciana. Había que esconderla en algún lado.

La señora Caraván tuvo una inspiración:

—Súbeme el baúl de madera de pino que hay en el vestíbulo. No vale ni dos francos. Aquí estará perfectamente.

Una vez el baúl arriba, comenzó el traslado.

Uno tras otro, iban sacando los puños y cuellos postizos, las camisas, las cofias, todos los modestos trapos de aquella buena mujer que estaba tendida allí, a sus mismas espaldas, y los iban colocando metódicamente en el baúl de madera, de forma que cayese en el engaño la señora Braux, la otra hija de la difunta, a la que se esperaba que llegase sin falta al día siguiente.

Terminada esta tarea, bajaron en primer lugar los cajones y después el cuerpo del mueble, agarrándolo cada uno de un lado. Estuvieron largo rato calculando en qué sitio quedaría mejor. Optaron por colocarlo en el dormitorio, frente a la cama, entre las dos ventanas.

Puesta la cómoda en su sitio, colocó en ella la señora Caraván su propia ropa. El reloj quedó encima de la chimenea de la sala; la pareja se quedó estudiando el efecto que producía. Su satisfacción fue completa e inmediata.

—¡Magnífico! —exclamó ella.

Y él respondió:

—Sí, magnífico.

Entonces se acostaron. Apagó ella la vela, y al poco rato dormían todos en los dos pisos de la casa.

Era pleno día cuando Caraván abrió los ojos. Despertó con la cabeza algo aturdida, y tardó algunos minutos en acordarse del acontecimiento. Le dio un gran vuelco el corazón y saltó de la cama, muy emocionado, con ganas de llorar.

Subió inmediatamente a la habitación del piso superior. Rosalía continuaba durmiendo, en la misma postura que la víspera, porque se había pasado toda la noche en un solo sueño. La envió a su trabajo, cambió las velas gastadas por otras y se quedó contemplando a su madre, mientras cruzaban por su cerebro los pensamientos aparentemente profundos, las vulgaridades religiosas y filosóficas que asaltan a las inteligencias corrientes en presencia de la muerte.

Al oír que lo llamaba su mujer, bajó. Había preparado ella una lista de todo lo que tenía que hacer por la mañana, y se la entregó. Al ver todos aquellos renglones, se quedó Caraván aterrado:

1º Declarar la defunción en la Alcaldía.

2º Avisar al médico que certifica las defunciones.

3º Encargar el féretro.

4º Pasar por la iglesia.

5º Avisar a la funeraria.

6º Ir a la imprenta a buscar las esquelas.

7º A casa del notario.

8º Poner un telegrama a la familia.

Y una barahúnda de otros pequeños encargos. Cogió su sombrero y se marchó. Como la noticia había corrido, empezaron a llegar vecinas para ver a la muerta. En la peluquería de la planta baja había desarrollado ya una escena a este propósito entre la mujer y el marido, que estaba afeitando a un cliente.

La mujer, sin dejar de hacer calceta, murmuró:

—Otra que se ha ido; pero ésta era una avara como no hay muchas. La verdad es que yo no le tenía ninguna simpatía, pero no tendré más remedio que ir a verla.

El marido refunfuñó mientras enjabonaba la barba del paciente:

—¡Vaya un capricho! ¡Hay que ser mujer para eso! No les basta con fastidiar a la gente en vida, que ni aun después de muerto le dejan a uno tranquilo.

Pero su esposa, sin desconcertarse, siguió diciendo:

—No puedo resistirlo; tengo que ir. No pienso en otra cosa desde que ha amanecido. Creo que si no la viese no conseguiría olvidarme de ella en toda mi vida.

Cuando la haya mirado bien y me haya quedado con su cara, me sentiré tan satisfecha.

El de la navaja se encogió de hombros y se explayó con el señor a quien estaba raspando la mejilla:

—¿Me quiere usted decir qué ideas tienen en la cabeza estas condenadas mujeres? Lo que es a mí, maldita la gracia que me hace ver a un muerto.

Pero su mujer había escuchado sus palabras y le contestó sin turbarse:

—¿Y qué quieres? Somos así.

Dejó encima del mostrador su trabajo de punto y subió al primer piso.

Habían llegado ya dos vecinas y conversaban acerca del suceso con la señora Caraván, que les daba toda clase de detalles.

Se dirigieron a la cámara mortuoria. Las cuatro penetraron a paso de lobo; rociaron, una después de otra, la sábana con el agua salada, se arrodillaron, se persignaron, mascullando una oración; volvieron a ponerse en pie y permanecieron largo rato contemplando el cadáver con ojos dilatados y boca de asombro, mientras la nuera de la difunta se tapaba la cara con un pañuelo, simulando un hipo desesperado.

Cuando ésta se volvió para salir de allí, descubrió, en pie junto a la puerta, a María Luisa y a Felipe Augusto, en camisa los dos, mirando con curiosidad. Olvidó su fingido dolor y se lanzó hacia ellos con la mano en alto, gritando iracunda:

—¿Queréis largaros de aquí, condenados?

Al subir diez minutos después con una nueva hornada de vecinas, y después de rociar nuevamente con el agua sobre la suegra con el ramo de boj, de rezar, lloriquear y cumplir con todos los ritos, se volvió a tropezar con sus dos hijos, que otra vez le habían seguido los pasos. Otra vez les dio ella de coscorrónes, por no faltar a su deber; pero en la siguiente ocasión ya no se preocupó de ellos, y siempre que volvía con nuevas visitas, los rapazuelos iban detrás, se arrodillaban también en un rincón y repetían invariablemente cuanto veían hacer a su madre.

A primera hora de la tarde fue disminuyendo la muchedumbre de curiosas. Al rato, ya no vino nadie. La señora Caraván bajó a su casa, para ocuparse de todos los preparativos de la ceremonia fúnebre, y la muerta se quedó completamente sola.

La ventana de la habitación estaba abierta. Penetraba un calor tórrido, con bocanadas de polvo; cerca del cuerpo inmóvil danzaban las llamas de las cuatro velas. Algunas mosquitas trepaban, iban y venían por la sábana, por el rostro de ojos cerrados, por las dos manos estiradas.

María Luisa y Felipe Augusto habían salido a corretear por la avenida. Se vieron en seguida rodeados de camaradas, principalmente de chicas, que son las más despiertas y las que primeropresienten los misterios de la vida. Preguntaron éstas como si ya fuesen personas mayores:

—¿Se ha muerto tu abuela?

—Sí, ayer por la noche.

—Y ¿cómo es un muerto?

María Luisa explicaba, daba detalles de las velas, del manojo de boj, de la cara. Se despertó una gran curiosidad en todos los pequeños y pidieron subir a ver a la muerta.

María Luisa organizó inmediatamente un primer viaje con cinco chicas y dos chicos: los mayores, los más atrevidos. Los obligó a descalzarse para que no los sintieran; se escabulló la banda dentro de la casa y subió con la ligereza de una tropa de ratoncillos.

Dentro ya de la habitación, arregló la hija el ceremonial, imitando a su madre. Condujo solemnemente a sus camaradas, se arrodilló, hizo la señal de la cruz, movió los labios, roció el lecho, y cuando los chicos, apelonados, se acercaban con temor, curiosidad y placer para contemplar el rostro y las manos, ella estalló de improviso en falsos sollozos, cubriéndose los ojos con su pañuelo. Se calmó bruscamente, acordándose de los que esperaban a la puerta, y se llevó corriendo a todos los presentes, para regresar en seguida con otro grupo, y luego con otro, porque todos los rapazuelos de los alrededores, hasta los mendigos desharrapados, acudían para participar en aquella diversión desconocida. Y en cada visita repetía la nieta de cabo a rabo, con absoluta perfección, todos los pasos y muecas de la madre.

Pero acabó por cansarse. Atraídos por otro juego, se alejaron los chicos. Entonces se quedó la anciana abuela completamente olvidada por todo el mundo.

La sombra inundó la habitación, y la inquieta llama de las velas hacía bailar destellos sobre el rostro, seco y arrugado.

Caraván subió a eso de las ocho, cerró la ventana y puso otras velas. Entraba ya con toda naturalidad, como si llevase viendo durante meses el cadáver. Hasta comprobó que aún no presentaba síntomas de descomposición, y se lo comunicó a su mujer cuando iban a sentarse para cenar. Ella contestó:

—Pero si parece de madera; es capaz de conservarse un año.

Nadie habló una palabra mientras comían la menestra. Los niños, que habían correteado todo el día, dormitaban en sus sillas, extenuados de fatiga, y todos callaban.

La luz de la lámpara se amortiguó de improviso. La señora Caraván se apresuró a subir la mecha, pero el aparato carraspeó, y la luz se apagó. ¡Se habían olvidado de comprar aceite! Mandar por él a la tienda retrasaría la cena; se buscaron velas, pero no había más que las que estaban encendidas arriba, en la mesilla de noche.

La señora Caraván, rápida en tomar decisiones, envió a María Luisa en busca de dos. Quedaron esperándola a oscuras.

Se oyeron con toda claridad los pasos de la niña en la escalera. Hubo unos segundos de silencio; se la oyó luego que bajaba precipitadamente. Abrió la puerta, espantada, aún más emocionada que la víspera, cuando anunció la catástrofe, y murmuró casi ahogándose:

—¡Ay papá; la abuelita está vistiéndose!

Caraván se enderezó tan violentamente, que su silla fue a dar con la pared. Balbució:

—¿Que se está...? Pero ¿qué es lo que dices? María Luisa repitió, agarrotada por la emoción:

—Que sí..., que se viste. que la abuelita se está... vistiendo para bajar.

Se precipitó como un loco escaleras arriba; seguía su mujer, presa del más completo aturdimiento. Se detuvo aquél delante de la puerta del segundo piso, trémulo de espanto, sin atreverse a entrar. ¿Qué es lo que iban a ver sus ojos? Más valerosa, la señora Caraván dio vuelta al cerrojo y penetró en la habitación.

La estancia parecía más sombría; una figura alargada y flaca se movía en el centro. Era la vieja, que estaba en pie; al salir del sueño letárgico, medio inconsciente todavía, se había puesto de lado, se incorporó sobre un codo y apagó tres de las velas que ardían junto al lecho mortuario. Después, recobrando fuerzas, se levantó para buscar sus trapos. La falta de la cómoda la desorientó al principio, pero fue desocupando el baúl hasta encontrar sus prendas, y se vistió tranquilamente. Vacío el plato de agua, volvió a colocar el manojo de boj detrás del espejo, puso las sillas en su sitio, y se disponía a bajar cuando aparecieron ante ella el hijo y la nuera.

Caraván tuvo un arranque, le tomó las manos, la besó, con lágrimas en los ojos; su mujer, a espaldas suyas, repetía con tono hipócrita:

—¡Qué felicidad! ¡Oh, qué felicidad!

Sin enternecerse, sin dar siquiera muestras de comprender, rígida como una estatua y glacial la mirada, se limitó la vieja a preguntar:

—¿Estará pronto la comida?

El, sin saber lo que decía, balbució:

—Si te estábamos esperando, mamá.

La cogió del brazo con una solicitud extraordinaria, mientras que la señora Caraván, la joven, con la vela en la mano para alumbrarlos, bajaba de espaldas las escaleras, escalón por escalón, lo mismo que había bajado la noche anterior delante de su marido cargado con el mármol.

Al llegar al primer piso estuvo a punto de tener un encontronazo con unas personas que subían. Eran los parientes de Charenton: la señora Braux, seguida de su esposo.

Alta, gruesa, con barriga de hidrópica, que la obligaba a echar el torso hacia atrás, abrió los ojos de espanto y estuvo a pique de echar a correr. El marido, zapatero y socialista, pequeño y de barba cerrada, que le llegaba hasta la nariz, un verdadero mono, refunfuñó sin pizca de emoción:

—Pero ¡cómo! ¿Es que acaba de resucitar?

Cuando la señora Caraván vio quiénes eran, quiso decirles algo con muecas desesperadas, y luego en voz alta:

—¡Cómo! ¡Vosotros aquí! ¡Qué sorpresa más agradable! La señora Braux, atónita, no sabía qué pensar, y contestó a media voz:

—Nos pusimos en camino al recibir vuestro telegrama, suponiendo que todo había terminado.

Su marido, detrás de ella, la pellizcaba para que se callase, y con sonrisa maliciosa, que su barba tupida no dejaba ver, exclamó:

—Habéis sido muy amables invitándonos. Nos pusimos en camino inmediatamente.

Esta manera de expresarse era una alusión a la hostilidad que desde hacía tiempo reinaba entre los dos matrimonios. Como la vieja llegaba en ese instante al descansillo, se adelantó con vehemencia y restregó en sus mejillas la pelambarrera de su cara, gritándole a la oreja, porque era sorda:

—¿Cómo seguimos, madre? Siempre tan tiesa, ¿eh? La señora Braux, pasmada de ver bien viva a la que calculaba encontrar muerta, ni siquiera se decidía a besarla, obstruyendo con su enorme barriga el descansillo y cortando el paso a todos.

La anciana, inquieta y recelosa, pero sin abrir la boca, miraba a toda aquella gente, y sus ojillos, grises, duros e inquisidores, iban del uno al otro, rezumando pensamientos demasiado claros, que embarazaban a sus hijos.

Caraván dijo, queriendo aclarar la situación:

—Ha estado algo enferma, pero ya pasó; ahora se encuentra perfectamente. ¿Verdad, madre?

La vieja, entonces, reanudando la marcha, contestó con voz resquebrajada y como lejana:

—Ha sido un síncope; oía todo lo que hablabais. Siguió a estas palabras un silencio lleno de perplejidades. Entraron en el comedor, y se sirvió una cena improvisada en pocos minutos.

El único que se mantenía sereno era el señor Braux. Su cara de maligno gorila se contraía con muecas y dejaba caer frases de doble sentido que ponían en evidente aprieto a todos.

El timbre del vestíbulo sonaba a cada instante, y a cada llamada entraba desatinada Rosalía en busca de Caraván, y éste salía precipitadamente tirando su servilleta. Su cuñado llegó a preguntarle si es que era aquel su día de recibir. A lo que contestó balbuciendo:

—Son nada más que encargos.

Le trajeron un paquete, y en su atolondramiento procedió a abrirlo: recuadradas de negro, aparecieron las esquelas. Enrojeció hasta los ojos, cerró el paquete y se lo metió en el pecho.

Su madre no lo había visto; tenía clavados obstinadamente los ojos en su reloj, cuyo emboque dorado se columpiaba encima de la chimenea. El silencio era glacial, y el embarazo de todos, cada vez mayor.

De pronto la vieja, volviendo hacia su hija la cara arrugada de bruja, puso en la mirada un escalofrío de malignidad, y dijo:

—Ven el lunes con tu pequeña, que quiero verla. La señora Braux contestó, radiante:

—Sí, mamá.

La señora Caraván, la joven, palideció y desfalleció de angustia.

Los dos hombres, entre tanto, se fueron soltando a hablar, enzarzándose, sin motivo que valiese la pena, en una discusión política. Braux, que defendía las doctrinas revolucionarias y comunistas, bregaba irritado, y le brillaban los ojos en el rostro peludo:

—¡Caballero —gritaba—, la propiedad es un robo que se hace al trabajador; la tierra es de todos; las herencias son una infamia y una vergüenza!...

Calló bruscamente, corrido, como quien se da cuenta que acaba de soltar una majadería. Después agregó, con menos vehemencia:

—No es ésta ocasión para discutir esos temas. Se abrió la puerta y apareció el doctor Chenet. Tuvo un instante de azaramiento, se rehízo en seguida y se acercó a la vieja:

—¡Ajá, la abuelita! Hoy la encuentro bien. Me daba en las narices, créame; y hace un momento, subiendo la escalera, me lo decía a mí mismo: apuesto a que me la encuentro levantada a la abuela.

Le dio unas suaves palmaditas en la espalda, y agregó:

—Fuerte como el Puente Nuevo; van ustedes a ver cómo nos entierra a todos.

Tomó asiento, aceptando el café que le ofrecían, interviniendo en la conversación de los dos hombres, y apoyando a Braux, porque él también había andado mezclado en la Commune.

La vieja se sintió cansada, y quiso retirarse. Caraván se apresuró a ayudarla. Ella clavó los ojos en los de él, y le dijo:

—Lo que vas a hacer es subirme en seguida mi reloj y mi cómoda.

Se cogió del brazo de su hija y desapareció con ella, mientras él balbucía:

—Sí, mamá.

Los esposos Caraván quedaron consternados, mudos, perdidos en un horrible desastre, mientras Braux se frotaba las manos de gusto, paladeando su café.

Loca de ira, la señora Caraván se fue de improviso hacia él, gritándole a voz en cuello:

—Usted es un ladrón, un tunante, un canalla... Le escupo a usted a la cara..., le..., le...

Se ahogaba, sin dar con la frase; pero él se reía, y continuaba bebiendo.

Su mujer, que regresaba en aquel mismo instante, se fue hacia su cuñada, y las dos, una voluminosa, de barriga amenazadora, la otra, epiléptica y seca, de voz altanera y mano trémula, se lanzaron a boca llena montones de injurias.

Chenet y Braux se interpusieron, y éste cogió a su mujer por los hombros y la echó fuera, gritándole:

—Basta ya, pedazo de burra, no hace falta alborotar tanto.

Se oyó cómo se alejaban por la calle, riñendo. El señor Chenet se despidió.

Los esposos Caraván quedaron frente a frente. Entonces él se dejó caer en una silla, le corrió por las sienes un sudor frío, y murmuró:

—¿Y qué le digo yo mañana a mi jefe?

EL PADRE DE SIMÓN

Las doce acababan de sonar. La puerta de la escuela se abrió y los chicos se lanzaron fuera, atropellándose por salir más pronto. Pero no se dispersaron rápidamente, como todos los días, para ir a comer a sus casas; se detuvieron a los pocos pasos, formaron grupos y se pusieron a cuchichear.

Todo porque aquella mañana había asistido por vez primera a clase Simón, el hijo de la Blancota.

Habían oído hablar en sus casas de la Blancota; aunque en público le ponían buena cara, a espaldas de ella hablaban las madres con una especie de compasión desdeñosa, de la que se habían contagiado los hijos sin saber por qué.

A Simón no lo conocían, porque no salía de su casa, y no los acompañaba en sus travesuras por las calles del pueblo, o a orillas del río. No le tenían, pues, simpatía; por eso acogieron con cierto regocijo y una mezcla considerable de asombro, y se la fueron repitiendo, unos a otros, la frase que había dicho cierto muchachote, de catorce a quince años, que debía estar muy enterado, a juzgar por la malicia con que guiñaba el ojo:

—¿No lo sabéis?... Simón... no tiene papá.

Apareció a su vez en el umbral de la puerta de la escuela el hijo de la Blancota. Tendría siete u ocho años. Era paliducho, iba muy limpio, y tenía los modales tímidos, casi torpes.

Regresaba a casa de su madre, pero los grupos de sus camaradas le fueron rodeando y acabaron por encerrarlo en un círculo, sin dejar de cuchichear, mirándolo con ojos maliciosos y crueles de chicos que preparan una barrabasada. Se detuvo, dándoles la cara, sorprendido y embarazado, sin acertar a comprender qué pretendían. Pero el muchacho que había llevado la noticia, orgulloso del éxito conseguido ya, le preguntó:

—Tú, dínos cómo te llamas.

Contestó el interpelado:

—Simón.

—¿Simón qué?

El niño repitió desconcertado:

—Simón.

El mozalbete le gritó:

—La gente suele llamarse Simón y algo más... Eso no es un nombre completo... Simón.

El niño, que estaba apunto de llorar, contestó por tercera vez:

—Me llamo Simón.

Los rapazuelos se echaron a reír, y el mozalbete alzó la voz con acento de triunfo:

—Ya veis que yo estaba en lo cierto y que no tiene padre.

Se hizo un profundo silencio. Aquel hecho extraordinario, imposible, monstruoso —un chico que no tiene papá—, había dejado estupefactos a los chicos. Lo miraban como a un fenómeno, a un ser fuera de lo corriente, y sentían crecer dentro de ellos el desprecio con que sus madres hablaban de la Blancota y que les resultaba inexplicable hasta entonces.

Simón, por su parte, se había apoyado en un árbol para no caer y permanecía sin moverse, como aterrado por un desastre irreparable. Hubiera querido explicarse, pero no encontraba nada que contestarles para desmentir aquella afirmación horrible de que no tenía papá. Por fin, pálido, les gritó, por contestar algo:

—Sí, lo tengo.

—Dinos dónde está —le preguntó el mayor.

Simón se calló; no lo sabía. Los niños reían, dominados por una gran excitación; eran campesinos, vivían en contacto con los animales, y los agujijoneaba el mismo instinto cruel que empuja a las gallinas de un corral a acabar con la que sangra. Simón acertó a ver a un chico vecino suyo, hijo de una viuda, al que siempre había visto solo con su madre, lo mismo que él. Y le dijo:

—Y tú tampoco tienes papá.

—Sí que lo tengo —respondió el otro.

—Dinos dónde está —respondió Simón.

El pequeño replicó con magnífico orgullo:

—Se murió. Está en el cementerio.

Corrió entre aquellos tunantuelos un murmullo de aprobación, como si el hecho de tener el padre muerto y en el cementerio hubiese dado talla a su camarada para aplastar a este otro, que no lo tenía en ninguna parte. Y aquellos truhanes, cuyos padres eran, casi todos, malas personas, borrachos, ladrones y brutales con sus mujeres, apretaban más y más el cerco, atropellándose, como si, a fuer de legítimos, hubiesen querido ahogar con una presión común al que estaba fuera de la ley.

De pronto, uno que estaba al lado mismo de Simón, se mofó de él sacándole la lengua y le gritó:

—¡Que no tienes papá! ¡Que no tienes papá! Simón le agarró del pelo con las dos manos y le acribilló a puntapiés las pantorrillas, contestando el otro con un feroz mordisco en un carrillo. Se armó una batahola fenomenal. Separaron a los combatientes y llovieron los golpes sobre Simón, que rodó por el suelo, magullado, con la ropa en jirones, entre el círculo de pilluelos que aplaudían. Se levantó, y cuando se limpiaba maquinalmente su blusilla, sucia de tierra, le gritó uno de los chicos:

—Vete a contárselo a tu papá.

Simón fue presa de profundo descorazonamiento. Eran los más fuertes, le habían pegado, y nada tenía que contestarles, porque se daba buena cuenta de que no tenía papá. El orgullo le hizo luchar por espacio de algunos segundos con las lágrimas que lo agarrotaban. Le acometió un ahogo y rompió a llorar en silencio, con un acompañamiento de profundos sollozos que lo sacudían precipitadamente.

Estalló entre sus enemigos un regocijo feroz, y al igual que hacen los salvajes en sus júbilos terribles, se dieron espontáneamente las manos y se pusieron a bailar en

círculo a su alrededor, repitiendo como estribillo: "¡Que no tiene papá! ¡Que no tiene papá!"

De improviso dejó Simón de sollozar. Lo sacó de quicio la ira. Había piedras a sus pies, las cogió y las tiró con todas sus fuerzas contra sus verdugos. Alcanzó a dos o tres, que huyeron llorando; cundió el pánico entre los demás, al ver su aspecto amenazador. Cobardes, como lo es siempre la muchedumbre frente a un hombre exasperado, huyeron a la desbandada.

El pequeño sin padre echó a correr hacia el campo, así que se quedó solo, porque lo asaltó un recuerdo que le impulsó a tomar una gran resolución: ahogarse en el río.

Se había acordado de aquel pobre mendigo que ocho días antes se tiró al agua porque no tenía dinero. Allí estaba Simón cuando sacaron el cadáver; aquel desgraciado, que le había parecido siempre digno de compasión, sucio y feo, le impresionó por el aspecto de tranquilidad que tenía con sus mejillas pálidas, su larga barba impregnada de agua y el mirar sereno de sus ojos abiertos. Alguien de los que estaban allí dijo:

—Está muerto.

Otros agregaron:

—Ahora al menos es feliz.

También Simón quería ahogarse, pues si aquel desdichado no tenía dinero, él no tenía padre.

Llegó hasta muy cerca del agua y se quedó viéndola correr. Jugeteaban rápidos algunos peces en la corriente limpia; de cuando en cuando daban un saltito y atrapaban alguna mosca que revoloteaba en la superficie del agua. Dejó de llorar y se quedó mirándolos, atraído con aquellas maniobras. Sin embargo, lo mismo que en las calmas momentáneas de una tempestad cruzan de improviso fuertes ráfagas de viento que hacen crujir los árboles a su paso y van a perderse en el horizonte, así también surgía de cuando en cuando en la cabeza del niño un pensamiento que le producía vivo dolor: "Voy a ahogarme, porque no tengo papá".

Hacía buen tiempo y mucho calor. La caricia del sol calentaba la hierba. El agua brillaba como un espejo. Simón pasaba por instantes de arrobamiento, de una languidez que suele seguir a las lágrimas, y entonces le entraban muchas ganas de echarse a dormir sobre la hierba, al calor del sol.

Una ranita verde saltó en el suelo junto a sus pies. Se inclinó a cogerla. Se le escapó. Insistió en perseguirla y ella le esquivó tres veces seguidas. Logró al fin atraparla de la extremidad de sus patas posteriores, y se echó a reír viendo los esfuerzos que el animalito hacía para escapar. Recogíase sobre sus largas patas y las alargaba de pronto con un esfuerzo brusco, poniéndolas rígidas como el hierro; mientras tanto, hinchaba su ojo redondo encerrado en un círculo de oro y manoteaba con sus dos patitas delanteras. Le hizo recordar a un juguete de listas de madera clavadas en zigzag unas con otras, con soldaditos sujetos encima y que se movían como un desfile por un movimiento parecido al de la rana. Esto lo llevó a pensar en su casa y en su madre; le acometió una gran tristeza y rompió de nuevo a llorar.

Sentía escalofríos en sus brazos y piernas; se puso de rodillas y rezó sus oraciones como antes de acostarse. No pudo acabarlas, porque le volvió a dominar un acceso de sollozos, tan acelerados, tan tumultuosos, que lo sacudían de arriba abajo. Ya no pensaba; ya no veía nada de cuanto le rodeaba, entregado por completo a su llanto.

Una manaza se apoyó de improviso en su hombro, y una voz ronca le preguntó:

—Vamos a ver, hombrecito, ¿qué es lo que te aflige tanto?

Simón se volvió. Un trabajador fornido, de barba y cabellos negros muy rizados, lo contemplaba con cara bondadosa. Le contestó con los ojos y la voz cuajados de lágrimas:

—Me han pegado los otros chicos... porque yo..., yo... no tengo... papá, no tengo... papá.

—¿Cómo puede ser eso? Todos tenemos un papá —le contestó el otro, sonriente.

El niño repitió a duras penas, en medio de los espasmos de su dolor:

—Yo..., yo... no lo tengo.

El trabajador se puso serio; había caído en la cuenta de que aquél era el hijo de la Blancota, y aunque forastero, conocía vagamente su historia.

—Ea, pequeño, consuélate, y vamos a tu casa. Ya te buscaremos un papá.

Echaron a andar, el niño de la mano del hombre, y éste, sonriéndose de nuevo, porque no le disgustaba el ver a aquella Blancota, de la que se decía que era una de las muchachas más guapas de la región. Allá en el fondo de sus pensamientos, quizá se decía que quien había caído una vez tal vez caería otra.

Llegaron delante de una casita blanca, muy limpia.

—Aquí es —dijo el niño; y luego gritó—: ¡Mamá! Apareció una mujer, y el trabajador ya no siguió sonriendo, porque comprendió de golpe que no estaba para que nadie jugase con ella la buena moza de pálida cara que se había quedado en la puerta con expresión severa, como para impedir el acceso de un hombre a la casa en que ya otro la había traicionado. Se quitó la gorra con cortedad y balbució:

—Mire, señora, le traigo a su pequeño, que andaba perdido por el río.

Pero Simón saltó al cuello de su madre y le dijo con un nuevo acceso de llanto:

—No es verdad, mamá. Yo he querido ahogarme en el río, porque los otros chicos me han pegado..., me han pegado... porque no tengo papá.

Las mejillas de la joven se cubrieron con un rubor que le quemaba, y besó, traspasada de dolor, a su hijo, mientras corrían rápidas por su rostro las lágrimas. El hombre permaneció allí conmovido, no acertando a despedirse. Simón corrió de pronto hacia él y le dijo:

—¿Quiere usted ser mi papá?

Hubo un momento de profundo silencio. La Blancota, muda y torturada por el bochorno, con las dos manos sobre el corazón, se apoyaba en la pared. El niño, viendo que no había contestado a su pregunta, insistió:

—Si no quiere usted serlo, volveré para tirarme al río. El trabajador lo echó a broma y contestó riendo:

—¡Claro que quiero! ¿Cómo no voy a querer?

—Dime cómo te llamas —suplicó entonces el niño— para que pueda contestarles cuando quieran saber tu nombre.

—Me llamo Felipe —contestó el trabajador.

Simón estuvo pensativo un momento, como grabando bien aquel nombre en su memoria, y luego le tendió los brazos, sin rastro de aflicción, diciéndole:

—Pues bien, Felipe: tú eres mi papá.

Felipe lo alzó en vilo, lo besó bruscamente en los dos carrillos y salió como huyendo, a grandes zancadas.

Risas malignas acogieron al chico cuando, al día siguiente, entró en la escuela. A la salida quiso el mozalbete volver a empezar; pero Simón le lanzó al rostro, como una pedrada, estas palabras:

—Se llama Felipe, para que lo sepas, mi papá. Estallaron a su alrededor alaridos de regocijo:

—¿Felipe qué...? ¿Felipe cómo?... ¿Qué significa eso de Felipe?... ¿Adónde has ido a sacarlo a ese Felipe?

Simón no contestó, pero su fe era inquebrantable, y los desafiaba con la mirada, dispuesto a dejarse martirizar antes que huir. El maestro le sacó de aquel trance y el chico regresó a su casa.

Transcurrieron tres meses, durante los cuales el fornido obrero Felipe pasó con frecuencia cerca de la casa de la Blancota. Algunas veces hasta se lanzó a dirigirle la palabra al verla cosiendo junto a la ventana. Ella le contestaba cortésmente, sin salir de su seriedad, ni reír con él, y jamás le dio entrada en casa. Sin embargo, un poco fatuo, como todos los hombres, llegó a imaginarse que cuando hablaban, ruborizábase ella con más frecuencia y mayor intensidad que de costumbre.

Pero es tan difícil rehacer la buena reputación perdida y tan expuesta queda a todos los ataques, que a pesar de la reserva suspicaz de la Blancota, ya se hablaba de ello en el pueblo.

Simón estaba encantado con su nuevo papá, y se paseaba con él todas las tardes, una vez que salía del trabajo. No faltaba nunca a la escuela, y pasaba por entre sus camaradas muy digno, sin contestarles nunca.

Hasta que cierto día le dijo el mozalbete que había sido el primero en meterse con él:

—Nos has mentido, porque no es cierto que tengas un papá que se llama Felipe.

—¿Que no lo tengo? —contestó Simón, muy emocionado. El mozalbete se frotaba las manos, y siguió diciendo:

—No, porque si lo tuvieses sería el marido de tu mamá.

Simón se quedó desconcertado con la exactitud de aquel razonamiento. Pero, no obstante, replicó:

—Pues, con todo y eso, es mi papá. El otro le dijo entonces con sorna:

—Puede que sí; pero sólo es un papá a medias. El hijo de la Blancota bajó la cabeza y se alejó meditabundo en dirección a la herrería del tío Loizón, en la que trabajaba Felipe.

Se hallaba la herrería como sepultada debajo de los árboles. Su interior era lóbrego, sin más luz que el rojo resplandor de una hoguera formidable que se

proyectaba con viveza sobre los brazos desnudos de cinco herreros que caían sobre los yunques con terrible estrépito. En pie, abrasándose como demonios, no apartaban la vista del hierro que sufría sus martirios, y su pensamiento se alzaba y caía pegado a sus martillos.

Simón penetró sin ser visto por nadie y tiró de la manga a su amigo. Este se volvió. Los hombres interrumpieron de golpe la tarea y se quedaron mirando, muy atentos. Y en el silencio, tan extraño en aquel sitio, resonó la vocecita débil de Simón:

—Oye, Felipe, el muchacho de la tía Medialumbre acaba de decirme que tú no eres mi papá más que a medias.

—¿Y en qué se funda? —preguntó el obrero.

El chico respondió con absoluta ingenuidad:

—Dice que no eres el marido de mamá.

A nadie se le ocurrió reírse. Descansando su frente sobre el reverso de sus manazas, que se apoyaban en la cabeza del astil del martillo, tieso encima del yunque, Felipe reflexionaba. Sus cuatro compañeros tenían clavadas en él sus miradas, y Simón, minúsculo entre aquellos gigantones, esperaba con ansiedad. Uno de los herreros, como respondiendo al pensamiento de todos, dijo de pronto a Felipe:

—Después de todo, la Blancota es una chica buena y cabal, seria y valerosa, a pesar de su desgracia. Ningún hombre honrado tendría por qué avergonzarse de ser su marido.

—Esa es la pura verdad —dijeron los otros tres. El primero siguió diciendo:

—¿Se le puede echar en cara a la chica su caída? Se comprometió a casarse con ella. Más de una conozco yo que hizo otro tanto y que hoy vive respetada por todos.

—Esa es la pura verdad —contestaron a coro los tres.

Y el otro prosiguió:

—Sólo Dios sabe las fatigas que ha pasado la pobre para sacar adelante a su chico sin ayuda alguna y lo que ha llorado desde que no sale de casa si no es para ir a la iglesia.

—Eso también es la pura verdad.

Durante unos momentos no se oyó más que el soplido del fuelle que avivaba la fragua. Felipe se inclinó bruscamente hacia Simón:

—Ve y dile a tu mamá que al anochecer iré a hablar con ella.

Cogió al chico por los hombros y le empujó hacia afuera.

Reanudó su tarea, y los cinco martillos cayeron de golpe sobre los yunques. No dejaron de batir el hierro hasta la noche, sólidos, potentes, alegres, como martillos satisfechos. Pero al igual que la campana mayor destaca sobre las más chicas, cuando repican en los días festivos, así el martillo de Felipe, sobresaliendo por encima del estrépito de los demás, caía acompasado, con un ruido ensordecedor. En pie entre el chisporroteo, rebrillándole los ojos, forjaba Felipe apasionadamente.

El cielo estaba cuajado de estrellas cuando llamó a la puerta de la Blancota. Vestía su chaqueta dominguera, camisa nueva y se había hecho arreglar la barba. La joven apareció en el umbral y le dijo con tono dolorido:

—Ha hecho usted mal, don Felipe, en venir tan tarde.

Fue a responder, salieron de su boca unos balbuceos y se quedó ante ella desconcertado.

La joven siguió diciendo:

—Ya se dará usted cuenta de que es preciso evitar que sigan hablando de mí.

Felipe soltó de golpe:

—¿Tiene eso importancia si usted consiente en ser mi mujer?

Nadie le contestó, pero creyó percibir en la oscuridad de la habitación un ruido, como un cuerpo que se desplomaba. Se precipitó dentro; Simón, que estaba acostado, creyó distinguir el chasquido de un beso y el susurro de unas frases que pronunciaba su madre. De pronto, se sintió levantado en vilo por las manos de su amigo, y éste, sosteniéndolo en alto con sus brazos estirados, le gritó:

—Les dices a tus camaradas que tu papá es Felipe Remy, el herrero, y que iré a tirarle de las orejas a cualquiera que te maltrate.

Al siguiente día, con la escuela de bote en bote, y a punto de empezar la clase, el pequeño Simón se irguió, muy pálido, con labios trémulos, y les dijo con voz muy clara:

—Mi papá es Felipe Remy, el herrero, y tened por seguro que a cualquiera que me maltrate le tirará de las orejas.

En esta ocasión ya no se rió nadie, porque conocían muy bien a Felipe Remy, el herrero: un papá del que cualquiera hubiera estado orgulloso.

LA DOTE

A nadie causó sorpresa la boda de Simón Lebrumet, notario, con Juanita Cordier. El señor Lebrumet hacía gestiones con el señor Papillon para que le traspasara la notaría. Claro que necesitaba dinero; y la señorita Cordier tenía una dote de trescientos mil francos, disponibles, en billetes de Banco y en títulos al portador.

Lebrumet era bien parecido, agradable, gracioso; todo lo gracioso que puede ser un notario, pero gracioso a su manera, cosa extraña en Boutigny —le— Revours.

La señorita Cordier tenía la frescura y el atractivo de los pocos años; frescura un poco basta, campesina, y atractivo provinciano; pero, en conjunto, era una bonita muchacha, bastante apetecible.

La ceremonia del casamiento puso en conmoción a todo Boutigny.

Fueron muy admirados los novios cuando al salir de la iglesia iban a ocultar su dicha bajo el techo conyugal, decididos a irse luego algunos días a París, después de saborear las dulzuras del matrimonio en el retiro de su casa.

Y los primeros aleteos de su amor fueron verdaderamente seductores, porque Lebrumet supo tratar a su esposa con una delicadeza una ternura y un acierto incomparables. Era su divisa: "Todo llega para quien sabe aguardar". Supo, al mismo tiempo, ser prudente y decidido. Así triunfó en toda la línea, consiguiendo en menos de una semana que su esposa le adorase.

Juana ya no sabía vivir sin él; no se apartaba de su lado un solo instante, agradeciéndole sus caricias. El se la hubiera comido a besos; le sobaba las manos, la barbilla, la nariz... Ella, sentada sobre sus rodillas, le cogía por las orejas, diciéndole:

— Abre la boca y cierra los ojos.

Simón abría la boca, satisfecho, entornaba los párpados y recibía un beso dulce, sabroso, largo, que le cosquilleaba en todo el cuerpo.

Les faltaban ojos, manos, boca, tiempo; les faltaba todo para realizar las múltiples caricias que imaginaban.

A los pocos días, el notario dijo a su mujer:

— ¿Quieres que vayamos a París mañana? Como dos amantes, recorreremos los teatros, los restaurantes, los cafés cantantes, los merenderos con gabinetes reservados al amor clandestino...

Ella estallaba de gozo.

— Sí, sí, sí; vayamos lo más pronto posible.

El prosiguió:

— Como es necesario atender a todas las cosas, le dirás a tu padre que hoy mismo te haga entrega de tu dote. La llevaremos para pagarle al señor Papillon el traspaso de la notaría.

Ella, convencida, respondió:

— No tengas cuidado; ahora mismo, si quieres. El beso que los unió estrechamente no acababa nunca.

Y al otro día, el padre y la madre de la novia los despidieron en la estación del ferrocarril.

El viejo razonaba:

—Me parece una imprudencia llevar tanto dinero en el bolsillo. Se les puede perder la cartera, les pueden robar...

Y el joven yerno sonreía...

—Tranquilícese usted. Estoy muy acostumbrado a llevar sobre mí valores de importancia. Ya sabe que los notarios nos vemos obligados a manejar las fortunas de los clientes, y con frecuencia viajamos con un millón en los bolsillos. Vale más hacerlo así; cuesta menos tiempo, menos molestia y se ahorran los giros. Tranquilícese usted.

Un mozo de la estación gritaba:

—¡Señores viajeros, al tren!

El matrimonio subió a un vagón en el cual había dos viejas.

Lebrumet murmuró al oído de Juana:

—¡Qué aburrimiento! No podré fumar.

Ella respondió:

—Tampoco me divierte la compañía; ya comprenderás el motivo...

Silbó la locomotora, y el tren se puso en marcha. El trayecto era corto, y los novios apenas hablaron, aburridos de ver a las dos viejas con los ojos muy abiertos. No podían permitirse ninguna libertad.

Llegados a la estación, el notario dijo a su mujer:

—Si te parece, almorzaremos ahora en el bulevar y luego volveremos tranquilamente a recoger el equipaje para dejarlo en el hotel.

A ella le pareció magnífico el proyecto.

—Sí, sí; almorzaremos en un restaurante. ¿Está muy lejos?

El respondió:

—Sí, está un poco lejos. Pero el ómnibus lleva descansadamente a todas partes.

Juana se permitió advertirle:

—¿No sería más cómodo un coche?

Y él gruñía, sonriendo:

—¡Un coche! ¡Lo más caro! Por cinco minutos, ¡un coche! Hay que hacer economías.

—Tienes razón —contestó la mujer, un poco avergonzada.

Avanzaba un ómnibus, al trote de los caballos, y Lebrumet, al verlo, gritó:

—¡Conductor! ¡Eh, conductor!

El pesado vehículo se detuvo, y el joven notario, empujando a su mujer, le dijo rápidamente:

—Anda, entra en el interior; yo iré arriba para fumar siquiera un cigarrillo antes que almorcemos.

Juana hubiera querido responderle, pero no pudo; el conductor, cogiéndola de un brazo, la embutió en el coche, y ella se vio de pronto sentada, mirando con asombro, por la ventanilla de atrás, los pies de su marido que se encaramaba en la imperial.

Quedóse inmóvil, sobrecogida, entre un señor gordo que olía desagradablemente a pipa sucia y una vieja que apestaba también.

Los demás viajeros, alineados y silenciosos, eran: un dependiente de ultramarinos, un sargento de Infantería, un caballero de lentes de oro y sombrero de alas enormes abarquilladas como canales, dos señoras cuya expresión altanera y arisca parecía decir: "Estamos aquí, pero valemos infinitamente más que ustedes". Tres hermanas de la Caridad, una mocita y un enterrador; todos parecían caricaturas de un museo grotesco, de una serie de reproducciones irónicas del rostro humano, semejantes a las filas de muñecos en los "pim-pam-pum" de las ferias.

La trepidación del coche sacudía sus cabezas haciendo retemblar sus lacias mejillas, y el ruido de las ruedas, aturdiéndolas, hacía parecer idiotizados o adormecidos.

Juana, inmóvil, decía para sí: "¿Por qué no ha entrado conmigo? ¿Tanto le apremiaba el deseo de fumar?".

Y una tristeza vaga la invadía.

Las hermanas de la Caridad hicieron al conductor una seña para que mandase parar el ómnibus.

"Es más lejos de lo que yo supuse", pensaba la señora Lebrumet.

Bajó el enterrador y ocupó su asiento un mozo de cuadra que olía —y no a rosas—. Al irse la mozuela, entró un mozo de cordel apestando a sudor agrio.

Juana sentía cansancio, inquietud, disgusto, ganas de llorar, sin saber por qué.

Se apearon más viajeros y subieron otros; el ómnibus recorría calles y calles, deteniéndose de cuando en cuando en una estación.

¡Qué lejos vamos! —pensaba la novia—. ¿Se habrá distraído Simón? ¿Se habrá dormido? ¡Estaba hoy tan fatigado!

Poco a poco fuese quedando sola. El conductor dijo:

—¡Vaugirard!

Y como la viajera no se movía, repitió:

—¡Vaugirard!

Entonces Juana comprendió que a ella se dirigía el empleado, quien, al verla inmóvil, dijo por tercera vez:

—¡Vaugirard!

La novia no pudo contener esta pregunta:

—¿En dónde estamos?

Y el conductor, malhumorado, contestó:

—Estamos en Vaugirard; lo he dicho veinte veces.

—¿Falta mucho para el bulevar?

—¿Qué bulevar?

—El de los italianos.

—¡Hace tiempo que pasamos por él!

—¡Oh! ¿Tiene usted la bondad de avisar a mi marido?

—¿Su marido? ¿Cómo?

—Está en la imperial.

—En la imperial no hay nadie.

Juana tembló, espantada.

—¿Es posible? Yo lo vi subir. Mire usted, por favor. Está, sin duda.

El empleado contestó groseramente:

—Basta de músicas, por cada hombre que pierdas encontrarás diez. Lárgate. Se acabó; en la calle hay muchos hombres; no te será difícil agarrarte a otro.

Con lágrimas en los ojos, la novia insistía:

—Le aseguro a usted que se equivoca; no puede haberse ido; es mi esposo; llevaba una cartera debajo del brazo.

El conductor se puso a reír.

—Un caballero con una cartera, sí; en la Magdalena se apeó. Bien te ha plantado. Ja..., ja..., ja...

Juana bajó del coche, y no pudiendo convencerse de lo sucedido, dirigió los ojos instintivamente a la imperial. No había nadie.

Rompió a llorar, y sin tener presente que la miraban, que la oían, dijo en voz alta:

—¿Qué será de mí ahora?

El inspector se acercó preguntando:

—¿Qué sucede?

Y el conductor le dijo en son de burla:

—Que se le ha escapado a esta señora... su marido en el trayecto.

—Está bien. Andando. Y volvió la espalda.

Entonces la novia se alejó de allí, demasiado despavorida y demasiado desesperada para comprender lo que le ocurría. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo fue posible aquel error, aquel olvido, aquel desprecio, aquella inverosímil distracción? Sólo llevaba dos francos en el bolsillo. ¿A quién dirigirse? De pronto recordó a su primo Barral, jefe de sección del Ministerio de Marina.

Tenía lo suficiente para una carrera de coche; tomó el primero que pasaba desalquilado, y se hizo conducir a casa de su primo. Cuando ella entraba, él salía, encaminándose al Ministerio. Llevaba, como Lebrumet, una cartera debajo del brazo.

Juana se apeó gritando:

—¡Enrique!

El se detuvo, asombrado.

—¡Juana! ¿Tú aquí? ¿Sola? ¿Qué haces? ¿Qué ocurre? ¿Cómo vienes?

Ella balbució, llorando:

Acabo de perder a mi marido.

—¿Perderlo? ¿En dónde?

—Sobre la imperial de un ómnibus.

—¿En un ómnibus? ¡Oh!

Entre sollozos, Juana refirió su aventura.

El primo escuchaba, reflexivo, y preguntó:

—¿Estaba sereno esta mañana?

—Sí.

—¿Llevaba mucho dinero en el bolsillo?

—En una cartera, mi dote.

—¡Ah! ¿Tu dote?

—Sí; veníamos a pagar el traspaso de la notaría.

—Pues bien: tu marido, a estas horas, ya está camino de Bélgica.

Ella no comprendía por qué, y sollozó:

—¿Mi marido?... ¿Camino de Bélgica?

—Te ha estafado la dote. Ha huido con todo tu dinero. La cosa es clara.

Ella quedó en silencio, sofocada y aturdida; luego murmuró:

—¡Es..., es..., es un miserable!

Desfallecida, cayó en los brazos de su primo. Como llamaban la atención de los transeúntes, que ya se detenían para observarlos, él, suavemente, la condujo hacia su casa, y la hizo subir la escalera.

La criada que les abrió la puerta, muy sorprendida, recibió este recado:

—Corre al restaurante y di que traigan pronto dos cubiertos. Hoy no iré a la oficina.

¡MOZO, UN "BOCK"!

¿Por qué se me ocurrió entrar yo aquella noche en la cervecería? Lo ignoro. Hacía frío. Una llovizna, remolinos de polvillo de agua envolvían los faroles de gas como una neblina transparente y brillaban en las aceras, cruzadas por las luces de los escaparates que iluminaban el barro líquido del suelo y los pies sucios de los transeúntes.

No llevaba ningún rumbo. Estiraba las piernas, después de cenar. Atravesé por delante del Crédit Lyonnais, crucé la calle Vivienne y otras más. Vi de pronto una gran cervecería que estaba medio llena de gente y, sin motivo especial, entré en ella. No tenía sed.

Eché una ojeada, buscando sitio en que no estuviese excesivamente apretado, y me fui a sentar al lado de un hombre que me pareció de edad y que fumaba en una pipa de barro de las de perra gorda, negra como el carbón. Seis u ocho platillos de cristal, apilados delante de él en la mesa, indicaban el número de bocks que llevaba consumidos. No me fijé en su persona. Comprendí, al primer golpe de vista, que se trataba de un bebedor de cerveza, de uno de esos parroquianos de cervecería que llegan por la mañana, cuando se abre el establecimiento, y se marchan por la noche, cuando se cierra. Era desaseado, tenía calvo el centro del cráneo, pero una cabellera entrecana, grasienta, le caía por detrás sobre el cuello de la levita. La ropa le venía ancha, como si se la hubiese hecho cuando tenía el vientre abultado. Se adivinaba que el pantalón se le caería al andar y que no podría dar diez pasos sin levantárselo de la cintura, porque le venía muy holgado. ¿Llevaría chaleco? Me asusté sólo con pensar en sus botines y en lo que contendrían. Llevaba los puños deshilachados y tan negros en los bordes como las uñas.

—¿Cómo estás? —me dijo con toda naturalidad aquel individuo, no bien me senté a su lado.

Me volví bruscamente y le miré con atención a la cara. Y él siguió preguntando:

—Pero ¿no me conoces?

—¡No!

—Soy Des Barrets.

Me quedé de una pieza. Era el conde Juan des Barrets, antiguo compañero mío de colegio.

Le di un apretón de manos; pero estaba tan sobrecogido, que no supe qué decir.

Logré, al cabo, balbucear:

—Y tú, ¿cómo sigues?

Me contestó con gran sosiego:

—Voy tirando como puedo.

No dijo más. Yo quise mostrarme afectuoso y se me ocurrió la frase:

—Y... ¿en qué te ocupas?

Me contestó con resignación:

—En lo que ves.

Sentí que se me salían los colores a la cara, e insistí:

—Pero ¿todos los días?

Y él, lanzando espesas bocanadas de humo, contestó con firmeza:

—La misma vida un día tras otro.

Golpeó en el mármol de la mesa con una moneda de cobre que había quedado por allí y gritó:

—¡Mozo, dos bocks!

Una voz lejana repitió:

—¡Dos bocks al cuatro!

Y otra, todavía más lejos, lanzó en tono sobreagudo:

—¡Como éstos!

Apareció a continuación un hombre con delantal blanco que llevaba en la mano los dos bocks, y que en su prisa iba regando el suelo enarenado con gotas amarillentas.

Des Barrets vació de un trago su vaso y volvió a colocarlo sobre la mesa, al mismo tiempo que aspiraba con los labios la espuma que había quedado en su bigote.

Luego me preguntó:

—Y ¿qué hay de nuevo?

A decir verdad, no se me ocurría novedad alguna que contarle, y no hice otra cosa que decir, por decir algo:

—¿Novedad? Ninguna, amigo mío. Yo estoy en el comercio.

—Y... ¿te divierte eso? —me preguntó con el mismo tono sosegado.

—No me divierte; pero en algo hay que ocuparse, ¿no te parece?

—¿Con qué objeto?

—Por hacer algo... —digo yo.

—Y ¿qué se adelanta con ello? Ya me ves tú, yo no hago nunca nada, absolutamente nada. Comprendo que quien no dispone de dinero no tiene más remedio que trabajar; pero cuando se dispone de medios de vida, me parece inútil. ¿Qué se saca con trabajar? ¿Trabajas para ti o para los demás? Si lo haces para ti, es que te divierte, y en tal caso, ¡bien va! Pero si trabajas para los demás, te digo que eres un simple.

Colocó su pipa sobre el mármol y volvió a gritar:

—¡Mozo, un bock! —Luego reanudó el hilo del discurso—: El hablar me da sed, porque no tengo costumbre. Yo, como ves, no trabajo en nada; voy tirando adelante, voy dejando correr los años. Moriré sin echar de menos nada. No me asaltará ningún recuerdo, fuera del de esta cervecería. Ni mujer, ni hijos, ni preocupaciones, ni pesares, ¡nada! Es lo mejor.

Vació el bock que le habían traído, se relamió los labios y echó otra vez mano a su pipa.

Yo lo contemplaba estupefacto. Le dije:

—En otro tiempo no eras tú el mismo de ahora.

—Perdona, he sido siempre igual, desde el colegio.

—Pero esto no es vida, querido amigo. Es horrible. No me digas, en algo te ocuparás; tendrás algún cariño, y, desde luego, no te faltarán amigos.

—Nada de eso. Me levanto a las doce, vengo aquí, almuerzo, voy bebiendo bocks, dando tiempo a que anochezca, ceno, sigo bebiendo bocks y como cierran a la una y media de la madrugada, a esa hora me vuelvo a mi casa y me acuesto. Es lo que más me contraría. En los últimos diez años habré pasado seis en este banco, en mi rincón; y los otros seis en la cama, y en ningún otro sitio. Alguna vez converso con otros parroquianos.

—Pero, al principio, de recién llegado a París, ¿qué hiciste?

—Pues verás: cursé leyes... en el café Médicis.

—¿Y después?

—Después... crucé el río y me instalé aquí.

—¿Y para qué te tomaste esa molestia?

—¡Qué quieres! No puede uno pasarse toda la vida en el Barrio Latino. Los estudiantes son demasiado bullangueros. Pero ya no me moveré de aquí. ¡Mozo, un bock!

Creí que me estaba tomando el pelo. Insistí:

—¡Ea!, sé franco. ¿Has tenido algún pesar muy grande? Probablemente se trata de algún grave desengaño amoroso. Se ve a las claras que eres hombre al que ha dejado malparado una desgracia. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres, pero represento por lo menos cuarenta y cinco.

Lo examiné con detenimiento. Arrugada, desaliñada, su cara parecía la de un viejo. En la bóveda del cráneo ondulaban sobre la piel, de una limpieza discutible, algunos cabellos largos. Tenía unas cejas desmesuradas, fuerte bigote y barba cerrada. Inconscientemente, vi con la imaginación un barreño lleno de líquido negruzco, como si en aquella agua hubiese lavado toda aquella pelambre.

—Desde luego —le dije— representas más edad de la que tienes. Estoy seguro de que has tenido graves disgustos.

El me contestó:

—Te aseguro que te equivocas. Estoy envejecido, porque nunca salgo al aire libre. Nada estropea tanto a las personas como la vida de café.

No me convencía:

—Habrás sido también un juerguista. Por algo estás tan calvo. Esa es una prueba de que has amado mucho a las mujeres.

Se pasó tranquilamente la mano por la calva, y cayeron de sus últimos cabellos, esparciéndose por la espalda, muchas partículas blancas:

—Pues no. Siempre fui casto.

Levantó la vista hacia la lámpara, cuyo calor nos daba en la cabeza:

—El gas tiene la culpa de que esté calvo. Es el enemigo del cabello... ¡Mozo, un bock!.. ¿No sientes sed?

—No, gracias. Tu caso me interesa mucho. ¿De cuándo arranca ese decaimiento? No es cosa normal, no es cosa natural. Algún secreto se esconde en todo eso.

—Sí; esto me viene de cuando era niño. Recibí entonces un golpe que me volvió tétrico para toda la vida.

—¿Cómo fue eso?

—Escucha, puesto que quieres saberlo. Te acordarás del castillo en que me crié, ya que estuviste cinco o seis veces en él durante las vacaciones. Recordarás que era un gran edificio gris, situado en medio de un parque que tenía, abiertas a los cuatro puntos del horizonte, largas avenidas de hayas. Recordarás también a mis padres, los dos muy ceremoniosos, solemnes y severos.

Yo sentía adoración por mi madre, temía a mi padre, y respetaba a los dos, porque estaba acostumbrado a ver cómo todo el mundo se doblegaba ante ellos. En la región se los conocía como el señor conde y la señora condesa.

También los aristócratas de los alrededores, los Tannemares, los Ravalet, los Brenneville, trataban a mis padres con el respeto que se debe a los que ocupan una posición superior.

Tenía yo entonces trece años. Era de genio alegre, todo me satisfacía, y, como ocurre a esa edad, desbordaba en mí la dicha de vivir.

A fines de septiembre, días antes de la vuelta al colegio, jugaba yo a los lobos por los bosquillos del parque, metiéndome por entre las ramas y el follaje. Al cruzar una de las avenidas, descubrí a papá y mamá que se paseaban.

Lo recuerdo como si hubiese sido ayer. Era un día de mucho viento. Toda la hilera de árboles se doblaba por la fuerza de las ráfagas, gemía, parecía lanzar gritos, esos gritos sordos, profundos, que salen de los bosques durante las tempestades.

Las hojas caídas, amarillas ya, volaban como pájaros, se levantaban en remolinos, caían otra vez, y luego corrían avenida adelante, como rápidos animalitos.

La noche se venía encima. Las sombras habían envuelto el bosque. Aquel alboroto del viento y de las ramas me excitaba, haciéndome galopar como enloquecido y aullar imitando a los lobos.

Al ver a mis padres, fui hacia ellos con paso furtivo, ocultándome entre las ramas, para cogerlos de sorpresa, como si fuese un verdadero lobo al acecho.

Pero cuando ya estaba a pocos pasos de ellos, me detuve, sobrecogido de miedo. Mi padre, en un acceso terrible de cólera, gritaba:

—Tu madre es una estúpida; pero aquí no se trata de tu madre, sino de ti misma. Necesito dinero, y estoy resuelto a que firmes.

Mamá le contestó con voz segura:

—No firmaré. Esa es la herencia de Juan. Para él la guardo, porque no estoy dispuesta a que también te la gastes, como has hecho con tu patrimonio, con mujeres alegres y con criadas de la casa.

Mi padre, entonces, trémulo de ira, se volvió, cogió a mi madre del cuello con una mano y se puso a golpearla en plena cara con la otra, con toda su fuerza.

El sombrero de mamá cayó por el suelo, se le soltaron los cabellos; procuraba detener los golpes, sin conseguirlo. Mi padre, enloquecido, golpeaba y golpeaba. Ella rodó por tierra, ocultando su rostro con los brazos. Y mi padre la puso boca arriba y se los apartó para seguir pegándole en la cara.

Amigo mío, me pareció que el mundo se venía abajo, que se habían trastrocado las leyes eternas. Estaba trastornado, como lo estamos ante las cosas sobrenaturales, en presencia de las catástrofes monstruosas y de los desastres irreparables. Mi cerebro infantil se extraviaba, enloquecía. Rompí a gritar con todas mis fuerzas, sin saber por qué, presa de un espanto, de un dolor, de un asombro terribles. Mi padre me oyó, se dio vuelta, me vio, se incorporó y vino hacia mí. Pensé que iba a matarme, y escapé, como una bestia perseguida, en línea recta y me metí en el bosque. Estuve andando una hora, dos tal vez, no sé a punto fijo. Llegó la noche, me tumbé en la hierba, y allí quedé, muerto de miedo, desatinado, devorado por un dolor capaz de hacer saltar parasiempre en pedazos el pobre corazón de un niño. Sentía frío, y tal vez sentía también hambre. Amaneció. No me atrevía a levantarme, ni a caminar, ni a volver a casa, ni a seguir huyendo, temeroso de tropezar con mi padre, al que no hubiera querido ver más.

Quizá me habría muerto de pena y de hambre al pie de aquel árbol si el guarda no me hubiese encontrado, obligándome a regresar a viva fuerza.

Hallé a mis padres como si no hubiera pasado nada. Únicamente mi madre me dijo:

—¡Qué susto me has hecho pasar, ingrato! Toda la noche la he pasado sin dormir.

No le contesté, pero me eché a llorar. Mi padre no dijo una sola palabra.

A los ocho días de aquello, volví al colegio. Pues bien, querido amigo, para mí había acabado todo. Había visto la otra cara de las cosas, la mala; desde entonces ya no tuve ojos para ver la cara buena. ¿Qué ocurrió en mi alma? ¿Qué extraño fenómeno dio vuelta a todas mis ideas? No lo sé. Ya no le encontré gusto a nada, no tuve deseos de nada, no sentí amor por nadie, se acabaron anhelos, ambiciones y esperanzas. Tengo siempre delante de mis ojos a mi pobre madre, tirada en medio de la avenida, y a mi padre pegándole... Mi madre murió algunos años después. Mi padre vive todavía. No he vuelto a verlo... ¡Mozo, un bock!

Le trajeron un bock y se lo echó al cuerpo de un solo trago. Pero como sus manos temblaban, rompió la pipa al ir a cogerla. Hizo un gesto de desesperación y exclamó:

—Esto sí que es un verdadero dolor. Un mes voy a tardar en poner otra a punto.

Y volvió a lanzar a través de la amplia sala, que se había llenado de humo y de bebedores, su grito eterno:

—¡Mozo, un bock... y una pipa nueva!

LA PEQUEÑA ROQUE

I

El cartero Mederic Rompel, al que todo el mundo, en el pueblo, llamaba familiarmente Mederi, salió a la hora de siempre de la casa de Correos de Rouy-le-Tors. Después de cruzar la pequeña población al paso largo de soldado veterano, tiró a campo traviesa por las praderas de Villaumes, para alcanzar la orilla del río Brindille y llegar, siguiendo el curso de sus aguas, a la aldea de Corvelin, en la que daba comienzo su reparto de correspondencia.

Caminaba de prisa a lo largo del cauce angosto del río, que, entre espumas, hervores y rezongos, corría por su lecho tapizado de hierbas, bajo una bóveda de sauces. Las peñas que entorpecían su carrera quedaban circundadas como de una collera de agua, de una especie de corbata rematada por un nudo de espuma. Formábanse en algunos sitios cascadas de un pie de altura, invisibles a veces, que levantaban un ruido sordo y suave por debajo del follaje, de las plantas trepadoras, del techo de verdura; conforme avanzaba el río, se ensanchaban sus orillas, formándose un pequeño lago apacible, en el que nadaban las truchas por entre la verde cabellera que ondula en el fondo de los arroyos de corriente sosegada.

Mederic seguía su camino, sin ojos para nada, sin otro pensamiento que éste: "Mi primera carta es para la casa Poivron, y ya que llevo otra para el señor Renardet, tengo, pues, que atravesar el oquedal!".

Su blusa azul, ceñida a la cintura con una correa, cruzaba con marcha regular y rápida sobre el fondo de la verde hilera de sauces, y la gruesa vara de acebo que le servía de bastón avanzaba a su lado al mismo ritmo que sus piernas.

Pasó el Brindille por un puente, que consistía en un único tronco de árbol que llegaba de una orilla a otra sin más barandilla que una cuerda amarrada a dos pilotes clavados en ambas márgenes.

El oquedal, que pertenecía al señor Renardet, alcalde de Corvelin y uno de los más fuertes propietarios del lugar, era un bosque de árboles de mucha edad, corpulentos, rectos como columnas, y cubría, en una longitud de media legua, la orilla izquierda del riachuelo, que servía de límite a aquella bóveda inmensa de follaje. Grandes arbustos que recibían el calor del sol habían crecido al borde mismo de las aguas; pero en el interior del bosque centenario sólo crecía el musgo, un musgo espeso, suave y acolchado, que llenaba la atmósfera estancada con un ligero olor a moho y a ramas muertas.

Mederic acortó el paso, se quitó el quepis negro, adornado con un galón rojo, y se enjugó la frente; no eran todavía las ocho de la mañana, pero ya hacía calor en las praderas.

Acababa de ponérselo otra vez, y ya reanudaba su rápida marcha, cuando distinguió, al pie de un árbol, un cortaplumas, un cuchillito de niño. Al cogerlo del

suelo, descubrió también un dedal, y en seguida un estuche de agujas, que estaba a dos pasos de aquél.

"Se los entregaré al señor alcalde", pensó, después de recogidos aquellos objetos, y reanudó su camino; pero ahora se fijaba en todo, como si esperase encontrar algo más.

De pronto, se detuvo en seco, como si hubiera tropezado con una barra de madera; delante de él, a diez pasos de distancia, tendido de espaldas, yacía sobre la capa de musgo un cuerpo infantil, completamente desnudo. Era una niña de unos doce años. Tenía los brazos en cruz, las piernas abiertas y la cara tapada con un pañuelo. Un ligero rastro de sangre manchaba sus muslos.

Mederic avanzó de puntillas, como temeroso de un peligro, y al mismo tiempo con los ojos desorbitados.

¿Qué podía ser aquello? Estaría dormida seguramente. Pero reflexionó que a nadie se le ocurriría dormir así desnudo, a las siete y media de la mañana, y en la fresca temperatura de un bosque: Eso quería decir que estaba muerta, y que se hallaba en presencia de un crimen. Aunque había sido un soldado veterano, le corrió, con sólo pensarlo, un escalofrío por la espalda. Pero, además, era cosa tan rara en la región un asesinato, y más aún el asesinato de un niño, que no daba fe a lo que sus ojos veían. Y no parecía tener ninguna herida, fuera de aquella sangre coagulada en la pierna. ¿Cómo, pues, había sido muerta?

Se paró muy cerca de ella, y la contemplaba, apoyado en su bastón. Tenía que conocerla él, porque conocía a todos los habitantes de la comarca, pero como no podía verle la cara, no le era posible adivinar su nombre. Se inclinó para quitar el pañuelo que le tapaba el rostro; de pronto se detuvo, con la mano extendida; asaltado por un pensamiento.

¿Le estaba permitido cambiar nada en el estado del cadáver antes que la Justicia tomase cartas en el asunto? Mederic se representaba a la Justicia como a una especie de general a quien nada se le pasa por alto, y para el que tanta importancia tiene un botón como una cuchillada en el vientre. Podría ser que debajo de aquel pañuelo descubriesen la prueba decisiva; se trataba, en resumidas cuentas, de una pieza de convicción que perdería su fuerza al ser tocada por una mano torpe.

Se enderezó entonces, dispuesto a salir corriendo a dar aviso al señor alcalde; pero le detuvo un nuevo pensamiento. Si, por casualidad, la niña estaba viva aún, haría mal en abandonarla de aquel modo. Se puso con mucho tiento de rodillas, bastante apartado de la niña, como medida de prudencia, y alargó la mano hacia uno de sus pies. Estaba frío, helado; con el frío terrible que hace tan pavorosa la carne muerta y que no deja ningún lugar a dudas. Según dijo después el cartero, le dio, al tocar aquello, un vuelco el corazón y se le secó la saliva en la boca. Se puso bruscamente en pie y echó a correr por el oquedal en dirección a la casa del señor Renardet.

Caminaba a paso gimnástico, con el bastón debajo del sobaco, los puños cerrados y la cabeza echada hacia adelante. La valija de cuero, llena de cartas y de periódicos, saltaba rítmicamente sobre sus hombros.

La residencia del alcalde se hallaba situada al extremo del bosque y hundía un ángulo de sus muros en las aguas de un pequeño estanque que formaba en aquel lugar el Brindille.

Era un caserón cuadrado, muy antiguo, construido de piedra gris, y que en otros tiempos había sufrido repetidos asedios, estando coronado por una torre de veinte metros de altura, que surgía de entre las aguas.

Aquella ciudadela sirvió en tiempos pretéritos para atalayar desde su altura toda la región. Conociásela con el nombre de la torre del Zorro (Renart, y de ahí sin duda se derivó el nombre de Renardet, que llevaban los propietarios de aquel feudo, que, según decían, por más de doscientos años estaba en manos de la misma familia. Los Renardet pertenecían a cierta burguesía, con ribetes de aristocracia, que abundaba en los campos antes de la Revolución.

El cartero entró como una tromba en la cocina donde se estaban desayunando los criados, y gritó:

—¿Se ha levantado ya el señor alcalde? Necesito hablar con él ahora mismo.

Todos tenían a Mederic por hombre serio y formal, y comprendieron en seguida que ocurría alguna cosa grave.

Cuando se lo dijeron al señor Renardet mandó que pasase en el acto. Entró el cartero, pálido y jadeante, con el quepis en la mano, y se encontró al señor alcalde sentado a una mesa muy ancha, llena toda de papeles esparcidos en desorden.

Era hombre alto y corpulento, macizo y coloradote, con la fuerza de un buey y muy querido en la comarca, a pesar de su genio violento en exceso. Tendría alrededor de los cuarenta años, había enviudado seis meses atrás y vivía de sus tierras como un hidalgo campesino. La fogosidad de su temperamento le había acarreado situaciones difíciles, pero las autoridades superiores de Rouy-le-Tors lo sacaban de ellas, como amigos indulgentes y discretos. ¿No llegó en cierta ocasión hasta a tirar desde lo alto del pescante al conductor de la diligencia porque había estado a punto de aplastar a Micmac, su perro de parada? ¿No le hundió las costillas a un guarda jurado que pretendió denunciarlo porque cruzaba con la escopeta al hombro por unas tierras de otro vecino? Y, con ocasión de haberse detenido en el pueblo el subprefecto, ¿no lo cogió por el cuello de la levita, diciéndole que aquello no era una gira de inspección, sino una gira electoral? El señor Renardet, por tradición familiar, era siempre contrario al Gobierno.

Preguntó el alcalde:

—¿Qué ocurre, Mederic?

—He encontrado en su oquedal una niña muerta.

Renardet se levantó con la cara como un ladrillo rojo.

—¿Qué dice usted?... ¿Una niña?

—¡Sí, señor; una niña, completamente desnuda, de espaldas en el suelo, con sangre, muerta, muerta sin duda alguna!

El alcalde dejó escapar un juramento.

—¡Dios de Dios! ¡Apostaría a que es la pequeña Roque! Acaban de avisarme que falta desde anoche de su casa. ¿En qué sitio la encontró?

El cartero detalló el lugar y se ofreció a acompañar hasta allí al alcalde.

Pero Renardet le ordenó con brusquedad:

—No. No lo necesito. Vaya a buscar al guarda rural, al secretario de la Alcaldía y al médico. Dígaless que vengan en seguida, y prosiga su reparto. Vivo, vivo, márchese, y que vengan a reunirse conmigo en el bosque.

El cartero, hombre disciplinado, obedeció y se retiró, furioso y desconsolado por no poder asistir al levantamiento del cadáver.

El alcalde salió a su vez, cogió el sombrero, un sombrero grande y flexible, de fieltro gris y alas muy anchas, y se detuvo unos momentos en el umbral de su casa. Extendíase delante de él un amplio espacio cubierto de césped, sobre el que resaltaban los tres manchones de color rojo, azul y blanco, de otros tantos encañonados de flores que estaban en todo su esplendor, uno frente a la fachada de la casa y los otros dos a sus lados. Más allá se elevaban al cielo los primeros grandes árboles del oquedal; a la izquierda, por encima del río Brindille, que formaba allí un ancho remanso, distinguíanse largas praderas, toda una zona de verdes llanuras, cortadas por regueras y filas de sauces que parecían monstruos, enanos achaparrados, mondados constantemente, luciendo sobre su tronco, muy grueso y corto, un plumero de ramas delgadas.

A mano derecha, detrás de los establos, de las cuadras de caballos y demás edificios anejos a la finca, empezaban las casas del pueblo, que era rico y cuyos habitantes se dedicaban a la cría del ganado vacuno.

Renardet bajó muy despacio la escalinata de entrada, torció a la izquierda, llegó a la margen del río y caminó por ella lentamente, con las manos a la espalda. Llevaba la cabeza inclinada y, de cuando en cuando, miraba alrededor por si veía llegar a las personas a quienes había mandado buscar.

Cuando entró en la arboleda, se detuvo, se quitó el sombrero y se enjugó la frente, lo mismo que había hecho Mederic, porque el sol abrasador de julio caía como lluvia de fuego sobre la tierra. Nuevamente echó a andar el alcalde, y de nuevo se detuvo y volvió a sus pasos. De pronto, se inclinó, mojó su pañuelo en las aguas del arroyo que corría a sus pies y se lo colocó en la cabeza, dentro del sombrero. Le corrían las gotas de agua por las sienes, por las orejas violáceas, por el cogote colorado y ancho, y penetraban, una tras otra, por debajo del cuello blanco de su camisa.

Viendo que tardaban en llegar, se puso a golpear el suelo con el pie, y al cabo de un rato gritó:

—¡Ohé! ¡Ohé!

Una voz le contestó hacia la derecha:

—¡Ohé! ¡Ohé!

Y apareció el médico por debajo de los árboles. Era un hombrecillo delgado, había sido cirujano en el ejército y era tenido en la comarca por hombre muy capacitado. Para andar se apoyaba en un bastón, porque había quedado cojo de resultas de una herida que recibió en el servicio.

Aparecieron luego el guarda rural y el secretario de la Alcaldía; los habían llamado al mismo tiempo y venían juntos. Acudían jadeantes, con caras de espanto,

al paso unas veces, corriendo otras con la prisa de llegar, moviendo con tal violencia los brazos, que se hubiera dicho que caminaban con ellos tanto como con los pies.

Renardet dijo al médico:

—¿Sabe ya usted de qué se trata?

—Sí; del cadáver de una niña que ha encontrado Mederic en el bosque.

—Exacto. Andando, pues.

Echaron a andar a la par, seguidos por los otros dos hombres. El musgo amortiguaba por completo el ruido de sus pisadas; sus ojos buscaban algo delante de ellos, a lo lejos.

El doctor Labarbe extendió de pronto la mano:

—¡Allí está!

A lo lejos, bajo los árboles, distinguíase una cosa de color claro. De no saber ya de qué se trataba, no lo hubieran adivinado. Era tan blanco y brillante que lo hubieran tomado por alguna ropa blanca caída al suelo; un rayo de sol que se filtraba por entre las ramas iluminaba la pálida carne con una raya oblicua que le cruzaba el vientre. Conforme se fueron acercando, distinguieron paulatinamente las formas, la cabeza tapada, vuelta de cara al río, y los dos brazos, extendidos como una crucifixión.

—Siento un calor horrible —dijo el alcalde.

Se agachó otra vez, y volvió a empapar el pañuelo en las aguas del Brindille, poniéndoselo de nuevo en la cabeza.

El médico, aguijoneado por el hallazgo, aceleró el paso. Cuando estuvo junto al cadáver, se inclinó para examinarlo, pero no lo tocó. Arrugaba las narices, como cuando se mira un objeto extraño, y daba vuelta lentamente alrededor del cadáver.

Sin incorporarse aún, sentenció:

Violación y asesinato, que luego comprobaremos. Por lo demás, esta niña era ya casi mujer. Fíjense en los pechos.

Los dos senos, bastante desarrollados ya, caían sobre el busto, flácidos por el efecto de la muerte.

El médico levantó con cuidado el pañuelo que tapaba la cara, y ésta apareció negra, horrible, con la lengua fuera y los ojos desorbitados. Siguió diciendo:

—¡Vaya! Después de abusar de ella, la estrangularon. Palpó el cuello:

—Estrangulada con las manos, pero sin que hayan dejado ninguna marca particular, ni señal de las uñas, ni impresión de los dedos. En efecto, se trata de la pequeña Roque.

Volvió a colocar con mucha delicadeza el pañuelo en su sitio:

—Yo nada tengo que hacer; lleva por lo menos doce horas muerta. Hay que dar cuenta de ello al Juzgado.

En pie, con las manos a la espalda, Renardet miraba fijamente el cuerpecito tendido sobre la hierba. Dijo muy quedo:

—¡Qué miserable! Habría que encontrar las ropas. El médico palpaba las manos, los brazos, las piernas.

—Sin duda salía de bañarse —dijo—. Estarán a orillas del agua.

El alcalde dio órdenes:

—Tú, Principio —le hablaba al secretario de la Alcaldía—, búscame esas prendas por la orilla del río. Tú, Máximo —se dirigía al guarda rural—, corre a Rouyle-Tors y que venga el juez de instrucción con los gendarmes. ¡Que estén aquí dentro de una hora! ¿Me comprendes?

Los dos hombres se alejaron a paso ligero, y Renardet dijo al médico:

—¿Quién ha podido ser el canalla capaz de un acto así en esta comarca?

—¡Vaya usted a saber! —dijo el médico—. Cualquiera ha podido hacerlo. Individualmente, todos son capaces, y, en términos generales, ninguno. De todos modos, esto es obra de algún vagabundo, de algún obrero sin trabajo. Desde que tenemos la República, no se ven por los caminos más que gente de esa ralea.

Los dos eran bonapartistas.

El alcalde manifestó a su vez:

—Sí; no puede ser sino uno de fuera, un transeúnte, un vagabundo sin hogar ni tierra...

El médico completó la frase con un esbozo de sonrisa:

—Y sin mujer. Como no disponía de buena cena, ni de buen alojamiento, se ha procurado lo demás. Nadie se imagina la cantidad de hombres que andan por el mundo, capaces de cometer, en un momento dado, un crimen. ¿Tenía usted ya conocimiento de que hubiese desaparecido esta niña?

Mientras hablaba, iba tocando con la punta de su bastón, uno tras otro, los dedos rígidos de la muerta, como si tocase las teclas de un piano.

—Sí. La madre vino ayer a buscarme, a eso de las nueve de la noche, porque la niña no había vuelto a casa para cenar, como de costumbre, a las siete. Hasta medianoche la anduvimos buscando a gritos por los caminos; pero no se nos ocurrió entrar en el oquedal. Claro está que para hacer una búsqueda eficaz había que esperar a que fuese de día.

—¿Quiere usted un cigarrillo? —dijo el médico.

—Gracias; pero no tengo ganas de fumar. Este espectáculo me ha revuelto un poco.

Seguían en pie los dos, contemplando aquel cuerpo de adolescente, tan frágil y pálido sobre el oscuro musgo. Un moscón de vientre azul que se paseaba por un muslo se detuvo en las manchas de sangre, echó otra vez a andar, cuerpo arriba, recorrió el costado con su caminar, ligero y entrecortado, se subió a uno de los senos, bajó de él para explorar el otro, buscando algo que succionar en aquella muerta. Los dos hombres seguían con la vista las evoluciones del punto negro.

El médico exclamó:

—¡Qué bonito efecto hace una mosca encima de la piel! Las señoras del siglo pasado sabían lo que hacían cuando se ponían moscas en la cara. ¿Por qué se habría perdido esa costumbre?

El alcalde, sumido en sus pensamientos, parecía no oírle.

Súbitamente se volvió a mirar, porque le sorprendió un ruido, el de una mujer de delantal azul y gorro, que corría bajo los árboles. Era la madre, la Roque. Así que descubrió a Renardet se puso a gritar:

—¡Mi niña! ¿En dónde está mi niña?

Estaba tan enloquecida que ni siquiera se le ocurría mirar al suelo. Pero, de pronto, la vio, se paró en seco, juntó las manos y alzó los dos brazos al cielo, lanzando un alarido agudo y desgarrador, un alarido de animal mutilado.

Se arrojó luego sobre el cuerpo, se arrodilló y arrancó de un tirón el pañuelo que tapaba la cara. Al ver aquel rostro, horrible, negro y convulsivo, volvió a levantarse de golpe, para caer en seguida boca abajo, vomitando en el espeso musgo sus gritos pavorosos y no interrumpidos.

Su alargado y seco cuerpo, al que se pegaban las ropas, se estremecía, sacudido por las convulsiones. Se advertía el horrible temblor de sus huesudos tobillos y de sus magras pantorrillas cubiertas por burdas medias azules; sus dedos, agarrotados, arañaban el suelo, como queriendo abrir en él un hoyo donde esconderse.

El médico murmuró conmovido:

—¡Pobre vieja!

Renardet sintió que se le revolvían ruidosamente las tripas, y dejó escapar una especie de estornudo estrepitoso que le salió al mismo tiempo de la nariz y de la boca; sacó el pañuelo del bolsillo y lo humedeció con sus lágrimas, tosiendo, sollozando y sonándose con fuerza las narices. Y, al mismo tiempo, balbuceaba:

—¡Dios... Dios... Dios... de Dios! ¿Quién habrá sido el cerdo que ha hecho esto? Qui..., quisiera verlo en la guillotina.

Se presentó otra vez Principio, con el semblante desconsolado y sin nada en las manos, y dijo muy quedo:

—No encuentro nada, señor alcalde; nada, absolutamente nada por ningún sitio.

Se asustó el alcalde, y contestó con voz pegajosa y llorona:

—¿Qué es lo que no encuentras?

—Los vestidos de la pequeña.

—¿Que no, que no los encuentras? Pues bien: sigue buscando... y da con ellos... o..., o me las entenderé contigo.

Bien sabía aquel hombre que no se le podía llevar la contraria al alcalde, y se alejó otra vez con desgana, lanzando hacia el cadáver una asustadiza mirada de reojo.

Debajo de los árboles resonaban voces lejanas; era el rumor confuso de una muchedumbre que se acercaba; porque Mederic, durante su reparto, había ido llevando la noticia de puerta en puerta. Los habitantes del lugar, estupefactos en los primeros instantes, hablaron del caso en la calle, de puerta a puerta; pero luego se reunieron, y hablaron, discutieron, comentaron el suceso durante algunos minutos; finalmente, acudían para ver por sus propios ojos.

Llegaban en grupos, un poco vacilantes e inquietos, por miedo a la primera emoción. Al ver el cuerpo, se detuvieron, no atreviéndose a avanzar más, y cuchicheando entre ellos. Luego se animaron, anduvieron algunos pasos, volvieron a hacer alto, se adelantaron de nuevo y acabaron formando, alrededor de la muerta, de la madre, del médico y de Renardet, un círculo apretado, inquieto y ruidoso, que se iba estrechando cada vez más con los bruscos empujones de los que llegaban. Llegaron hasta el mismo cadáver, y hubo algunos que se agacharon para palparlo. El

médico los apartó de allí, y el alcalde, saliendo de su atontonamiento, se enfureció, quitó el bastón al doctor Labarbe y se arrojó sobre sus administrados, balbuciendo:

—¡Largo de aquí..., largo de aquí..., hato de bestias..., largo de aquí!

No hizo falta más de un segundo para que el cordón de curiosos se ensanchase doscientos metros.

La Roque se incorporó, se dio media vuelta y, sentada en el suelo, lloraba, tapándose la cara con las manos juntas.

La muchedumbre discutía el caso y los muchachos registraban con ávidos ojos aquel cuerpo desnudo. Renardet se fijó en este detalle, se quitó bruscamente su chaqueta de hilo, y la echó sobre la niña, que desapareció por completo bajo la amplia prenda.

Los curiosos iban acercándose poco a poco; el oquedal se llenaba de gente; un rumor ininterrumpido de voces subía hasta el tupido follaje de los árboles enormes.

El alcalde, en mangas de camisa, con el bastón en la mano, seguía erguido, en actitud de combate. Parecía irritado por aquella curiosidad de la gente y no hacía más que repetir:

—Al que se acerque, le abro la cabeza como si fuera un perro.

Los campesinos, que le temían mucho, se mantuvieron alejados. El doctor Labarbe, que estaba fumando, se sentó junto a la Roque e intentó distraerla, hablándole. La vieja se quitó en seguida las manos de la cara y dio rienda suelta a su dolor, en un torrente de frases lacrimosas y precipitadas. Le contó su vida toda, su matrimonio, la muerte de su hombre, que era domador de bueyes y que murió de una cornada; la infancia de la niña y su vivir miserable de viuda sin recursos y con una hija. No tenía en el mundo más que a la niña; y se la habían matado; y Semejante desaparición sorprendía a todo el mundo, se la habían matado en aquel bosque. La acometió de súbito el impulso de volver a mirarla, se arrastró sobre las rodillas hasta el cadáver, levantó por uno de los bordes la prenda que la cubría, se dejó caer al suelo otra vez y rompió de nuevo en alaridos. La multitud permanecía callada, espionando con avidez todos los gestos de la madre. De pronto, se arremolinó la gente y se oyeron gritos de:

—¡Los gendarmes, los gendarmes!

Se veía a lo lejos a dos gendarmes que avanzaban al trote largo, dando escolta a su capitán y a un señor pequeñito, de patillas rojas, que bailaba como un mono, afirmado en los estribos de una gran yegua blanca.

El guarda jurado había llegado en el momento mismo en que el juez de instrucción, señor Putoin, montaba en su yegua para dar el paseo cotidiano, porque se tenía, con gran regocijo de sus subordinados, por un gallardo jinete. Echó pie a tierra, al mismo tiempo que el capitán, dio un apretón de manos al alcalde y al médico, lanzando una mirada codiciosa a la chaqueta de hilo, en la que se marcaban las formas del cuerpo que yacía debajo.

Una vez que estuvo al corriente de los hechos, empezó por hacer que los gendarmes despejasen de gente el oquedal; el público, arrojado de allí, reapareció en seguida en la pradera, formando a lo largo de la otra orilla del río Brindille una apretada fila de cabezas inquietas y agitadas.

El médico dio a su vez explicaciones, que Bernardet transcribía con lápiz a su cuaderno de notas. Se hicieron todas las comprobaciones del caso, tomando nota de ellas y discutiéndolas, pero no condujeron a ningún descubrimiento. También Máximo volvió sin rastro de las ropas.

Semejante desaparición sorprendía a todo el mundo, y nadie se la explicaba más que suponiendo que se tratase de un robo, pero como todas aquellas ropas no valían un franco, también el robo era inadmisibile.

El juez de instrucción, el alcalde, el capitán y el médico se habían puesto también a buscar, de dos en dos, en la orilla del río, separando hasta las ramas más pequeñas.

Renardet se expresaba de este modo, dirigiéndose al juez:

—¿Cómo se explica que este miserable haya escondido o se haya llevado las ropas, abandonando el cuerpo de ese modo, al aire libre, a la vista de cualquiera?

El otro, que era astuto y perspicaz, le contestó:

—¡Sí, sí! Esa es tal vez una treta. El autor de este crimen es un bruto o un pillo redomado. Sea como sea, lo descubriremos.

El retumbo de un carruaje les hizo volver la cabeza. Era que llegaban también al lugar del suceso el fiscal y suplente, el médico forense y el escribano del tribunal.

Reanudaron la búsqueda, sin dejar de hablar con gran animación.

Renardet dijo de pronto:

—Ya lo saben ustedes; se quedarán a almorzar conmigo.

Todos aceptaron la invitación con una sonrisa, y el juez de instrucción, creyendo que ya habían dedicado bastante tiempo aquel día a la pequeña Roque, se dirigió al alcalde, preguntándole:

—No habría inconveniente en que haga llevar el cadáver a casa de usted, ¿verdad? Supongo que dispondrá de alguna habitación en la que quede a disposición mía hasta la noche.

El interpelado se turbó, balbuciendo:

—Sí, no... no. A decir verdad, preferiría que no lo llevasen a mi casa..., ¿sabe usted?..., por... por la servidumbre..., que habla ya de aparecidos... en la torre, en la torre del Zorro... Se me marcharían todos... No..., preferiría que no lo llevasen a mi casa.

El magistrado se sonrió:

—Bien... Mandaré que lo lleven directamente a Rouy, para la autopsia.

Y volviéndose al suplente, le preguntó:

—Podré disponer de su coche, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

Volvieron todos al lado del cadáver. La Roque estaba ahora sentada al lado de su hija, con la mano de ésta entre las suyas, y la mirada, vaga y sin expresión, perdida en el vacío.

Los dos médicos intentaron alejarla de allí para que no viese llevar el cadáver; pero ella comprendió en el acto lo que iban a hacer y, arrojándose sobre el cuerpo, se abrazó a él estrechamente, y gritaba tirada encima de su hija:

—No se la llevarán, es mía, es mía ahora. Me la han matado; la quiero para mí. ¡No se la llevarán ustedes!

Todos los hombres, turbados e indecisos, permanecían en pie en torno a ella. Renardet se arrodilló para hablarle:

—Escuche usted, señora Roque; no hay más remedio que hacerlo, si queremos descubrir al asesino; de otro modo, no lo sabríamos jamás; y es preciso dar con él, para castigarlo. Cuando lo hayamos encontrado, le devolveremos su hija, yo se lo prometo.

Aquel razonamiento venció la resistencia de la mujer, y en sus ojos enloquecidos se encendió una llama de odio:

—¿De modo, pues, que lo cogerán? —preguntó.

—Sí; le doy mi palabra.

Entonces se levantó, resuelta a que hiciesen lo que quisiesen; pero oyó decir por lo bajo al capitán:

—Es una cosa extraordinaria el que no se hayan encontrado sus ropas.

Aquello despertó en su cerebro de campesina una idea nueva que no se le había ocurrido hasta entonces y preguntó:

—¿Dónde están sus ropas? Esas son mías, que me las den. ¿Dónde las han puesto?

Le explicaron que no habían podido encontrarlas, y entonces ella las exigió con desesperada obstinación, llorando y gimiendo:

—Son mías; las exijo. ¿Dónde están? ¡Que me las den! Cuantos más esfuerzos hacían por calmarla, mayores eran los sollozos y su obstinación. Ya no reclamaba el cuerpo, sino las ropas de su hija, quería las ropas de su hija, tanto, quizá, por inconsciente avaricia de persona sin recursos, para la que una sola moneda de plata representa una fortuna, como por ternura maternal.

Cuando el cuerpecito, envuelto en mantas que habían ido a buscar a casa de Renardet, desapareció de su vista dentro del coche, la vieja, en pie bajo las ramas de los árboles, sostenida por el alcalde y el capitán, gritaba:

—No me queda nada, nada, nada en este mundo, ni siquiera su gorrito, ni siquiera su gorrito; no me queda nada, nada, ni siquiera su gorrito.

Acababa de llegar el cura, un cura grueso ya, aunque era joven. Se encargó de llevarse a la señora Roque, y él y ella se encaminaron juntos hacia el pueblo. Al conjuro de la palabra del eclesiástico, que le prometía mil compensaciones, se iba dulcificando el dolor de la madre. Sin embargo, no dejaba de repetir, aferrada a aquella idea, que la dominaba por el momento sobre todas las demás:

—Si tuviese por lo menos su gorrito...

Renardet le gritó desde lejos:

—Señor cura; almorzará usted también con nosotros. De aquí a una hora.

El sacerdote volvió la cabeza y contestó:

—Con mucho gusto, señor alcalde. Estaré a las doce en su casa.

Todo el grupo se dirigió a la casa de Renardet, cuya fachada, gris, y cuya alta torre, levantada sobre la orilla del río Brindille, se divisaban por entre el ramaje.

La comida se prolongó mucho; hablaron del crimen. Coincidieron todos en que había sido cometido por algún vagabundo que pasó por allí casualmente, en el instante mismo en que la pequeña se estaba bañando.

Los magistrados regresaron a Rouy, anunciando que volverían al día siguiente muy temprano. El médico del pueblo y el cura regresaron a sus casas, en tanto que Renardet, después de dar un largo paseo por las praderas, se metió en el oquedal y estuvo caminando por él hasta la noche, muy despacio y con las manos detrás de la espalda.

Se acostó temprano, y aún estaba durmiendo a la mañana siguiente cuando el juez de instrucción entró en su dormitorio frotándose las manos y con semblante satisfecho:

—¿Cómo es eso? —dijo—. ¿Duerme usted todavía? Pues bien: han ocurrido esta mañana novedades.

El alcalde se sentó en la cama:

—¿Qué novedades?

—Un hecho muy curioso. Ya se acordará usted de que la madre pedía ayer un recuerdo de su hija, sobre todo su gorrito. Pues bien: esta mañana, cuando la mujer ha abierto su puerta, se ha encontrado en el umbral los dos pequeños zuecos de la niña. Y esto demuestra que el autor del crimen es alguien del pueblo y que se ha compadecido de ella. Además, el cartero Mederic me ha entregado el dedal, un cuchillito y el estuche de agujas de la muerta. Por consiguiente, el autor del crimen se llevó las ropas para esconderlas y dejó caer esos objetos, que estaban en un bolsillo. A lo que yo doy más importancia es al detalle de los zuecos, que revela en el asesino cierta cultura moral y unacapacidad de enternecimiento. Vamos, pues, a pasar revista, si usted no tiene inconveniente en ello, a los principales habitantes del pueblo.

El alcalde se había levantado y llamó para que le llevaran agua caliente con que afeitarse.

—Con mucho gusto —contestó—: pero como es tarea larga, podríamos empezarla ahora mismo.

El señor Putoin se había sentado a horcajadas en una silla, fiel, aun dentro de casa, a su manía de jinete.

Renardet, frente al espejo, se cubrió la cara de espuma blanca, y pasó después la navaja por el suavizador. Y mientras tanto iba diciendo:

—El primer habitante de Carvelin se llama José Renardet, alcalde, propietario rico, hombre áspero, que pega a los guardas y a los cocheros.

El juez de instrucción se echó a reír:

—Con esto me basta. Pasemos al siguiente...

—El que sigue en importancia es el señor Pelledent, teniente alcalde, ganadero de reses vacunas, también propietario rico; es un campesino taimado, ladino y astuto en cuestiones de dinero; pero incapaz, según mi opinión, de haber cometido semejante crimen.

El señor Putoin dijo:

—Adelante.

Y mientras Renardet se afeitaba y se lavaba prosiguió aquel análisis moral de todos los habitantes de Carvelín. Al cabo de dos horas de discusión, las sospechas se concentraron en tres individuos bastante dudosos; un cazador furtivo llamado Cavalle, un pescador de truchas y de cangrejos llamado Paquet y un domador de bueyes llamado Clovis.

II

La investigación continuó durante todo el verano, pero no se llegó a descubrir al criminal. Las personas de quienes se sospechó, y que fueron detenidas, demostraron fácilmente su inocencia, y el Juzgado tuvo que renunciar a perseguir al culpable.

Sin embargo, aquel asesinato había producido una emoción extraña en todo el pueblo. La imposibilidad de dar con ningún rastro, y más aún, aquel sorprendente hallazgo de los zuecos delante de la puerta de la Roque, al día siguiente, habían dejado en las almas de los habitantes un desasosiego, un vago temor, una misteriosa sensación de espanto. La certidumbre de que el asesino había estado presente durante el levantamiento del cadáver, de que seguía viviendo en el pueblo, hostigaba a los espíritus, los obsesionaba, parecía cernirse sobre toda la comarca como una amenaza constante.

Por otra parte, todo el mundo temía pasar por el oquedal, creyéndole poblado por aparecidos. En otro tiempo, todos los habitantes del pueblo iban a pasear en él la tarde del domingo. Sentábanse unos sobre el musgo, al pie de los árboles gigantes, y caminaban otros por la orilla del río, siguiendo con la mirada a las truchas que nadaban veloces entre las hierbas del fondo. Los chicos jugaban a la pelota o a los bolos en algunos sitios en que habían quitado el musgo e igualado y endurecido la tierra; las chicas se paseaban agarradas del brazo, en grupos de cuatro o cinco, desgranando con voces chillonas cancioncillas que arañaban el tímpano, turbaban la serenidad del ambiente y daban dentera como si fuesen gotas de vinagre. Pero ahora ya no paseaba nadie por debajo de aquella bóveda, alta y espesa, de follaje, como si temiese encontrar por allí en cualquier momento algún cadáver tirado en el suelo.

Llegó el otoño, empezaron a caer las hojas. Caían de día y de noche, a lo largo de los altos troncos, redondas y livianas, describiendo círculos. Ya se podía ver el cielo por entre las ramas. En ocasiones, cuando una ráfaga de viento sacudía las copas de los árboles, aquella lluvia lenta y continua se espesaba de pronto, se convertía en un chaparrón que caía produciendo un vago murmullo y recubría el musgo con una gruesa alfombra amarilla que crujía levemente bajo los pies. Parecía un lamento aquel murmullo casi imperceptible, flotante, ininterrumpido, suave y triste, del descenso; aquellas hojas que caían y caían eran como lágrimas derramadas por árboles gigantes que lloraban el fin del año, la falta de las tibias auroras y de los suaves ocasos, la ausencia de las brisas cálidas y de los soles brillantes y, quizá, quizá, el crimen que habían visto cometer a la sombra suya; quizá, quizá lloraban por

la niña violada y muerta al pie de los mismos. Lloraban en medio del silencio del bosque solitario y desierto, del bosque abandonado y temido, en el que seguramente andaría errante y sola el alma, el alma niña de la niña muerta.

El Brindille, crecido por las tormentas, corría con mayor rapidez, amarillo y furioso, entre sus secas orillas, flanqueado por dos hileras de mimbreros secos y desnudos.

Pero un buen día volvió Renardet a pasearse por el bosque centenario. Salía de casa todos los días al hacerse de noche, bajaba lentamente la escalinata de entrada y caminaba con aire pensativo por debajo de los árboles, llevando las manos en los bolsillos. Se paseaba largo rato sobre el musgo húmedo y blando, mientras que una bandada de cuervos que habían acudido de todos los alrededores para pasar la noche en las altas copas se desplegaba en el cielo como un enorme velo de luto que flotaba en los aires, lanzando graznidos violentos y siniestros.

A veces se posaban, acribillando de manchas negras el ramaje, entrecruzado sobre el fondo del cielo rojo, del cielo ensangrentado de los ocasos otoñales. Y, de pronto, alzaban otra vez el vuelo entre horribles graznidos y desplegaban de nuevo por encima del bosque el largo festón negro de toda la bandada.

Finalmente se dejaban caer sobre las copas más altas, sus ruidos se apagaban poco a poco, y la noche, cada vez más intensa, fundía sus negras plumas con la negrura del espacio.

Pero Renardet seguía en sus lentos paseos al pie de los árboles; cuando las opacas tinieblas le impedían caminar, regresaba a su casa y caía como una masa inerte en su sillón, frente a la encendida chimenea y estiraba hacia el hogar sus pies húmedos, que humeaban mucho rato al calor de la llama.

Cierto día corrió por el pueblo una gran noticia: el alcalde había empezado a talar el oquedal. Veinte leñadores habían dado comienzo a la tarea por el lado más próximo a la casa y trabajaban activamente bajo la mirada del propietario.

Empezaban por trepar a lo alto del árbol los podadores.

Sujetándose al tronco por medio de una cuerda, se agarran a él con los brazos y luego levantan una pierna y le dan una fuerte patada con la espiga puntiaguda, de acero, que llevan fija en las suelas del calzado. La punta penetra en la madera y queda allí sujeta; entonces el podador se alza sobre ese apoyo, como si pisase un escalón, y golpea el tronco con la punta de acero del otro pie, que le servirá de nuevo apoyo para levantar el primero, y así sucesivamente.

A cada paso que da hacia arriba, levanta también la cuerda que le sujeta al árbol; a la altura de sus riñones cuelga y brilla una pequeña hachuela de acero. Trepa y trepa poco a poco, a la manera de un animal parásito que ataca a un gigante; sube con esfuerzo a lo largo de la enorme columna, se abraza a ella y la agujijonea para llegar a decapitarla.

Así que alcanza las ramas más bajas, hace un alto, echa mano al hacha, bien afilada, y golpea. Golpea despacio, metódicamente, rebajando el cuerpo de la rama muy cerca del tronco; aquélla rechina de pronto, cede, se inclina, se desprende y se desploma, rozando los árboles cercanos al caer. Finalmente, choca contra el suelo con

un estruendo de madera que se quiebra, y todas sus ramillas continúan largo rato estremeciéndose.

El suelo se cubría de estos ramajes que otros trabajadores se encargaban de cortar, atar en haces y hacinar. Los árboles que seguían en pie parecían postes gigantescos, pilotes desmesurados que el filo de las hachas aceradas había amputado y rapado.

Cuando el podador terminaba su tarea, dejaba atada la cuerda con que se había sujetado en la parte más alta del tronco, recta y delgada, y bajaba paso a paso, a golpes de espolón, por el árbol desmochado; entonces los leñadores lo atacaban por su base con tremendos hachazos, cuyo eco repercutía en todo el oquedal.

Cuando juzgaban que el corte de la base era ya bastante profundo, tiraban algunos hombres de la cuerda que había quedado sujeta en lo alto, acompasando sus esfuerzos con un grito unísono; de pronto crujía el mástil gigantesco y se venía abajo con un estrépito sordo y una vibración de cañonazo lejano.

El bosque iba achicándose día a día, perdiendo árboles caídos, como pierde un ejército soldados.

Renardet no se apartaba de allí; desde la mañana hasta la noche permanecía en el bosque, sin moverse y con las manos cruzadas a la espalda, viendo la muerte lenta de su oquedal. Cuando un árbol caía, él le ponía el pie encima, como si pisase un cadáver. Y luego levantaba su vista hacia el que iba a caer a continuación; se hubiera dicho que sentía una impaciencia íntima y tranquila, que aguardaba que ocurriese algún suceso al final de aquel destrozo.

Se iban entre tanto acercando al sitio en que fue descubierto el cadáver de la pequeña Roque. Llegaron a él una tarde, a la hora del crepúsculo.

Había ya poca luz, porque el cielo estaba cubierto de nubes, y los leñadores pretendieron suspender el trabajo, dejando para el día siguiente el derribo de un haya enorme; pero el dueño se opuso a ello y exigió que se procediese en el acto a podar y talar también aquel coloso a cuya sombra se había cometido el crimen.

Una vez que el podador lo dejó al desnudo, terminando el arreglo del que iba a ser ajusticiado, y una vez que los leñadores minaron su base, pusieron cinco hombres a tirar de la cuerda amarrada a la copa.

El árbol no cedió; aunque su grueso tronco había sido mellado a hachazos hasta el centro, seguía rígido como si fuese de hierro. Todos los trabajadores tiraban de la cuerda a un tiempo, con una especie de empujón acompasado, doblándose hasta acostarse en el suelo, marcando y regulando sus esfuerzos con un grito que daba poco a poco salida a todo el aire de sus pulmones.

En pie junto al gigante, con las hachas en la mano, como dos verdugos, dispuestos a seguir golpeando, había dos leñadores. También Renardet, inmóvil y con la mano en la corteza del tronco, esperaba la caída con emoción inquieta y nerviosa.

Uno de los leñadores le dijo:

—Está usted demasiado cerca, señor alcalde; puede herirle al caer.

Pero Renardet no contestó ni se apartó; parecía que estuviese preparado para abrazarse al tronco del árbol como un luchador y derribarlo.

Se produjo de improviso en el pie de la alta columna de madera un desgarramiento que pareció correrse hasta la cúspide como una sacudida dolorosa; se dobló un poco, resistiendo todavía, aunque ya a punto de caer. Aquello excitó a los hombres y pusieron en tensión sus brazos en un esfuerzo supremo. De pronto, cuando el árbol se quebraba, se desplomaba, dio Renardet un paso hacia adelante, se detuvo allí y levantó sus hombros como para recibir el golpe irresistible, el choque mortal que había de aplastarlo contra el suelo.

Pero el haya sufrió un ligero desvío y no hizo más que rozarle las espaldas, despidiéndolo boca abajo a cinco metros de distancia.

Los obreros corrieron a levantarlo; pero ya él se había alzado, quedando de rodillas, y miraba con ojos extraviados, aturdido, pasándose la mano por la frente, como si despertase de un acceso de locura.

Cuando ya estuvo en pie, los trabajadores, sorprendidos, le dirigieron preguntas, porque no acertaban a comprender su acción. Contestóles, balbuciendo, que había sufrido un instante de extravío mental o, más bien, que se había sentido niño durante un segundo, imaginándose que sería capaz de cruzar por debajo del árbol, lo mismo que los chicos cuando cruzan por delante de un coche que va al trote; había jugado con el peligro; desde hacía ocho días le escarabajaba, cada vez con más fuerza, aquella comezón, y cada vez que un árbol crujía para caer, él se preguntaba si podría pasar por debajo sin que le alcanzase. Era una estupidez, lo reconocía; pero todos están sujetos a tales momentos de insensatez y sufren estos accesos de infantilismo tonto.

Daba estas explicaciones poco a poco, rebuscando las frases, con voz apagada; después se alejó, diciendo:

—Hasta mañana, amigos míos; hasta mañana. Así que se vio en su habitación, sentóse a la mesa, sobre la que proyectaba su luz viva una lámpara con pantalla, se cogió la cabeza con ambas manos y rompió a llorar.

Lloró durante largo rato, se enjugó luego los ojos, levantó la cabeza y miró el reloj. No habían dado aún las seis. "Me queda tiempo antes de comer", pensó, y se dirigió hacia la puerta cerrándola con llave. Hecho esto, volvió a sentarse a la mesa, abrió el cajón de en medio, sacó un revólver y lo colocó encima de los papeles, en plena luz. El acero del arma brillaba con destellos que parecían llamas.

Renardet lo estuvo contemplando un rato con ojos turbios de borracho; luego se levantó y se puso a caminar.

Iba de un extremo a otro de la habitación y a veces se detenía para reanudar en seguida su paseo. De improviso abrió la puerta de su gabinete de aseo, metió una toalla en el cántaro de agua y se mojó la cabeza, igual que la mañana del crimen. Siguió paseando. Cuando pasaba por delante de la mesa, el brillo del arma atraía su mirada, buscaba su mano; pero Renardet miraba el reloj y pensaba: "Aún me queda tiempo".

Dieron las seis y media. Cogió entonces el revólver, abrió la boca hasta desencajarla con una mueca espantosa, y hundió en ella el cañón del arma, como si fuese a tragárselo. Y en esa postura permaneció inmóvil algunos segundos, con el

dedo en el gatillo; pero un brusco estremecimiento de horror sacudió su cuerpo y vomitó el revólver sobre la alfombra.

Y cayó en su sillón otra vez, sollozando:

—No puedo. No tengo valor. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué haré para que no me falte decisión para matarme?

Llamaron a la puerta. Se irguió como loco. Era un criado, que dijo:

—El señor tiene la cena preparada.

Renardet contestó:

—Está bien. Ahora bajo.

Recogió el arma, metiéndola otra vez en el cajón, se miró en el espejo de la chimenea para ver si su cara estaba demasiado desencajada. Colorada, sí que la tenía, un poco más que de ordinario, pero eso era todo. Bajó al comedor y se sentó a la mesa.

Comió con mucha lentitud, como si quisiera alargar la cena para no hallarse a solas consigo mismo. Después, mientras alzaban los manteles, fumó allí mismo varias pipas. Y, por fin, volvió a subir a su dormitorio.

Así que cerró la puerta, miró debajo de la cama, abrió todos los armarios, exploró por todos los rincones, registró todos los muebles. Encendió acto seguido las velas de la chimenea y, girando varias veces sobre sí mismo, recorrió con la mirada todo el cuarto, con el rostro crispado por las angustias del terror; segurísimo estaba de que iba a volver a verla, como todas las noches, a la pequeña Roque, a la niña que él había violado, estrangulándola después.

La pavorosa visión se repetía todas las noches. Empezaba por un zumbido en sus oídos, que se parecía al retumbo de un tren pasando por un puente lejano. Y entonces empezaba a respirar fatigosamente y se ahogaba, viéndose obligado a desabrocharse el cuello de la camisa y aflojarse el cinturón. Se ponía a pasear, para activar la circulación general de la sangre, intentaba leer, hacía esfuerzos por cantar. Todo en vano. Contra su voluntad, volvía su pensamiento al día del asesinato y le obligaba a representárselo en sus más íntimos detalles, pasando por sus más violentas sensaciones desde el primer instante hasta el último.

Aquella mañana, la mañana del espantoso día, se levantó algo aturdido y con un dolor de cabeza que atribuyó al calor; por eso no salió de su habitación hasta que le llamaron a almorzar. Después de la comida, durmió la siesta, y ya al caer la tarde salió a respirar la brisa fresca y sedante, bajo los árboles del bosque centenario.

Pero así que salió de casa, el aire pesado y ardiente de la llanura contribuyó a aumentar su fatiga. El sol, lejos todavía del horizonte, derramaba torrentes de luz encendida sobre la tierra calcinada, seca y sedienta. Ni el más leve soplo de viento movía las hojas. Los animales, los pájaros y hasta las chicharras guardaban silencio. Renardet llegó hasta los árboles gigantescos y echó a andar sobre el musgo, bajo el inmenso techo de ramas que recogía un poco del frescor de la evaporación del Brindille. Pero estaba desasosegado. Sentía en el cuello la presión de una mano desconocida e invisible, y aunque de ordinario no eran muchas las ideas que tenía en la cabeza, en aquel entonces casi no tenía ninguna. Sólo un pensamiento confuso le perseguía de tres meses a aquella parte: el volver a casarse. El vivir solo era para él

un sufrimiento moral y físico. Se había acostumbrado en diez años a sentir cerca de él una mujer, a tenerla delante en todo momento, a su abrazo cotidiano; tenía necesidad, una necesidad imperiosa y vaga, de su contacto ininterrumpido, de su caricia, disfrutada con regularidad. Desde el fallecimiento de su esposa, Renardet sufría, sin que comprendiese claramente el motivo; sufría por no sentir a todas horas del día en sus piernas el roce de los vestidos de ella, y, sobre todo, por no poder calmar y gastar sus ardores entre sus brazos. Llevaba apenas seis meses viudo, y ya buscaba con el pensamiento en aquellos alrededores la joven soltera o viuda con la que podría casarse en cuanto se quitase el luto.

Tenía un alma casta, pero estaba alojada en el cuerpo fornido de un hércules, y ya empezaban las imágenes carnales a turbar su sueño y su vigilia. En vano las ahuyentaba; ellas volvían, y había instantes en que él, sonriéndose de sí mismo, pensaba: "Soy otro San Antonio."

Como aquella mañana se había visto asaltado por algunas de aquellas visiones obsesionantes, le entraron de pronto ganas de bañarse en el Brindille para refrescar su cuerpo y apaciguar el ardor de su sangre.

Había un poco más adelante un sitio en que el río era ancho y profundo: en él se zambullían algunas veces durante el verano los convecinos suyos. Se dirigió hacia allí.

Sauces tupidos ocultaban aquel estanque transparente en el que la corriente se remansaba, se adormecía un poco, para luego seguir su marcha. Cuando Renardet se aproximaba a aquel lugar, le pareció oír un ligero ruido, un débil chapoteo que no era el que hace el río en las orillas. Apartó suavemente las ramas y miró.

Una jovencita, completamente desnuda, cuyo cuerpo se dibujaba con nitidez a través de las transparencias del agua, chapoteaba con las dos manos, se movía dentro del río con tímidos movimientos de danza y giraba sobre sí misma con ademanes encantadores. Pasaba ya de niña, pero no llegaba todavía a mujer; era gordita y desarrollada, conservando, sin embargo, su aspecto de muchachita precoz, adelantada para sus años, casi ya en sazón. Renardet se quedó inmóvil, como agarrotado por la sorpresa y por la angustia; una emoción extraña y desgarradora le cortaba el aliento. Y no se movió, y el corazón le palpitaba como si se hubiese convertido en realidad uno de sus sueños sensuales, como si la varita mágica de un hada impura le hubiese puesto delante aquel ser capaz de trastornarle, pero demasiado joven; aquella pequeña Venus campesina, que había nacido de los borbollones del arroyuelo, lo mismo que la otra, la grande, había surgido de las olas del mar.

De improviso, la niña salió del baño, yendo hacia donde él estaba oculto, para buscar sus ropas y volver a vestirse. A medida que se acercaba con paso indeciso, evitando los guijarros puntiagudos, sentía Renardet que una fuerza irresistible le empujaba hacia ella, un arrebató bestial que ponía en ebullición su carne, enloquecía su razón y le hacía temblar de pies a cabeza.

La niña se detuvo unos momentos en pie, detrás del sauce en que él se ocultaba. Y entonces Renardet perdió por completo la cabeza, apartó las ramas, se arrojó sobre ella y la cogió entre sus brazos. La niña cayó al suelo, demasiado desconcertada para

resistir, demasiado espantada para pedir socorro, y él la poseyó sin comprender lo que hacía.

Despertó de su crimen, como quien despierta de una pesadilla. La niña rompió a llorar y él le dijo:

—Cállate, cállate ya. Te daré dinero.

Pero ella no le prestaba atención y sollozaba. Renardet volvió a decir:

—Pero cállate ya. ¡Ea, cállate! ¡Cállate, pues!

La niña dio un alarido, retorciéndose entre sus brazos para huir.

Renardet comprendió de pronto que estaba perdido y la agarró del cuello para impedir que saliesen de su garganta aquellos gritos desgarradores y espantosos. Pero ella pugnaba por soltarse, con la desesperación de un ser que quiere huir de la muerte, y entonces él cerró sus manos de coloso alrededor de aquella frágil garganta henchida de clamores, y de tal manera apretó que la estranguló en pocos momentos, sin propósito de matarla y sólo por hacerla callar.

Renardet se irguió entonces, loco de horror. Ante él yacía la niña, ensangrentada y con la cara ennegrecida. Iba él a echar a correr, pero surgió en su cerebro trastornado el instinto oscuro y misterioso que guía a todos los seres en el momento del peligro.

Fue a tirar el cuerpo al agua; pero otro impulso lo empujó hacia las prendas de vestir de la niña, e hizo con ellas un minúsculo paquete. Lo ató con un cordel que llevaba en el bolsillo y lo escondió en un profundo agujero que hacía el río, debajo de un tronco cuyas raíces bañaban las aguas del Brindille.

Se alejó después a grandes pasos, salió a la pradera, dio un gran rodeo para hacerse ver de algunos campesinos que vivían lejos del lugar del crimen y regresó a su casa para cenar a la hora de todos los días, contando en detalle a sus criados el paseo que había dado.

A pesar de todo, durmió bien aquella noche; durmió con un denso sueño de hombre animalizado, como deben dormir en ocasiones los condenados a muerte. No abrió los ojos hasta las primeras luces del alba, y esperó despierto, atenaceado por el temor de que se descubriese su crimen, hasta la hora en que acostumbraba levantarse.

Más tarde se vio obligado a asistir a todas las diligencias. Actuó como un sonámbulo, viendo las cosas como en una alucinación, envueltas en nebulosidades de sueño o de borrachera, con el recelo de lo irreal que conturba el espíritu en las horas de las grandes catástrofes.

Pero el grito desgarrador de la madre se le clavó en el corazón. Estuvo a punto de echarse de rodillas a los pies de la vieja, diciéndole a gritos: "¡Yo he sido!" Pero se dominó. Fue, sin embargo, durante la noche a sacar del agua los zuecos de la niña muerta, para dejarlos en el umbral de la puerta de la madre.

Mientras duró la investigación y tuvo necesidad de despistar a la Justicia, se mantuvo sereno, dueño de sí mismo, hábil y sonriente. Discutía tranquilamente con los magistrados todas las hipótesis que se les ocurrían, rebatía sus opiniones, destruía sus razonamientos. Llegó hasta experimentar un placer punzante y doloroso en

desconcertar sus pesquisas, embrollar sus ideas y establecer la inocencia de los que ellos tenían por sospechosos.

Pero a partir del día en que se dieron por abandonadas las investigaciones, fue poco a poco creciendo su nerviosismo, se hizo aún más irritable, aunque conseguía dominar sus iras. Cualquier ruido imprevisto lo sobresaltaba de miedo, se estremecía por la cosa más insignificante y bastaba a veces que una mosca se posase en su frente para que un temblor sacudiese su cuerpo de los pies a la cabeza. Se apoderó entonces de él una necesidad imperiosa de movimiento, que le obligaba a dar caminatas increíbles, que le tuvo en pie noches enteras, paseando de arriba abajo en su habitación.

No era que le aguijoneasen todavía los remordimientos. En su brutal temperamento no había lugar para delicadezas sentimentales, ni para temores de conciencia. Hombre enérgico y violento inclusive, nacido para guerrear, entrar a saco en los pueblos conquistados y degollar en masa a los vencidos, pletórico de los instintos salvajes del cazador y del guerrero, tenía en poco la vida humana. Aunque respetaba, como medida política, a la Iglesia, no creía en Dios ni creía en el diablo, y no esperaba por consiguiente en otra vida ni castigo ni premio por lo que hubiese hecho en ésta. Sus creencias se reducían a una confusa filosofía en la que entraban todas las ideas de los enciclopedistas del pasado siglo; la religión era para él una especie de sanción moral de la ley, y lo mismo ésta que aquélla eran creaciones del hombre destinadas a regular las relaciones sociales.

El matar a otro en duelo, en la guerra, en una riña, por casualidad, por venganza, por bravuconería le habría parecido a Renardet una diversión o un acto de gallardía, y no hubiera dejado en su conciencia más huellas que el tiro de escopeta disparado contra una liebre; pero el asesinato de la niña le había producido una emoción profunda. Lo cometió en el delirio de una borrachera irresistible, en una especie de vendaval de la carne que arrastró a su razón. Y al mismo tiempo que el horror y el espanto hacia aquella chiquilla sorprendida y asesinada cobardemente por él, guardaba en su corazón, guardaba en su carne, guardaba hasta en sus dedos de asesino una especie de amor bestial hacia ella. Su pensamiento reproducía a cada instante la horrible escena, y, aunque él se esforzaba por ahuyentar aquella imagen y la apartaba de sí con terror, con asco, la sentía rondar en su cerebro, dar vueltas a su alrededor, acechando constantemente la ocasión de reaparecer.

Tuvo entonces miedo a las noches, miedo a la oscuridad que lo rodeaba. Ignoraba aún el porqué de aquel terror de las tinieblas; era un sentimiento instintivo, porque las barruntaba preñadas de seres espantables. La claridad del día no es propicia a los miedos. De día se ven los seres y las cosas, y por eso no se tropieza sino con los seres y cosas naturales que pueden mostrarse a la luz del sol. Pero la noche, la noche opaca, más densa que las murallas, pero fuera; la noche infinita, totalmente negra, inmensa, en la que nos pueden rozar cosas espantosas; la noche por la que sentimos cruzar, rondar el terror misterioso, parecía a Renardet que ocultaba un peligro desconocido, inminente y amenazador. Pero ¿qué peligro?

Pronto iba a saberlo. Una noche en que él estaba en vela, sentado en su sillón, a una hora avanzada, le pareció que alguien movía la cortina de su ventana. Aguardó,

inquieto, con el corazón palpitante; el cortinaje dejó de moverse; pero, de improviso, se estremeció otra vez; él lo creyó así, por lo menos. No se atrevía a levantarse; no se atrevía ni a respirar, no obstante ser un hombre valeroso, que había tenido frecuentes peleas y al que le hubiera agradado descubrir ladrones en su casa.

¿Se movía, real y verdaderamente, aquel cortinaje? Recelando un engaño de sus ojos, Renardet se hacía a sí mismo esta pregunta. Era, por lo demás, una cosa tan insignificante, un leve estremecimiento de la tela, una especie de temblor de los pliegues, apenas una ondulación como la que produce el viento. Renardet seguía en su sitio con la vista fija y el cuello en tensión; de pronto se levantó, avergonzado de sus miedos, avanzó cuatro pasos, agarró el cortinaje con las dos manos y lo descorrió ampliamente. No vio al pronto más que los cristales negros, negros como superficies de tinta brillante. Detrás de ellos se extendía la noche, la gran noche impenetrable, hasta el invisible horizonte. Se quedó en pie frente a aquella sombra ilimitada; de improviso, distinguió una luz, una luz que se movía y que parecía lejana. Pegó su cara al cristal, pensando que algún pescador furtivo de cangrejos operaba en Brindille, porque era ya pasada la medianoche y aquella luz se movía siguiendo

la margen del río, por debajo de los árboles del oquedal. Como no veía bien, hizo Renardet catalejo con sus dos manos. Bruscamente aquella luz se convirtió en resplandor, y distinguió, tendido en el musgo, el cuerpo desnudo y sangrante de la pequeña Roque.

Retrocedió, crispado de espanto, y cayó de espaldas. Permaneció en el suelo unos minutos con el alma angustiada, pero luego se sentó y se puso a reflexionar. Había sufrido una alucinación y nada más; una alucinación que arrancaba del hecho de que un merodeador nocturno caminaba con su fanal encendido por la orilla del agua. Nada de extraordinario había en que el recuerdo de su crimen le trajese a veces la imagen de la muerta.

Se levantó, bebió un vaso de agua y volvió a sentarse. "¿Qué voy a hacer yo si esto se repite?". Se repetiría, lo barruntaba, tenía la certeza. La ventana atraía otra vez su mirada, lo llamaba, tiraba de él. Dio vuelta a la silla para no verla, cogió un libro y procuró leer, pero no tardó en parecerle que algo se movía a sus espaldas e hizo girar bruscamente el sillón sobre una pata. El cortinaje volvía a moverse; esta vez sí se había movido; ya no podía dudarle; se abalanzó hacia él y le dio tan brutal manotón que lo echó abajo con su sostén; pegó luego ansiosamente su cara al cristal. No vio nada. Todo era oscuridad en el exterior; respiró con la satisfacción de un hombre al que acaban de salvar la vida.

Volvió a sentarse; pero casi en seguida se apoderó de él otra vez el ansia de mirar por la ventana. Desde que se cayó el cortinaje parecía aquella una especie de boca de cueva hecha en el oscuro campo, que atraía y que empavorecía. Para no caer en aquella tentación peligrosa, Renardet se desnudó, apagó las luces, se metió en la cama y cerró los ojos.

Se quedó inmóvil, de espaldas, con el cuerpo caliente y sudoroso, esperando que llegase el sueño. Un gran resplandor atravesó de improviso sus pupilas. Las abrió, creyendo que se había producido un incendio en su casa. Reinaba la más completa oscuridad, y Renardet se apoyó en un codo buscando con la mirada aquella

ventana que le atraía con una fuerza invencible. Consiguió, por fin, localizarla y distinguió algunas estrellas; se levantó de la cama, cruzó a tientas la habitación; sus manos extendidas hacia adelante tropezaron con los cristales y entonces pegó a ellos su cara. Allá lejos, debajo de los árboles, despidiendo un resplandor fosforescente que iluminaba la oscuridad a su alrededor, estaba el cuerpo de la niña.

Renardet lanzó un grito y huyó a su cama, metió la cabeza debajo de la almohada, y así permaneció hasta el amanecer.

Desde ese momento, su vida se volvió insoportable. Pasaba los días pensando con terror en las noches, y cada noche se reproducía la visión. Al encerrarse en su cuarto, hacía esfuerzos por luchar; pero era inútil. Una fuerza irresistible lo levantaba y lo empujaba en dirección a los cristales como para llamar al fantasma, y en el acto lo descubría, al principio tirado en el suelo, en el lugar mismo del crimen, con los brazos en cruz, las piernas abiertas, tal como el cadáver había sido hallado. Pero luego, la muerta se levantaba, caminaba hacia él, pasito a pasito, lo mismo que cuando salió del río. Caminaba hacia él muy despacio, en línea recta, cruzando el césped y el encañado de flores secas; luego se elevaba en el aire en dirección a la ventana de Renardet. Iba hacia él lo mismo que había ido el día del crimen hacia su asesino. Y entonces aquel hombre retrocedía de espaldas, retrocedía hasta llegar a su cama y se desplomaba en ella, convencido de que la pequeña había entrado y de que estaba allí, detrás del cortinaje, y que en seguida empezaría a moverse. Y hasta que amanecía quedábase con la vista clavada en las cortinas, esperando ver de un momento a otro a su víctima. Pero ésta no se descubría ya; quedábase detrás de la tela, agitada de cuando en cuando por un leve temblor. Renardet se agarraba a las sábanas con los dedos crispados, y apretaba, lo mismo que apretó la garganta de la pequeña Roque. Oía dar las horas y percibía, en el silencio de la noche, el tictac del péndulo junto con los profundos latidos de su corazón. Jamás sufrió ningún hombre lo que sufría aquel desgraciado.

Por fin se dibujaba en el techo una línea blanca que anunciaba la llegada del día; sentíase entonces liberado, solo al fin, sin nadie más que él en la habitación; se metía otra vez en cama y dormía algunas horas con sueño inquieto y febril, y a veces se reproducía también en sueños la pavorosa visión de sus viglias.

Cuando bajaba al comedor para la comida del mediodía, sentíase derrengado, como si hubiese realizado increíbles esfuerzos físicos, y apenas probaba bocado, porque seguía persiguiéndole el miedo a la que había de volver a ver la noche siguiente.

Sin embargo, Renardet sabía muy bien que no se trataba de una auténtica aparición, porque los muertos no vuelven; sabía que era su alma enferma, su cerebro obsesionado por un pensamiento único, por un recuerdo inolvidable, la causa total de su suplicio, la que por sí sola evocaba a la muerta, llamándola, poniéndosela ante los ojos, en los que seguía impresa la imagen indeleble. Pero también estaba seguro de que no se curaría, de que no se libraría jamás de la feroz persecución de su víctima y tomó la resolución de morir antes que seguir aguantando aquellas torturas.

Se puso a discurrir en el modo de matarse. Quería hacerlo de una manera sencilla y natural, que no diese pie para que creyesen que se suicidaba. Tenía en

mucho su buena reputación, el apellido heredado de sus padres. Si la gente daba en considerar como sospechosa su muerte, esto los llevaría a pensar en el crimen no aclarado todavía y en el asesino que había escapado a las pesquisas, y acabarían acusándolo del hecho nefando.

Ocurriósele una idea extraña: la de hacerse aplastar por el árbol al pie del cual había asesinado a la pequeña Roque. Tomó, pues, la resolución de talar el oquedal y de simular un accidente fortuito. Pero el haya se obstinó en no romperle la columna vertebral.

Vuelto a su casa, en un arrebatado desatinado de desesperación, echó mano a su revólver, pero al último momento no se atrevió a disparar.

Llegó la hora de la cena, y acabada ésta volvió a su cuarto. No sabía qué hacer. Ahora que había escapado una vez de la muerte, sentíase cobarde. Un rato antes se hallaba dispuesto a todo, firme, decidido, dueño de su valor y de su voluntad; ahora, en cambio, era débil y tenía tanto miedo a la muerte como a la muerta.

—No me atreveré ya, no me atreveré ya balbucía. Unas veces miraba con terror el arma que tenía sobre la mesa; y otras, el cortinaje que ocultaba su ventana. Porque ahora temía también que, después de su muerte, ocurriese alguna cosa espantosa. ¿Alguna cosa? ¿Qué? ¿Tal vez el encuentro de los dos? Porque ella le acechaba, le esperaba, le llamaba, y si se le aparecía de aquella manera todas las noches era para, a su vez, apoderarse de él, vengarse de él, impulsándole a matarse.

Rompió a llorar como un niño, repitiendo:

—No me atreveré ya, no me atreveré ya —cayó de rodillas y balbució—: ¡Dios mío, Dios mío!

Pero sin creer en Dios. Ya no se atrevería, en efecto, a mirar hacia la ventana, en donde sabía que estaba agazapada la aparición, ni hacia su mesa, en la que brillaba el revólver.

Cuando se puso en pie, dijo en voz alta:

—No es posible seguir así, hay que acabar de una vez. Al resonar su voz en la habitación silenciosa, corrió un escalofrío de miedo por todo su cuerpo; pero como no se decidía a tomar una resolución y estaba seguro de que su mano se negaría a oprimir el gatillo del arma, volvió a taparse la cabeza con las mantas de su cama y se puso a pensar:

Tenía que discurrir algo que le obligase a morir; tenía que inventar alguna trampa contra sí mismo que no le dejase ya lugar a titubeos, ni a demoras, ni a posibles arrepentimientos. Sentía envidia de los condenados que son conducidos al cadalso entre soldados. ¡Si él pudiese pedir a alguna persona que le metiese una bala en la cabeza! ¡Si él tuviese un amigo seguro que se prestase a matarlo, después de descubrirle su alma, de confesarle el crimen, sin que él lo divulgase! ¿A quién podría pedir este servicio terrible? ¿A quien? Buscó entre sus amigos. ¿El médico? No. Estaba seguro de que se lo contaría después a los demás. Un singular pensamiento cruzó de improviso por su cerebro. Escribiría al juez de instrucción, íntimo amigo suyo, denunciándose a sí mismo. En aquella carta se lo contaría todo: el crimen, las torturas que sufría, su voluntad de morir, sus vacilaciones y el medio de que echaba mano para fortalecer su valor desfalleciente. En nombre de su vieja amistad, le

suplicaría que destruyese la carta en cuanto le llegase la noticia de que el culpable se había hecho justicia a sí mismo. Renardet podía confiar en aquel magistrado, porque sabía que era un hombre seguro, discreto, incapaz de una sola palabra irresponsable. Era uno de esos hombres de conciencia inflexible, gobernada, dirigida, regulada siempre por la razón.

Una extraña alegría invadió su pecho en cuanto hubo trazado este proyecto. Ya estaba tranquilo. Escribiría su carta muy despacio, y cuando alborease la echaría en el buzón que había en la pared de su casa de labranza; subiría luego a su torre para ver llegar al cartero, y cuando el hombre de la blusa azul se alejase con ella, se tiraría de cabeza a las rocas que servían de base a la torre. Antes procuraría que lo viesen los obreros que talaban el bosque. Se subiría al escalón saliente, al que estaba sujeto el mástil de la bandera que se izaba en las grandes solemnidades. Quebraría el mástil de un empujón y aquél lo arrastraría en su caída. ¿Quién iba a poner en duda que había sido un accidente casual? Teniendo en cuenta su peso y la altura de la torre, quedaría muerto en el acto.

Saltó de la cama, se acercó a la mesa y se puso a escribir; no se dejó nada, ni un detalle del crimen, ni un detalle de su vida de angustias, ni un detalle de las torturas de su corazón; terminaba anunciando al juez que se había sentenciado a sí mismo, y que iba a proceder a la ejecución del criminal, suplicando a su amigo, a su viejo amigo, que no se mancillase jamás su memoria.

Al terminar su carta, vio que ya era de día. La cerró, la lacró, puso la dirección, bajó las escaleras con paso ligero, corrió hasta el buzón pintado de blanco y pegado a la pared que había en el ángulo de su granja, echó dentro aquel papel que le acalambra la mano, regresó rápidamente, volvió a correr los cerrojos de la puerta principal y subió a lo alto de la torre, para ver pasar al cartero que llevaría su sentencia de muerte.

Estaba ya tranquilo, liberado, a salvo.

Un viento frío, seco, de hielo rozaba su cara, y él lo aspiraba con avidez, a pleno pulmón, saboreando su helada caricia. El cielo amanecía rojo, de un rojo de incendio, de un rojo invernal, y la llanura toda, blanca de escarcha, brillaba reflejando los rayos solares, como si la hubiesen espolvoreado de azúcar molida. En pie, con la cabeza descubierta, miraba Renardet el extenso panorama, las praderas a la izquierda, y a la derecha, el pueblo, cuyas chimeneas empezaban a echar el humo precursor de la primera comida del día.

Veía correr a sus pies el río Brindille, contra cuyas rocas se estrellaría dentro de poco su cuerpo. Sentíase renacer en aquella aurora helada, pletórico de fuerza y de vida. La luz del sol lo envolvía, lo bañaba, lo impregnaba como una esperanza. Asaltábanle mil recuerdos de otras mañanas parecidas a aquélla, recuerdos de ligeras caminatas sobre la tierra endurecida que resonaba con sus pisadas, de partidas afortunadas de caza bordeando las lagunas en que duermen los patos silvestres. Acudían a su memoria todas las cosas a las que era aficionado, todo lo bueno que tiene la vida, aguijoneándole con nuevos anhelos, despertando todas las apetencias de su organismo activo y vigoroso.

¿E iba a morir? ¿Por qué razón? ¿Iba a suicidarse por miedo a una sombra? ¿Por miedo a un algo que no existía? ¡Era rico y todavía joven! ¡Qué locura iba a hacer! Bastaría una distracción, una ausencia, un viaje, para olvidar. Ya la pasada noche no había visto a la niña porque sus pensamientos habían sido llevados por la preocupación hacia rumbos distintos. ¿No podría ser que no la volviese a ver más? Aun suponiendo que ella le persiguiese dentro de aquella casa, estaba seguro de que no le seguiría a otros lugares. ¡La tierra era muy grande y el porvenir muy largo! ¿Por qué había de morir?

Su mirada recorría las praderas; distinguió una mancha azul que avanzaba por la senda que bordea el Brindille. Era Mederic, que traía el correo dirigido al pueblo y que se llevaría las cartas depositadas en éste.

Renardet sintió un golpe en el corazón, como si se lo atravesasen de parte a parte, y se lanzó hacia abajo, por la escalera de caracol, para recoger su carta, para reclamársela al cartero. Poco le importaba ahora que le vieses; corría pisando la hierba cubierta por la espuma de hielo tenue de la noche, y llegó al mismo tiempo que el cartero a la esquina de su casa de labor, en que estaba el buzón de las cartas.

El cartero abrió la puertecilla de madera y cogió algunos papeles depositados allí por los habitantes del pueblo.

Renardet le habló así:

—Buenos días, Mederic.

—Buenos días, señor alcalde.

—Escuche, Mederic: tengo necesidad de una carta que he echado yo mismo al buzón. Vengo a pedirle que me la entregue.

—Perfectamente, señor alcalde. La tendrá usted. El cartero levantó la vista y quedó estupefacto al ver la cara de Renardet. Tenía las mejillas amoratadas, los ojos turbios, con grandes ojeras, como hundidos en el cráneo; los cabellos revueltos, la barba enmarañada, la corbata suelta. Se veía a las claras que no se había acostado.

Y entonces Mederic le preguntó:

—¿Está usted enfermo, señor alcalde?

Cayó Renardet en la cuenta de que su aspecto debía resultar extraño, y esto le hizo perder su aplomo, balbuciendo:

—No, no es eso..., sino que me he tirado de la cama para venir a pedirle esa carta... Estaba durmiendo, ¿comprende?

Una vaga sospecha cruzó por el cerebro del antiguo soldado, que le preguntó:

—¿A qué carta se refiere?

A esa que va usted a devolverme.

Pero ya Mederic vacilaba, porque no le parecía natural la actitud del alcalde. Tal vez la carta en cuestión contenía un secreto, un secreto político. Sabía que Renardet no era republicano, y conocía todos los trucos y supercherías a que se recurre en tiempos de elecciones.

Le preguntó, pues:

—¿A quién va dirigida esa carta?

—Al juez de instrucción, al señor Putoin; ya sabe usted que el señor Putoin es amigo mío.

El cartero buscó entre los papeles y encontró el que el alcalde le pedía. Y se quedó mirándolo, dándole vueltas entre sus dedos, titubeando entre el temor de cometer una falta grave y el de hacerse un enemigo en la persona del señor alcalde.

Renardet, al observar sus titubeos, hizo un movimiento para coger la carta y quitársela de las manos. Bastó este gesto brusco para convencer a Mederic de que se trataba de un misterio importante, y esto le decidió a cumplir con su deber, costase lo que costase.

Echó el sobre dentro de su valija y la cerró, contestándole:

—No puedo hacerlo, señor alcalde. Tratándose de una carta dirigida a la Justicia, no puedo hacerlo.

Una angustia horrible estrujó el corazón de Renardet, y balbució:

—Usted me conoce lo suficiente. Puede incluso comprobar que está escrita de mi puño y letra. Le aseguro que tengo necesidad de ese papel.

—No puede ser.

—Sea razonable, Mederic; sabe usted que yo soy incapaz de engañarle, y le aseguro que lo necesito.

—No puede ser. No puede ser.

El alma violenta de Renardet se sintió sacudida por un estremecimiento de cólera.

—Cuidado con lo que hace, caracoles. Ya sabe usted cómo las gasto yo, y que me costaría muy poco trabajo hacerle saltar inmediatamente de su empleo, pedazo de mamarracho. Después de todo, yo soy el alcalde y le ordeno que me entregue ese papel.

El cartero le replicó con firmeza:

—¡No, señor alcalde; no puedo hacerlo!

Renardet perdió entonces la cabeza y le agarró del brazo con intención de quitarle la valija; pero el cartero se desembarazó de un tirón, y al mismo tiempo que retrocedía blandió su bastón de acebo, diciendo sentenciosamente y sin perder la calma:

—¡Cuidado con ponerme la mano encima, señor alcalde, porque le sacudo! Ándese con cuidado. ¡Yo cumplo con mi deber, y nada más!

Renardet, que se vio perdido, se hizo humilde, cariñoso, gimoteando como niño que llora:

—Amigo mío, sea usted razonable; devuélvame esa carta; yo se lo agradeceré; le daré cien francos, ¿me comprende? ¡Cien francos!

El cartero le volvió la espalda y echó a andar. Renardet fue tras él, jadeante, balbuceando:

—Mederic, Mederic, escúcheme; le daré mil francos, ¿me oye?, mil francos.

Pero el otro seguía caminando, sin contestarle. Renardet volvió a decir:

—Lo haré a usted rico, ¿me oye? Le daré lo que me pida... Cincuenta mil francos... Cincuenta mil francos por esa carta... Pero ¿qué inconveniente tiene usted?... ¿Por qué no quiere?... Le daré cien mil..., óigame..., cien mil francos... ¿Me comprende?... Cien mil francos, cien mil francos.

El cartero se volvió hacia él, con gesto duro y mirada severa:

—Basta ya, si no quiere usted que repita al juez todo lo que acaba de decirme.

Renardet se detuvo en seco. Se acabó. Ya no quedaba ninguna esperanza. Dio media vuelta y echó a correr hacia su casa, galopando como animal perseguido.

Fue entonces Mederic el que hizo alto, y contempló estupefacto aquella fuga. Vio entrar al alcalde en su casa, y se quedó esperando, como quien está seguro de que va a producirse algún acontecimiento inesperado.

En efecto, la alta figura de Renardet apareció en la cúspide de la torre del Zorro. Corrió alrededor de aquella plataforma como un loco; después se agarró al mástil de la bandera y le dio varias sacudidas furiosas, sin conseguir quebrarlo, y de pronto, como un nadador que se tira al agua de cabeza, se precipitó en el vacío con las dos manos hacia adelante.

Mederic se lanzó a todo correr para prestarle socorro. Cuando cruzaba el parque vio a los leñadores que se dirigían al trabajo. Los llamó a gritos, diciéndoles lo que ocurría; encontraron al pie del muro un cuerpo ensangrentado, cuya cabeza se había deshecho al chocar contra una roca, rodeada por todas partes por el río Brindille, que allí se ensanchaba. Un largo reguero color de rosa, mezcla de sangre y de sesos, se perdía en sus aguas serenas y transparentes.

EL BUQUE ABANDONADO

Esto ocurrió ayer, treinta y uno de diciembre.

Acababa yo de almorzar con mi entrañable amigo Jorge Garín. El criado entregóme una carta, cuyo sobre iba cubierto de membretes y sellos extranjeros.

—¿Me permites?

—Por supuesto.

Y comenzó a leer ocho páginas de magnífica letra inglesa, cruzadas en todas direcciones. Leía despacio, con atención profunda, con interés verdadero, ese interés que sólo se manifiesta en los afectos del alma.

Luego dejó la carta sobre la chimenea, y dijo:

—Ahí tienes una historia muy extraña, que nunca te conté; una sentimental aventura que me ocurrió en un día treinta y uno de diciembre, hace veinte años. Entonces tenía yo treinta.

Verás. Desempeñaba el cargo de inspector de la Compañía marítima que ahora dirijo. Disponíame a pasar en París la fiesta de Año Nuevo, cuando recibí una carta del director encargándome que marchara inmediatamente a la isla de Re, donde acababa de naufragar un navío asegurado por nosotros.

Al momento fui a las oficinas para recibir instrucciones, y por la tarde salí en el expreso, que al día siguiente me dejó en La Rochela. Era el treinta y uno de diciembre.

Me sobraban dos horas hasta la salida del vapor Juan Guiton, que había de llevarme a la isla de Re. Di un paseo por la ciudad. Verdaderamente, La Rochela es una ciudad curiosa, con las calles laberínticas y las aceras a la sombra de galerías prolongadas; galerías con arcos, parecidas a las de la calle de Rívoli, pero más bajas; todo aplastado, confuso, misterioso, como si todo aquello fuera construido y conservado para servir a eternos conspiradores, recordando las antiguas luchas, las heroicas y bárbaras luchas religiosas. Aparece aún con todo el carácter de una ciudad hugonote, grave, discreta, prudente y humilde, sin monumentos magníficos y soberbios, como los que se hacen admirar en Ruán; pero interesante por su fisonomía severa y también algo solapada, la patria de combatientes obstinados, en la cual deben florecer los fanatismos, el rincón donde se exaltaba la fe de los calvinistas y donde nació la cábala de los cuatro sargentos.

Después de vagar por las calles bastante rato, embarquéme en el vaporcito negro y panzudo que debía conducirme a la isla de Re. Salió silbando, como si estuviera lleno de ira, pasó entre los dos torreones antiguos que cierran el puerto, atravesó la rada y, dejando atrás el dique mandado construir por Richelieu, cuyas enormes piedras aparecen a flor de agua rodeando la ciudad como un collar inmenso, torció hacia la derecha.

Era uno de esos días tristes que oprimen, que aplastan el pensamiento, que hielan el corazón, que inutilizan toda fuerza y toda energía espiritual; un día gris, frío, encapotado en una bruma pesada, húmeda y desapacible.

Bajo esa techumbre plomiza y siniestra, el mar amarillento, el mar poco profundo y arenoso de aquellas playas interminables mostraba la superficie lisa y quieta, sin una ola, sin un movimiento, sin un ruido; ninguna señal de vida; un mar de agua turbia, gruesa; un estanque.

Rompía el Juan Guiton aquella sábana oscura, produciendo espuma y agitándola con sus ruedas, y dejaba tras de sí ondulaciones que se calmaban al instante.

Hablé con el capitán, un hombre bajo, de piernas muy cortas y panzudo como su barco. Pedíle detalles del siniestro que necesitaba yo comprobar. Un navío de tres palos había sido arrastrado por el huracán a las playas de la isla de Re, donde quedó encallado.

El impulso fue tan violento —según escribía el armador—, que, siendo imposible poner el casco a flote, recogieron apresuradamente cuanto pudo salvarse. Yo debía estudiar las condiciones en que se hallaba la embarcación y deducir su estado al naufragar, juzgando al mismo tiempo si habían empleado todos los recursos para poner el navío a flote. Si la indemnización ocasionaba un pleito, en mis informes había de fundar la Compañía su defensa.

El capitán del Juan Guiton conocía el asunto perfectamente, habiendo tomado parte con su vapor en las tentativas de salvamento.

Me refirió el desastre, muy sencillo por cierto. El navío, empujado por el huracán, perdido en la noche, navegando sin rumbo en un mar espumoso, "un mar de sopas de leche" —decía el capitán—, había encallado en los inmensos bancos de arena que al bajar la marea se ofrecen como inacabables desiertos.

Mientras hablábamos, yo miraba en torno mío y hacia delante. Me parecía distinguir entre las brumas del cielo y las aguas del mar una franja de tierra.

—¿Es la isla de Re?

—Sí, caballero.

Y al poco rato el capitán me indicó un objeto apenas perceptible que se alzaba sobre la superficie del mar.

—Allí está el navío náufrago.

—¿El María José? justo, el mismo.

Dejóme atónito; aquel punto negro se ofrecía entre las aguas a tres kilómetros de la costa.

—Pero ¿habrá cien brazas de profundidad en el sitio que usted indica?

El capitán sonrió.

—¿Cien brazas? Acaso no haya dos puedo asegurarlo. Llegaremos con marea alta a las nueve y cuarenta. Después de almorzar en el hotel Delfín tranquilamente, puede usted irse andando por la playa, despacio y con las manos en los bolsillos; a las dos cincuenta, o lo más tarde a las tres, podrá usted entrar en el navío sin haberse mojado siquiera los pies, y podrá usted permanecer allí reconociéndolo una hora y media aproximadamente mientras dure la marea baja; pero no se retrase usted mucho, porque se vería de pronto cercado por el agua. Cuanto más el mar se retira, con más presteza vuelve. Es llana como un plato esta costa. Regrese usted un poco

antes de las cuatro y cincuenta y véngase al vapor que, saliendo a las siete, le dejará en La Rochela esta misma noche.

Agradecí al capitán sus consejos, y me senté junto a la proa, contemplando el pueblecito de San Martín, al cual nos aproximábamos rápidamente.

Parecíase a todos los puertos en miniatura que sirven de capitales a las pobres islas diseminadas a lo largo de los continentes. Era un pueblo de pescadores, con un pie metido en el agua y otro apoyado en la tierra de labor, alimentándose con pescados y aves, legumbres y mariscos.

La isla me pareció muy baja, de cultivo escaso y poca población; pero a punto fijo no puedo precisar, porque no me interné en ella.

Después de almorzar subí despacio la cuesta de un pequeño promontorio y descendí por la otra parte, dirigiéndome a la playa. Como el mar se iba retirando rápidamente, avancé, caminando en dirección de un objeto negro que se alzaba sobre la superficie azul, allá, lejos, lejos.

Avancé sobre aquella extensión arenosa, elástica como la carne y que parecía sudar al sentir la presión de mis pies. El mar se alejaba, huía, perdiéndose de vista, y era difícil distinguir la línea que separaba el arenal y el agua. Aquel espectáculo me pareció una magia sobrenatural y gigantesca. El océano estuvo a mis pies minutos antes y desaparecía de pronto dejando arenas desnudas, como desaparece una decoración en los telares de un escenario. Yo caminaba por un desierto. Solamente la sensación del aire impregnado con los perfumes y sabores del agua salada persistía en mí. El penetrante olor de las algas, la humedad marítima, llenaban mi olfato y mis pulmones. Yo, avanzando rápidamente, no sentía frío, miraba el buque náufrago, que me parecía cada vez más grande y fue tomando a mi vista el aspecto de una enorme ballena.

Destacábase más con el sol, y en la inmensa llanura solitaria y amarillenta adquiría proporciones colosales. Al fin llegué a tocar el casco del buque hundido, roto, mostrando su armazón como las costillas de un cadáver; su esqueleto de madera embreada y hendida por gruesos clavos. La arena lo cegaba, oprimiéndolo, poseyéndolo, sujetándolo, entrando en él por todas las rendijas. Era la dueña, la señora de aquel despojo. El navío tenía hundida profundamente su proa en la playa dulce y páfida, y con la popa levantada parecía lamentarse de aquella opresión, mostrando al cielo con actitud suplicante y desesperada los dos nombres puestos allí con letras blancas: María José.

Subí al navío por la parte que había quedado al ras del suelo, y llegando al puente, bajé al interior. Entraba claridad por las compuertas y también por las rendijas de los costados, alumbrando tristemente aquella especie de cueva larga y sombría.

Sentado sobre una cuba reventada, comencé a tomar notas acerca del estado lastimoso del buque. A través de una hendidura recibía luz bastante para escribir y veía la extensión arenosa, desierta y sin límites. Una sensación de frío y de soledad se apoderaba poco a poco de mí. A veces interrumpía mis apuntes para escuchar los ruidos misteriosos que resonaban en el vientre del náufrago; los cangrejos y otros

pequeños habitantes del mar se habían instalado ya entre aquellas paredes, que varios moluscos taladraban y carcomían sin cesar con su rechinamiento de barrena.

De pronto sonaron cerca de mí voces humanas. Di un brinco, sorprendido como ante una sobrenatural aparición. Creí un momento que se alzaba del fondo la sombra de algún ahogado refiriéndome los martirios de su muerte. Rápido, a saltos, llegué al puente, ayudándome con los puños, y vi en pie, junto al navío, a un caballero de buena estatura con tres muchachas; o más bien, un inglés con tres inglesitas. Seguramente sintieron más terror del que yo había sentido al ver surgir con rápido movimiento una figura humana sobre aquel navío abandonado. La menor de las niñas huyó, las otras dos agarráronse a una manga del caballero, el cual había entreabierto la boca, único signo visible de su emoción.

Luego habló:

—¡Ah señor! ¿Será usted el propietario del buque?

—Sí, caballero.

—¿Nos permitiría visitarlo?

—Sí, caballero.

Entonces endilgó una larga frase inglesa, y creí que me daba las gracias con extremosa cortesía.

Comprendiendo que buscaban por dónde encaramarse, y mostrándoles el mejor sitio, les ofrecí la mano. Subió el caballero, y entre los dos ayudamos a las niñas. Eran encantadoras, la mayor sobre todo: una rubia de dieciocho años, lozana como un capullo, ¡tan esbelta y tan bonita! Ciertamente, las inglesas bonitas me parecen tiernos frutos del mar. Parecía que aquéllas acababan de brotar en la húmeda y suave arena. Sus colores, rosados y finos, recordaban los de las conchas nacaradas, las madreperlas misteriosas ocultas en las profundidades incógnitas de los océanos.

Hablaba mejor que su padre y me servía de intérprete. Fue necesario explicar el naufragio con minuciosos detalles, que yo inventé, como si hubiese presenciado la catástrofe. Luego toda la familia bajó a las bodegas. Cuando entraban en la medrosa galería lanzaron gritos de sorpresa y admiración, y al punto el padre y las tres hijas empuñaron sus álbumes, que llevaban sin duda en los bolsillos de sus impermeables, y empezaron a trazar croquis y bosquejos, cada uno a su manera, del triste y singular aspecto de aquella ruina.

Se habían sentado juntos en el extremo saliente de una viga, y los cuatro álbumes sobre las ocho rodillas cubríanse de pequeños trazos negros que debían representar el vientre abierto del María José.

Sin desatender su dibujo, la mayor de las muchachas hablaba conmigo mientras yo seguía inspeccionando el esqueleto del buque.

Supe que pasaban el invierno en Biarritz y que habían ido a la isla de Re con el objeto único de contemplar el navío embarrancado. Aquella familia, exenta en absoluto de la tiesura inglesa, ofrecía el simpático aspecto de sencillez y chifladura que distingue a los curiosos vagabundos que salen de Inglaterra para derramarse por el universo. El padre, alto, enjuto, con los carrillos muy rojos y las patillas muy blancas, era una especie de sandwich viviente: su cabeza parecía, en realidad, una loncha de jamón cortado en forma de rostro humano y oprimido entre dos rebanadas

de pan. Las niñas eran también larguiruchas y delgadas, así como zancudas, pequeñas de cría, exceptuando a la mayor, que tenía formas correctas. Las tres eran bonitas; pero la mayor sobre todo.

Hablaba, sonreía, escuchaba, interrogaba con sus ojos azules, de manera muy graciosa; y atendíendome y dibujando, lo hacía todo con tanta gracia, tenía tal atractivo para mí, que hubiera estado junto a ella oyéndola y contemplándola eternamente.

De pronto me dijo:

—El buque se mueve.

Fijando mi atención, oí un ligero murmullo extraño, continuo. ¿Qué sucedía? Levantéme para ir a mirar por una hendidura, y lancé un grito violento. El mar nos rodeaba. En un instante subimos todos al puente. Ya no era tiempo. El agua corría con prodigiosa velocidad, invadiendo la costa. Se deslizaba, extendiéndose y agrandándose como una mancha infinita. Cubría ligeramente la arena; pero la cubría en una extensión tan considerable, que no era posible distinguir su límite lejano.

El inglés quiso lanzarse a la playa; le detuve; la huida era, más que arriesgada, imposible, a causa de los hoyos profundos que pudimos bordear estando la playa en seco y donde caeríamos inevitablemente.

Sentimos un momento de angustia cruel. Luego la inglesita sonrió, diciéndome:

—¡Ahora somos los náufragos!

Quise reír de la gracia, pero el miedo no me lo consintió; un miedo estúpido, vergonzoso y ruin. Todos los peligros que podían sobrevenir se me ofrecieron juntos en la imaginación. Estuve a punto de gritar: "¡Socorro! ¡Socorro!" Pero ¿a quién dirigirme?

Las dos inglesitas menores habíanse arrimado a su padre, y éste miraba consternado el mar inmenso que nos rodeaba.

Y la noche iba cerrando con tanta prisa como el agua iba subiendo; una noche pesada, húmeda, fría como el hielo.

Entonces dije:

—No hay más remedio que aguardar aquí.

El inglés murmuró:

—¡No hay más remedio!

Y allí estuvimos media hora, una hora; en verdad, no sé cuánto tiempo, mirando en torno el agua que subía, giraba, hinchándose, haciendo espuma, como si jugueteara sobre aquel inmenso arenal reconquistado.

Una de las niñas quejóse de frío, y quisimos bajar al interior del buque para ponernos a cubierto de la brisa ligera y helada que nos hería con sutiles alfilerazos.

Pero el agua lo había invadido todo y tuvimos que recogernos contra la borda, que nos resguardaba un poco.

La oscuridad era cada vez mayor, y allí estábamos los cinco apiñados entre las negruras del cielo y los murmullos del mar. Yo sentía estremecerse contra mi pecho la espalda de la inglesita, cuyos dientes rechinaban a cada punto; a través de las ropas también sentía el calor agradable de su cuerpo, que me resultaba delicioso como una caricia. No hablábamos, permaneciendo inmóviles, mudos, acurrucados

como bestias en un hoyo para guarecerse del huracán. Y, sin embargo, a pesar de todo, a pesar de la noche, a pesar del peligro que aumentaba por momentos, empecé a sentir la dicha de hallarme allí, gozando con el frío y el riesgo de aquellas horas eternas de oscuridad y angustia, cerca de aquella deliciosa muchacha.

Reflexionando, no sabía yo mismo a qué atribuir la extraña sensación de bienestar y de alegría que me penetraba.

¿Por qué? ¿Alguien lo sabe? ¿Porque la tenía junto a mí? ¿A quién? ¿A ella? ¿Y quién era ella? Una inglesita desconocida. No me sentía enamorado ni apasionado, y me inspiraba una ternura muy grande, un encanto, una irresistible atracción. Hubiera querido a toda costa salvarla, consagrarme a ella, realizar locuras por ella. ¡Cosa extraña! ¿Es posible que la presencia de una mujer nos trastorne de tal modo? ¿Es ese poder de su gracia lo que nos envuelve? ¿Es la seducción de la hermosura y de la juventud, que nos embriagan como el vino?

Será tal vez una especie de contacto amoroso, afinidad, misterio de amor que procura sin descanso unir a los seres, que pone sus artes en juego desde que se miran un hombre y una mujer por vez primera, y que los hiere con una emoción difusa, una emoción secreta, diseminada en todo el ser, como se humedece la tierra para que germinen las flores.

Pero el silencio de la oscuridad causaba espanto; el silencio del cielo, porque las aguas, removiéndose constantemente con un murmullo vago, ligero, infinito, con el rumor de un mar que sube tranquilamente, nos amenazaban.

Oí sollozos: la menor de las niñas lloraba. Su padre, queriendo consolarla, explicábale no sé cuántas cosas en su idioma. Comprendí que su largo discurso tenía por objeto distraerla de los temores que le inquietaban.

Pregunté a la que se hacía dueña de mí con la dulce presión de su cuerpo:

— ¿Tiene usted frío, señorita?

— ¡Oh, sí! ¡Tengo mucho frío!

Quise darle mi abrigo, pero lo rechazó. Ya me lo había quitado y la envolví, a su pesar. En la breve lucha que sostuvimos, tropezando su mano con la mía, un latigazo de placer estremeció toda mi carne.

Pasados algunos minutos, arreció el aire y el mar chocaba con más fuerza en las maderas del buque. Incorporéme; una ráfaga me azotó el rostro. Habíase levantado el viento.

Advirtiéndolo también el inglés, dijo sencillamente:

— Malo; esto es malo para nosotros...

Era la muerte segura si el menor oleaje azotaba y sacudía el deshecho casco.

Crecía nuestra angustia de segundo en segundo; el viento era cada vez más fuerte. Poco a poco aparecían en la oscuridad movedizas rayas blancas; el mar se agitaba, y el María José, balanceándose, nos hacía estremecer.

La inglesa temblaba; sintiéndola vibrar sobre mí, costábame trabajo contenerme y no estrecharla entre mis brazos.

A lo lejos, detrás de nosotros, al frente, a derecha y a izquierda, brillaban los faros de las costas: luces blancas, amarillas, rojas; unas girando como gigantescos ojos, otras fijas como estrellas del cielo; todas parecían contemplarnos aguardando la

hora en que nos hundiríamos para siempre. Sobre todo una de aquellas luces me irritaba, encendiéndose y apagándose de medio en medio minuto; aquello era una mirada viva, de fuego, a intervalos cubierta, en regular y desesperante parpadeo.

De cuando en cuando el inglés encendía un fósforo para ver la hora; luego se guardaba el reloj en el bolsillo. Al fin, una de las veces, con el reloj en la mano y alzando la cabeza sobre las de sus hijas, me dijo con soberana gravedad:

—Le deseo a usted un feliz Año Nuevo.

Eran las doce. Le ofrecí una mano y la oprimió; luego pronunció una frase inglesa y de pronto sus hijas entonaron el himno God save the Queen que se alzó en la oscuridad, perdiéndose a través del espacio.

La primera impresión que aquello me produjo fue de risa; luego me sentí profunda y extrañamente conmovido.

Era imponente y siniestro aquel himno de náufragos, de condenados, algo como una plegaria; más grande aún; algo comparable al antiguo y sublime Ave, Cesar, moriture te salutant.

Cuando acabaron supliqué a mi vecina que me cantase una balada, una leyenda, lo que fuese más de su agrado, para distraer nuestras angustias. Accedió, y su voz clara y juvenil revoloteaba entre las negruras de la noche cantando una canción, triste sin duda, porque las notas lentas arrastrábanse como pájaros heridos rozando las crestas de las olas.

El mar, enardecido, sacudía el casco del buque. Yo sólo pensaba en aquella voz, que me hacía recordar el canto de la sirena. Si una barca de pescadores hubiese cruzado cerca de nosotros, ¿qué hubieran dicho los tripulantes? Mi espíritu, atormentado, se desvanecía en ensueños. ¡Una sirena! En verdad, ¿no era una sirena, una hija del mar aquella criatura que me había retenido en el buque abandonado y que muy pronto se hundiría conmigo entre las olas?

Bruscamente rodamos todos. Había mudado el María José de postura, echándose de pronto hacia el costado derecho. La inglesa cayó sobre mí; estrechéla entre mis brazos, y, sin darme cuenta de lo que hacía, sin atender a nada, sin meditar nada, creyendo llegado el último instante de mi existencia, la besé como un loco en el pelo, en la frente y en las mejillas. El buque ya no se movía, estaba quieto; nosotros también.

El padre dijo:

—¡Kate!

La que oprimía yo entre mis brazos respondió:

—¡Yes!

Y procuraba desasirse.

Hubiera yo querido en aquel momento que se partiera en pedazos el buque y que ella cayese conmigo al agua.

El padre añadió:

—Una pequeña sacudida, nada. Conservo a mis tres hijas.

Al caer, no viéndola junto a las otras, la creyó perdida.

Me levanté y vi una luz en el mar, cerca de nosotros. Era una barca. Grité; me contestaron; iban a buscarnos, porque había supuesto nuestra imprudencia el dueño del hotel.

¡Salvados al fin! ¡Esto me contristaba! Nos recogieron y nos llevaron a San Martín.

El inglés murmuraba, frotándose las manos:

—¡Buena cena! ¡Buena cena!

Cenamos juntos; pero yo estaba triste, sentía la nostalgia de aquellas horas de peligro y la ternura en el María José.

Al día siguiente nos despedimos. Ella me prometió escribirme. Se fueron a Biarritz. Estuve a punto de ir tras ella.

Me había impresionado profundamente; si aquello dura siquiera una semana, me caso con la inglesita. ¡Cuántas veces el hombre se muestra débil, incomprensible!

Durante dos años no tuve noticias. Luego recibí una carta de Nueva York. Se había casado y me lo participaba.

Desde entonces nos escribimos todos los años a primeros de enero. Ella me refiere su vida, me habla de sus hijos, de sus hermanas, ¡jamás de su marido! ¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Yo le recuerdo solamente aquellas horas pasadas en el buque abandonado. Es la única mujer que me ha enamorado; es decir, que me hubiera enamorado si... ¿quién sabe? Las circunstancias nos conducen... Y luego... Todo pasa... Debe ya ser vieja... No la reconocería... ¡Oh, la de mi juventud, la de aquel día!... ¡Encantadora! En sus cartas me dice que ya tiene blanco el pelo... ¡Dios mío! Saberlo me angustia. ¡Su cabello rubio..., tan rubio!... No, la que yo conocí no existe!... No es la misma... ¡Qué tristeza!

EL ERMITAÑO

Algunos amigos habíamos ido a visitar al viejo ermitaño que vivía en el túmulo de un antiguo sepulcro cubierto de árboles, en el centro de la inmensa llanura que se extiende desde Cannes a la Napoule.

Regresamos hablando de estos extraños solitarios laicos, que fueron muy numerosos en otros tiempos, pero cuya raza va hoy desapareciendo. Nos esforzábamos por hallar las causas morales, y por determinar la índole de los desengaños que lanzaban en aquellas épocas a los hombres hacia las soledades.

Uno del grupo exclamó de pronto:

—Dos ermitaños he conocido: un hombre y una amujer. Esta última debe vivir todavía. Habitaba, hace cinco años, en unas ruinas situadas en la cumbre de una montaña completamente desierta de las costas de Córcega, a quince o veinte kilómetros de distancia de la casa más próxima. Vivía allí en compañía de una criada; fui a verla. No había la menor duda de que se trataba de una mujer distinguida, que había pertenecido a la buena sociedad. Me acogió con mucha cortesía, y hasta con cordialidad, pero nada conseguí saber de ella, y nada pude adivinar tampoco.

Por lo que al hombre respecta, os voy a contar su siniestra aventura.

Vuélvanse ustedes a este lado. Vean allá lejos aquel monte puntiagudo y cubierto de bosque que se destaca, aislado, detrás de la Napoule, por delante de las cumbres del Esterel; la gente del país lo conoce con el nombre de monte de las Serpientes. Allí vivía el solitario de mi historia, hará unos doce años, entre los muros de un pequeño templo antiguo.

Habiendo oído hablar de él, decidí conocerlo, y salí de Cannes a caballo en una mañana del mes de marzo. Dejando mi cabalgadura en el albergue de la Napoule, escalé a pie aquel extraño cono, que tendrá tal vez de ciento cincuenta a doscientos metros de altura; está cubierto de plantas aromáticas, sobre todo de una jara de olor tan vivo y penetrante, que casi produce mareos. El suelo es pedregoso, viéndose a cada paso largas culebras que se deslizan por entre los guijarros y se esconden en la hierba. De ahí le viene su bien merecido nombre de monte de las Serpientes. Hay días en que, al subir por las laderas, cuando el sol da en ellas, parece que brota a cada paso uno de estos reptiles. Tanto abundan, que se queda uno sin atreverse a caminar, y se experimenta una molestia rara, que no es miedo, porque son animales inofensivos, sino una especie de místico escalofrío. Me produjo muchas veces el efecto sorprendente de que estaba escalando un antiguo monte sagrado, una extraordinaria colina, perfumada y misteriosa, poblada de serpientes y coronada por un templo.

Existe todavía el templo. A mí, al menos, me aseguraron que se trata de un templo. A decir verdad, no intenté realizar mayores averiguaciones, para que mi emoción no tuviese que llamarse a engaño.

Escalé, pues, la montaña cierta mañana del mes de marzo, con el pretexto de admirar el paisaje. Al llegar a la cumbre, descubrí, como me habían dicho, unos

muros, y, sentado en una piedra, a un hombre. Aunque tenía ya el pelo completamente blanco, no pasaría de los cuarenta y cinco años; su barba era todavía casi negra. Acariciaba a un gato que estaba enroscado encima de sus rodillas, y no pareció darse por enterado de mi presencia. Di vuelta a las ruinas, una parte de las cuales estaba techada y cerrada con ramas, paja, hierbas y guijarros, y constituía su habitación; luego volví al sitio en que él estaba.

Se descubre desde allí una vista admirable. A la derecha, el Esterel, con sus cimas puntiagudas y recortadas de las más extrañas formas; luego, el mar sin límites que se extiende hasta las costas lejanas de Italia, formando a lo lejos innumerables cabos; frente por frente de Cannes, las islas de Lerins, verdes y llanas, que parecen estar flotando, y en la última de ellas, de cara al mar abierto, un elevado y antiguo castillo de almenados muros, que parece surgir de las mismas aguas.

Finalmente, por encima de la costa verde, en la que se distingue un rosario de villas y de poblaciones blancas, rodeadas de árboles, que, vistas desde tan lejos, parecen una cantidad infinita de huevos puestos al borde de la mar, se yerguen los Alpes, cuyas cimas tenían todavía su caparazón de nieve.

No pude menos de exclamar:

—¡Qué hermoso es esto!

El solitario alzó la cabeza y dijo:

—Sí, pero cuando uno lo tiene durante todo el día delante de la vista, resulta monótono.

Aquello me demostró que el solitario hablaba, conversaba y se aburría. Ya era mío.

No permanecí aquel día mucho rato y toda mi preocupación fue descubrir la índole de su misantropía. Me produjo sobre todo la sensación de un ser harto del mundo, cansado de todo, totalmente desilusionado, y tan asqueado de sí mismo como de los demás.

Me retiré al cabo de media hora de conversación. Pero regresé a los ocho días, y volví a la semana siguiente, y no dejé pasar semana sin ir por allí; total, que al cabo de dos meses éramos amigos.

Por fin, al atardecer de un día de fines de mayo, juzgué que había llegado ya el momento, y subí al monte de las Serpientes llevando provisiones suficientes para cenar los dos.

Era uno de esos atardeceres tan característicos de aquel país del Mediodía en que se cultivan las flores lo mismo que se cultiva el trigo en el Norte, de aquel país en el que se fabrican casi todas las esencias que perfuman la carne y los vestidos de las mujeres; uno de esos atardeceres en que el aroma de los incontables naranjos que cubren los jardines y las cañadas turba el sentido y remueve la sensualidad como para que sueñen con el amor hasta los viejos.

Mi solitario me acogió con evidente satisfacción, y se prestó de muy buena gana a compartir mi cena.

Le di a beber un poco de vino, cosa a la que estaba ya desacostumbrado; se hizo comunicativo y se puso a hablarme de su vida. Me pareció que había vivido siempre en París, y que había vivido alegremente.

Le pregunté a boca de jarro:

—Pero ¿cómo le vino a usted esta fantástica idea de encaramarse a esta cumbre?

Me contestó con toda espontaneidad:

—Porque recibí la sacudida más brutal que puede recibir un hombre. ¿Para qué voy a ocultarle mi desgracia? Es posible que me compadezca usted al conocerla. Además, la verdad es... que hasta ahora no se la he contado a nadie... y quisiera saber la opinión de otra persona..., de una por lo menos..., sobre el caso... Quisiera saber lo que otro piensa.

Nací en París, me crié en París, y en esta ciudad crecí y viví. Mis padres me dejaron una renta de algunos miles de francos, y, gracias a la protección que me dispensaban algunas personas, logré una colocación modesta y tranquila; siendo como era soltero, podía con ella considerarme rico.

Desde mi adolescencia llevé la vida de un hombre independiente. Usted sabe en qué consiste. Libre y sin familia, dispuesto a no caer en el matrimonio, vivía tres meses con una, luego seis con otra, o un año sin compañera fija, entrando a saco en el montón de mujeres que se entregan o se venden.

Esta existencia mediocre, o sin relieve alguno, si usted quiere, me iba a la medida, porque satisfacía mis inclinaciones naturales a cambiar y a curiosar. Mi vida transcurría en el bulevar, en los teatros y en los cafés, siempre fuera de casa, como si no tuviese domicilio alguno, aunque estaba bien instalado. Era uno más entre los millares de personas que marchan en la vida a la deriva, flotando como corchos; que se imaginan que París es todo el mundo, y que no se preocupan ni apasionan por nada. Era lo que se llama un buen chico, sin defectos ni virtudes. Ahí tiene usted lo que yo era. Y me enjuicio con exactitud.

En esas condiciones, mi vida fue transcurriendo, de los veinte a los cuarenta años, insensiblemente, pero con rapidez, sin ningún acontecimiento de relieve. ¡Con cuánta rapidez pasan esos años monótonos de París, que no suelen dejar en nuestro espíritu ninguno de esos recuerdos que marcan una fecha! Son años largos y precipitados, vulgares y alegres, en los que comemos, bebemos, nos reímos sin razón aparente, y alargamos nuestros labios hacia todo lo que puede saborearse y hacia todo lo que puede besarse, sin que tengamos realmente apetencia de nada. Entonces era yo joven, llegué a viejo sin haber creado nada de lo que crean los demás; sin apegarme a nada, sin enraizarme, sin ligarme a nada, sin amigos casi, sin mujeres, sin hijos.

Llegué, pues, sin sentirlo pero muy aprisa, a los cuarenta; para festejar este aniversario, me permití el lujo de comer opíparamente, yo solo, en un gran café. Yo era en el mundo un solitario, y me pareció que era propio celebrar aquella fecha como un solitario.

Después de cenar, me quedé indeciso. Sentía tentaciones de ir a un teatro, pero se me ocurrió de pronto que debía ir en peregrinación al Barrio Latino, en el que viví cuando estudiaba leyes. Crucé, pues, París y entré, sin un propósito deliberado, en una de las cervecerías servidas por camareras.

La que servía a mi mesa era una jovencita bonita y simpática. La invité a servirse, y ella aceptó en seguida. Se sentó frente a mí, examinándome con mirada de

mujer conocedora, queriendo saber con qué clase de hombre tenía que habérselas. Era de pelo claro, casi pelirrobia, una chiquilla fresca y pimpante; por debajo de su abultado corpiño yo me imaginé redondeces color de rosa. Le dije las frases galantes y necias que son de rigor con tales mujeres; como era realmente encantadora, me entró de pronto el capricho de llevármela... para seguir festejando mis cuarenta años. Lo conseguí sin dificultades y sin muchas insistencias. Estaba libre, según me dijo, desde hacía quince días. Para empezar, iríamos a tomar un refrigerio en los alrededores del Mercado, cuando ella saliese del trabajo.

Recelando que me dejara plantado —nadie sabe las cosas que pueden ocurrir, ni la clase de parroquianos que pueden entrar en una cervecería como aquella, ni la ventolera que le puede dar a una mujer—, no me moví en toda la noche de allí, esperándola.

También yo estaba libre desde uno o dos meses atrás, y viendo a aquella deliciosa principianta de amor ir y venir de una mesa a otra, pensaba si no me convendría hacer con ella un arreglo de exclusiva por algún tiempo. Esto que le cuento constituye una de las más vulgares aventuras cotidianas de la vida de un hombre en París.

Perdóneme el que entre en detalles tan groseros; los que no han sentido la poesía del amor, toman y eligen a la mujer lo mismo que quien elige chuletas en la carnicería, sin fijarse en otra cosa que en la calidad de la carne.

Fuimos, pues, a su casa —porque yo respeto mucho mis sábanas—. Vivía en un quinto piso, en un pequeño cuartito de obrera, limpio y pobre; pasé con ella dos horas admirables. Tenía aquella chiquilla un encanto y una simpatía extraordinarias.

Cuando ya me iba a marchar, me acerqué a la chimenea para dejar sobre ella el regalo reglamentario, después de haber concertado día para una segunda entrevista con la jovencita, que se había quedado en la cama. Vi, confusamente, un reloj dentro de un globo de cristal, dos floreros y dos fotografías, una de ellas muy antigua, de las llamadas daguerrotipos, que se hacían sobre cristal. Me incliné por pura casualidad hacia este último retrato, y me quedé de una pieza, tan sorprendido que no acertaba a comprender. Porque era el mío, el primer retrato que yo me había hecho, de mis tiempos de estudiante en el Barrio Latino.

Me apoderé bruscamente de él, a fin de examinarlo de cerca. No me había equivocado. Tan inesperado y extravagante me pareció aquello, que me entraron ganas de reír, y le pregunté a la muchacha:

—¿Quién diablos es este caballero?

Y ella me contestó:

—Es mi padre, al que yo no he conocido. Mi mamá me dejó ese retrato diciéndome que lo guardase, que tal vez un día me sirviese de algo.

Vaciló un momento, y luego se echó a reír, diciendo: Verdaderamente, no sé qué utilidad puede tener para mí. No creo que se le ocurra venir a reconocermelo como hija.

Mi corazón palpitaba con galopes de caballo desbocado. Coloqué la fotografía en sentido horizontal sobre la chimenea, y, sin saber lo que hacía, dejé encima de aquella dos billetes de cien francos que llevaba en el bolsillo, y escapé gritando:

—Hasta pronto... Adiós, querida..., hasta la vista. Oí que ella me contestaba:

—Hasta el martes.

Bajé a tientas las oscuras escaleras. Cuando me vi en la calle, me di cuenta de que llovía, y tiré por una calle cualquiera, caminando a grandes zancadas.

Iba sin rumbo, enloquecido, desatinado, esforzándome por recordar... ¿Sería aquello posible?... Sí... Me acordé de pronto de una chica que me escribió, al mes de nuestra ruptura, que se hallaba encinta de mí. Rasgué o quemé la carta, olvidándome de aquel asunto. Tal vez hubiera hecho bien en mirar la fotografía de aquella mujer, que estaba sobre la chimenea de la jovencita; pero ¿habría sido yo capaz de identificarla? Me pareció que era la de una mujer entrada en años.

Llegué a un muelle del Sena. Vi un banco y me senté. Llovía. Pasaban de cuando en cuando algunas personas, resguardadas bajo sus paraguas. La vida se me representó como una cosa miserable y repugnante, llena de ruindades, vergüenzas e infamias, deliberadas o toleradas. ¡Mi hija! ¡Tal vez era mi hija la mujer que yo acababa de hacer mía!... Y París, aquel inmenso París sombrío, taciturno, fangoso, triste y negro, que tenía en aquel momento cerradas todas sus casas, estaba lleno de asuntos parecidos, de adulterios, incestos y niñas violadas. Me acordé de todo lo que se hablaba, acerca de la gente degenerada que rondaba de noche por los puentes.

Yo, sin quererlo, sin saberlo, había hecho una cosa peor que todas las infamias de aquellos viciosos. ¡Me había acostado con mi propia hija!

Sentí tentaciones de tirarme al agua. ¡Estaba loco! Anduve así errante hasta que amaneció, y regresé después a casa para meditar.

Tomé el partido que me pareció más prudente: me presenté a un notario, diciendo que iba de parte de un amigo mío, y le encargué que llamase a aquella joven y le preguntase todos los detalles relativos a la entrega de aquel retrato por parte de su madre.

Cumplió el notario mis instrucciones. La madre de la chica le dio el nombre de su padre cuando se hallaba en su lecho de muerte, y lo hizo en presencia de un sacerdote, cuyo nombre me fue facilitado.

En vista de esto, y siempre en nombre del amigo desconocido, hice que se le entregase a la joven la mitad de mi fortuna, alrededor de ciento cuarenta mil francos, pudiendo disponer únicamente de la renta. Presenté después la dimisión de mi empleo, y aquí me tiene usted.

Vagabundeando por esta costa, descubrí el monte en que estamos, y me establecí en él... ¿Hasta cuándo?... Lo ignoro yo mismo.

¿Qué opina usted ahora de mí y de mi manera de conducirme?

Le alargué mi mano, diciéndole:

—Usted hizo lo que era su deber. ¡Cuántas personas habrían quitado importancia a esa desdichada fatalidad!

El solitario siguió diciendo:

—Lo sé, pero yo estuve a punto de enloquecer. Por lo visto, y aunque jamás lo había sospechado, tengo un alma delicada. París me inspira ahora un miedo parecido al que el infierno inspira a los creyentes. En resumidas cuentas, recibí un golpe en la

cabeza, un golpe parecido al que recibe un transeúnte cuando le cae una teja encima. En estos últimos tiempos me siento mejor.

Me despedí de aquel ermitaño. Su relato me había conmovido mucho.

Aún volví en dos ocasiones a visitarle antes de mi partida de aquellos lugares, porque jamás prolongo después del mes de mayo mi estancia en el mediodía.

Cuando regresé, al año siguiente, ya no estaba aquel hombre en el monte de las Serpientes, y nunca más he vuelto a oír hablar de él.

Y ésta es la historia de mi ermitaño.